

Caleidoscopio

Samantha Pardo Carmona



Caleidoscopio

Samantha Pardo Carmona

Título: Caleidoscopio.

© 2018, Samantha Pardo Carmona.

De la edición y maquetación: 2018, Roma García.

De la composición de la cubierta: 2018, Roma García.

Todos los personajes de esta novela son ficticios, y por lo tanto son producto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas o con acontecimientos es mera coincidencia. Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

A aquellos que dan segundas oportunidades y siguen adelante con una sonrisa.

Capítulo 1

Tic—Tac, tic—tac...

El sonido del reloj era lo único que se oía en el salón mientras una chica morena lo observaba con resentimiento, viendo como los minutos escapaban con pequeños ruidos mecánicos, sin poder atraparlos y guardarlos para ella.

Desde que había llegado estaba obsesionada con todo lo que se estaba perdiendo, con el dolor de haber sido separada, una vez más, de aquellos a los que creía que les importaba algo, pero fue irse y todos se olvidaron de que existía, la sacaron de los grupos donde estaba, dejaron de llamarla y enviarle mensajes. En resumidas cuentas: se convirtió en alguien prescindible.

Daba igual cuantas veces lo intentara, siempre acababa pasando lo mismo a su alrededor. A menudo se preguntaba si habría algún problema en ella, si los demás llegaban a conocerla si quiera.

Nunca se podría quitar esa sensación de encima, cargaría con ella mientras estuviera viva y aún le quedaban muchos años por delante. Alanna solo tenía diecisiete, era demasiado joven para pensar en su futuro y demasiado mayor para no hacerlo, se encontraba en el limbo en el que los adolescentes se convertían en bombas de relojería. Sin ser ni una cosa ni la otra, todo lo que pensaba tenía que hacerlo de cara al futuro pero le gustaba vivir en el pasado y recordar tiempos en los que creía que había sido realmente feliz.

—Por favor, sal y toma el aire —pidió alguien detrás de ella.

Alanna miró por encima del hombro y vio a Jack, su padre. Tenía arrugas en la comisura de los ojos, gafas y la barba recién cortada. Solo tenía treinta y cinco años, muy joven para ser padre soltero, pero así era.

Siempre se había preocupado por ella desde que sabía que existía. Ser padre de pronto hizo que todo su mundo girase en torno a Alanna y se dejó llevar por lo que una niña pequeña necesitaba, dio todo lo que estuvo en su mano para que pudiera ser feliz. Por eso le dolía tanto la actitud que tenía,

pensaba que ese cambio de aires haría que al fin pudiera ser ella misma, pero se había equivocado nuevamente.

—No quiero —se limitó a decir ella.

Volvió la vista al reloj que estaba colgado en la pared y se negó a escuchar los suspiros de su padre, resignado por tener que lidiar con eso. Había sido todo por su culpa, ella era feliz en su ciudad, con sus amigos, pero Jack había decidido aceptar un trabajo en una tiendecita en ese pueblo alejado de todo y se habían tenido que mudar.

—Hay muchas cosas que hacer... Llevas una semana aquí encerrada, pequeña —susurró preocupado—. Puedes hacer amigos nuevos, hay muchos chicos de tu edad y eres encantadora.

Tuvo ganas de echarse a reír cuando escuchó ese adjetivo, sobre todo porque era una mentira que su padre usaba constantemente. A pesar de que ella no aguantaba estar encerrada, sabía que no podía irse a ningún sitio. Su madre no estaba con ellos, había pasado mucho tiempo pensando que algún día volvería y recuperarían el contacto, serían ellas dos de nuevo y todo volvería a ir bien. Sin embargo, la había abandonado, no iba a darle la gratificación de ver cómo se hundía al pensar que estaba sola.

Su padre sabía lo que sentía y había intentado persuadirla en múltiples ocasiones para que dejara de pensar así. Aunque la historia con la madre de Alanna no hubiera acabado bien, él no deseaba que su hija siguiera viviendo continuamente en ese capítulo que tanta tristeza le dio.

Al ver que su hija no cedía y tampoco le miraba se tuvo que resignar nuevamente.

—He dejado la comida en el frigorífico. Llámame si necesitas algo.

Jack dejó un beso en su cabeza y se fue a trabajar, como todas las mañanas desde que estaban allí. No le gustaba dejar sola a su hija pero estar encima de ella no le traería ninguna cosa buena, esperaba que le perdonase en algún momento por haber tomado la decisión sin tener en cuenta cómo se sentiría.

No se había mudado para hacerle daño ni mucho menos. Durante años había pensado en lo que era mejor para Alanna, en sus amistades y en sus salidas. Siempre había sido un padre ejemplar que dejaba que experimentase

por su cuenta y por eso había visto más de una vez a su hija triste en casa por no tener a nadie a su lado.

Un día le ofrecieron el trabajo con el que siempre había soñado: las antigüedades. Desde que tenía uso de razón había estado mirando todo con ojo crítico: jarrones, revistas, muebles... Todo lo que pudiera tener una capa de polvo encima y olier a viejo. Sí, eso era lo que siempre había querido. Por eso se sintió egoísta al llevársela de su pequeño mundo para meterla en ese, pero esperaba que algún día le perdonara.

Mientras observaba las horas pasar, Alanna estaba cada vez más segura de que se moriría de aburrimiento en esa diminuta casa, sin nadie con quien hablar. Estaba harta pero no iba a darle a su padre una excusa para que siguiera insistiendo. La reclusión era voluntaria y ella estaba convencida de que podría acabar convenciéndolo para volver a su hogar, pero no encontraba la forma. Si fuera por ella cogería las maletas y luego buscaría el camino más rápido para volver; sin embargo, el miedo a perder a la única persona que parecía mantenerse en su vida hacía que se quedara sentada en el sofá sin hacer nada en todo el día.

Sintió algo húmedo que le rozaba la pierna y saltó en el sofá alarmada. Miró al suelo y vio a un perro negro que movía el rabo alegremente mientras la miraba con sus ojitos oscuros y brillantes.

Parecía una pelusa enorme de color azabache. Sus ojos escudriñaban todo a su alrededor y pegaba el hocico al suelo para seguir investigando su recorrido.

—¿De dónde leches has salido? —preguntó confusa.

El perro no le iba a contestar pero al ver el collar rojo imaginó que podría encontrar alguna respuesta. Miró la pequeña placa y vio un nombre y un teléfono. Supuso que el cachorro se había perdido y casualmente había llegado a su casa, sin saber cómo había entrado o en qué momento. Había escuchado la puerta cerrarse cuando su padre se había ido, que ella supiera no tenían ninguna gatera o puerta trasera que pudiera haberle servido de acceso. Tal vez se había colado en algún despiste de Jack y el animal se había escondido hasta ese momento.

Se levantó y Willow, el perro, alzó las patas delanteras para apoyarse

en ella. Tras varios mimos, Alanna sonrió y cogió su teléfono para llamar al propietario y así devolver al perro, que por muy mono que le resultase no podía quedarse allí para siempre.

Marcó los dígitos con cuidado de no confundirse y se levantó. Era la primera llamada que hacía desde que estaba allí y le resultaba extraño tras una semana de espera, mirando el teléfono y preguntándose si tendría cobertura en medio de la nada.

Dio el primer tono y llamaron al timbre.

Alzó la mirada y frunció el ceño. No esperaba visita pues su padre tenía llaves y ella no conocía a nadie allí, por lo que debía tratarse de una persona ajena y eso solo le creaba más desconfianza. Tal vez un vecino, con suerte sería un cartero y se cansaría de estar allí plantado.

El segundo tono en el teléfono y una voz masculina descolgó.

—¿Quién es? —preguntó lentamente.

Alanna se sorprendió con la suavidad de su voz, que a su vez sonó alta y clara, como si estuviera allí mismo. El timbre volvió a sonar y escuchó por el teléfono también el sonido.

—¿Hola? —repitió el chico.

De pronto comprendió qué estaba pasando y fue a la entrada. Abrió la puerta de golpe y se encontró con la mirada verde de un chico de más o menos de su edad. Rubio y despeinado, tenía cara de haber corrido durante mucho tiempo y tenía toda la ropa fuera de lugar, como si se la hubiera manoseado alguien.

Ambos se observaron, mirándose a los ojos. Alanna supo que sus sospechas eran ciertas cuando vio el teléfono del chico, le había llamado a él por lo que el perro era suyo.

—Matthew —susurró recelosa—. ¿Eres tú?

Él entornó los ojos al escuchar su nombre, sobre todo porque no conocía a la chica de mirada esquiva que tenía en frente. Sabía que tenía nuevos vecinos, pero no había tenido el placer de conocerlos aún y había estado esperando a que sus padres tomaran la decisión de darles una bienvenida en condiciones. Tal vez estos ya hubieran entablado amistad sin

que él lo supiera, pero le parecía extraño aun así.

—¿Cómo sabes mi nombre?

Alanna se encogió de hombros y se apoyó en el marco de la puerta mientras se cruzaba de brazos a la defensiva y manteniendo la distancia todo lo posible.

—Ha aparecido una cosa peluda en el salón que debe ser tuya —respondió la chica.

La cara del chico se transformó por completo y el alivio sustituyó cualquier otra expresión. Dio un paso hacia delante dispuesto a entrar para poder llevarse a su perro y también para abrazarlo, aunque no admitiría ante nadie el miedo que había pasado durante la última hora..

—Menos mal que has encontrado a Willow. Creía que se había perdido de verdad...

Aunque a Alanna no le gustaba mucho el hecho de tener un invitado en casa, tuvo que dejarle pasar. En cuanto estuvieron en el salón, el perro salió al encuentro de su dueño y este lo cogió con fuerza, apretándolo contra su pecho. Tuvo que escuchar un par de ñoñerías antes de que Matthew pusiera la correa a Willow y lo dejara en el suelo.

Cuando se giró para agradecer a la chica que lo hubiera encontrado, la vio mirándolo con intensidad y detenimiento, midiendo cada uno de sus movimientos. Estaba claro que no le gustaba que estuviera allí pero él quería agradecerse de todas formas.

—Muchas gracias por llamarme... Eras tú quien estaba llamándome, ¿no?

—Sí, era yo —respondió quitándole importancia—. Ha aparecido aquí, no he tenido nada que ver con su rescate —añadió encogiéndose de hombros.

—Emm... Vale... El caso es que te lo agradezco —susurró Matthew un poco nervioso—. Me llamo Matthew, aunque todos me llaman Matt.

—Me alegro —soltó Alanna.

Matthew se quedó cortado, no esperaba encontrarse con nadie tan antipático. Se revolvió el pelo con la mano libre y sacudió la cabeza. Intentó no pensar demasiado y no formar prejuicios, de todas maneras no conocía a

esa chica de nada y no era quien para juzgarla.

—Me gustaría agradecértelo de alguna forma, chica desconocida que no me dice su nombre —dijo Matthew con humor—. ¿Qué tal si te invito a merendar? Conozco un sitio estupendo...

—La verdad es que no me apetece —admitió Alanna—. Como te he dicho: tu perro ha aparecido aquí sin que yo tuviera que hacer nada.

Sin darse cuenta ya estaban otra vez en la entrada bajo el porche. Matthew miraba a su vecina sin saber lo que podía decir a continuación, pero intrigado por la manera en la que se ponía a la defensiva. Sin lugar a dudas, era todo un enigma pero no podía insistir más de lo que ya lo había hecho así que, simplemente, sonrió.

—Está bien... Tienes mi número por si cambias de opinión. Hacen unas tortitas geniales —aseguró sin parar de sonreír.

Alanna asintió por pura cortesía ya que no estaba por la labor de conocer a nadie de ese pueblo, quería volver a su hogar y sentirse parte de algo. Lo nuevo era terrible para ella y no dejaba de recordarle el pasado, cuando se tuvo que enfrentar sola a toda una serie de cambios.

Finalmente, Matthew decidió irse sin saber el nombre de la chica pero con una nueva curiosidad. Estaba cansado al haber buscado a Willow por todos lados pero feliz también de haberlo encontrado y conocido a alguien que de verdad era un misterio.

Capítulo 2

Unos días después llegó una invitación a casa de Alanna. Su padre vino de trabajar una tarde diciendo que comerían en casa de los vecinos para conocerlos mejor y, al mismo tiempo, hacer amistades en el pueblo. Aunque a él no le costaba realmente relacionarse con nadie y siempre tenía una sonrisa en la cara, estaba feliz de tener esa oportunidad para que su hija se empezara a relacionar con alguien más. Era el plan perfecto y quería que todo saliera bien.

Alanna supo al instante que era una trampa para ella pero no podía negarse más. Además, los días pasaban demasiado lentos y estaba cansada de comer cosas recalentadas, por lo que la perspectiva de una barbacoa le hizo la boca agua.

—Además, tienen a un chico de tu edad —añadió Jack con alegría—. Podrías hacerte su amiga, salir con él.

—¿Salir con él? —repitió alzando una ceja.

El hombre asintió sin darle mayor importancia a sus palabras. Él siempre había deseado que su hija se comportara como alguien normal, sin tener que pensar en todo y cortarse por no comprometerse demasiado. No le importaba que tuviera pareja, no era quien para prohibirle nada y solo se preocupaba por su carácter.

Alanna llevaba con él once años y desde el principio todo fue cuesta arriba y con un saco de cemento cargado a la espalda. Se vio de pronto con una niña de seis años a la que criar, solo ante el mundo que le rodeaba y juzgado por sus conocidos. En aquella época tenía una novia a la que estaba conociendo pero en cuanto dijo que tenía a alguien a quien cuidar, no pasó mucho tiempo hasta que se cansó de sus nuevas responsabilidades. Jack nunca había echado la culpa a Alanna por esas cosas, sentía que era una bendición tener una hija aunque ella no lo tratase como un padre, pero se prometió que lograría tener su cariño por mucho que le costara.

Y le costó durante años, pequeñas batallas contra grandes derrotas. Con diez años consiguió que su hija le llamase “papá” y confiara en él para contarle algunos de sus miedos, pero con la adolescencia se volvió más cerrada en sí misma y cada vez le costaba más y más entenderla. Por mucho que quisiera no podía ser su amigo porque era su padre y la quería como tal.

—Se llama Matt —continuó Jack mientras sonreía—. Parece un buen chaval. El otro día lo vi por aquí paseando a su perro.

Al principio le había llamado la atención ver a un chico rondando por su casa. Siempre aparecía con un pequeño perro negro que tiraba de él para ir al bosque, pero Matt no se alejaba del camino que daba a su casa. Pensó que debía ser una señal.

Ella soltó un resoplido, quiso dar marcha atrás y negarse a esa comida en cuanto escuchó el nombre de Matthew. Sabía que era muy probable que sus padres les invitaran finalmente, pero había creído que tras su encuentro eso no pasaría, que habría tenido suficiente de su actitud para desistir en sus intentos.

Y no dudaba que había sido idea suya.

No había querido ser maleducada cuando apareció en su casa pero se vio superada por la situación. Ella solo quería que supiera que el perro no había sido rescatado, que simplemente apareció allí sin más. Le costaba mucho relacionarse con cualquier desconocido y más cuando parecían ser amables, le hacían desconfiar aún más y eso solo le recordaba a lo sola que se sentía la mayoría del tiempo. Incluso cuando intentaba ser amable sonaba seca y cortante, pero no era algo que ella controlara.

—Vale, papá —dijo finalmente—. Seré amable con ese chico y sus padres. No soy una niña pequeña para que me lo tengas que decir.

Jack sonrió y besó la cabeza de su hija antes de coger las llaves. Juntos fueron a la puerta principal y Alanna observó su patio mientras esperaba a que su padre cerrara.

Era un lugar sin cuidar, desaliñado y con malas hierbas. Había un gran óvalo sin ninguna planta donde la anterior familia había tenido el huerto, pero a parte de eso y un par de árboles no había mucho más. Parecía muy triste, demasiado descuidado.

Su padre puso una mano sobre su hombro y miró en la misma dirección.

—Cuando tenga un hueco libre me pondré a arreglarlo. Plantaremos flores por todas partes, ¿qué te parece? Como cuando de pequeña intentabas plantar fresas en los recipientes de los yogures.

En el pasado, Alanna había querido comer fresas durante todo el año pero era imposible encontrarlas siempre. Tras un poco de investigación supo que dejando secar las pepitas de los fresones podría plantarlas más tarde para poder tener su propia planta de fresas. Un día se presentó en su casa con una bolsa llena de arena y puso la cocina perdida al plantar sus semillas en un envase de yogur vacío.

Jack no podía olvidar la ternura de su hija en cosas tan insignificantes como esa, había sido adorable verla empeñada en poder tener sus propias fresas. Al final había ido a un invernadero y había comprado una planta que habían cuidado juntos durante un año hasta que las fresas dejaron de ser importantes para Alanna y fue pasando del tema.

Por eso creía que plantar cosas juntos y cuidarlas podría traerles buenos recuerdos. Era una idea que se le había pasado al ver el jardín de esa casa y tenía la esperanza de que su hija quisiera participar en algo así con él.

—No quiero hacerlo “nuestro” —admitió la muchacha—. Quiero volver a casa, al piso.

—Cariño, sabes que eso no va a pasar... No me pagaban lo bastante para mantenernos y esto es mucho más bonito. Seguro que cuando empieces el último curso cambias de opinión.

Alanna no quería pensar en ese último año de instituto y que tendría que enfrentarse a todos como “la nueva”. Estaba cansada de discutir y llevarle la contraria a todo el mundo así que se apartó de su lado y echó a andar para ir a casa de los vecinos, bajando una pequeña cuesta, donde se veía una columna de humo que debía ser de la barbacoa.

Al menos eso le gustaba: allí podían comer al aire libre.

Capítulo 3

Matt se acababa de poner una camiseta limpia cuando llamaron al timbre. Salió de su habitación a toda prisa y bajó las escaleras de su casa aprovechando que sabía que sus padres estaban en el jardín y así abrir él la puerta.

Tenía muchas ganas de que llegase ese día desde que había conocido a su vecina en esas circunstancias tan poco propicias. Ahora sabía que se llamaba Alanna porque su padre se lo había dicho y él estaba convencido de que debían ser conocidos al menos. Había tenido la sensación de que esa muchacha estaba muy sola y que al no estar su padre con ella la mayor parte del día debía sentirse así. Él conocía la soledad aunque hacía mucho tiempo que había dejado de ser su amiga, por lo que intuía ligeramente lo que debía sentir.

No dudó ni un solo día en sacar a Willow a pasear por el sendero que daba a la casa de sus nuevos vecinos. Había intentado tener un encuentro casual con Alanna a toda costa, pero había descubierto que no salía de allí en ninguna de las ocasiones. Una de esas veces se encontró con Jack y se preguntó cómo era posible que ese hombre tan amable y sonriente fuera el padre de la chica que le había respondido de esa manera tan cortante.

Estaba intrigado pero esa barbacoa era la oportunidad perfecta para que sus familias se conociesen.

Al abrir la puerta se encontró con la eterna sonrisa de Jack y la mirada penetrante de Alanna. Sonrió al verlo y se hizo a un lado para que pudieran pasar.

—Mis padres están en el jardín trasero —explicó cerrando la puerta—. Están discutiendo sobre el menú porque no sabemos en qué punto preferís la carne.

Jack se atrevió a reír con eso y asintió. Le había caído bien ese chico y sabía que su hija debía congeniar con él, porque le haría bien. Solo esperaba que terminase de abrirse a alguien, que hiciera amigos allí y disfrutara de la vida sin tener que temer por todo lo que le rodeaba.

Fueron juntos a la parte trasera de la casa pero antes de que Alanna pudiera pasar la puerta corredera tras su padre, Matthew la cogió del brazo y le hizo parar. Se quedaron mirándose a los ojos y luego el chico sacó del bolsillo una pequeña bolsa de terciopelo negro.

—Es un regalo —susurró—. Sé que no encontraste a Willow... Pero me ibas a llamar para que pudiera ir a por él. Te lo agradezco, Alanna.

Ella no se sorprendió al escuchar su nombre, pero sí por el regalo. Nadie le había dado nada sin un motivo en especial, normalmente era en su cumpleaños. Esa muestra de generosidad y afecto la pilló con la guardia baja, por lo que aceptó la bolsita y la abrió con curiosidad. Dentro había una pequeña pieza redonda de metal con intrincados dibujos, en su interior una bola de color azul rebotaba contra las paredes de la jaula. Era un colgante y la cadena era tan larga que se la podía poner sin necesidad de desabrocharla.

—No creo que pueda aceptarlo —dijo dudosa—. No creo que lo merezca...

—No se trata de merecerlo o no. —Matthew sonreía y se le había formado un hoyuelo en la mejilla izquierda—. Es un regalo, por haberme llamado y también de bienvenida. Tu padre me contó que te estresa un poco cambiar de aires pero te aseguro que aquí serás una más.

La sinceridad de sus palabras y el tono hicieron mella en Alanna, que se mordió el carrillo y bajó la mirada. Hubiera sonreído si fuera una chica normal y corriente, pero su inseguridad hizo que dudara de sí misma y solo fue capaz de asentir ligeramente.

—Muchas gracias, Matthew.

—Matt —corrigió este divertido—. Venga, vamos fuera antes de que quemem algo.

En el jardín estaba Jack hablando con un hombre que se parecía mucho a Matt físicamente, era alto y delgado, con el pelo rubio y despeinado. Alanna lo identificó inmediatamente como su padre pero no vio a ninguna

mujer allí, en cambio había otro hombre no muy lejos preparando la mesa.

—Tienes esa mirada —rio Matthew negando.

—¿Qué mirada? —preguntó ella mirándolo.

Cuando había aceptado la invitación de ir a comer con los padres de Matt no esperaba encontrarse literalmente a *dos padres*. Le había chocado el hecho de que fueran hombres, sobre todo porque no había conocido ninguna pareja homosexual en su vida, pero tampoco tenía nada en contra de ello y se arrepentía un poco de su sorpresa.

—Andrew es mi padre —dijo señalándolo con la mirada—. Es mi tutor legal desde que vivo con ellos. Mike es su pareja; llevan juntos más de quince años así que estoy acostumbrado a decir que son mis padres. Generalmente todos se sorprenden la primera vez, siempre esperan ver a una mujer con mi padre.

—Lo siento... No quería ser maleducada —admitió ella bajando la mirada.

Matthew sonrió y le dio una palmadita en la espalda. De nuevo el hoyuelo apareció y se lo quedó mirando embelesada. Era un tipo extraño y con un raro sentido del humor, por eso a Alanna le costaba llevarse mal con él, aunque quisiera mantener las distancias.

—No te preocupes, tonta. Es más normal de lo que crees —aseguró mirándolos—. Es peor cuando dan por sentado que soy gay porque ellos lo son.

—¿Y lo eres? —preguntó Alanna con curiosidad.

Era una pregunta inocente, solo movida por la necesidad de seguir hablando con él un poco más. No pretendía incomodarlo o molestarle, ni siquiera pensaba que lo fuera por el estereotipo que muchos creían que se cumplía a rajatabla.

—No, pero sí me gustan los hombres —respondió con sinceridad—. Soy bisexual. ¿Tú eres hetero?

—Sí, me gustan los hombres...

—¡Ya tenemos algo en común! —exclamó el chico riendo.

Era como un juego, preguntas sin importancia. Como si estuvieran

preguntándose su comida favorita o el color que más les gustaba. Era natural, tranquilo y agradable. Sin ningún tipo de malentendido ni prejuicio, sin darle más importancia de la que tenía.

Finalmente, fueron juntos y Alanna pudo conocer a Andrew y a Mike, dos hombres encantadores como su hijo. Durante todo el día estuvieron hablando aunque Alanna mayormente escuchaba historias y dejaba hablar a su padre. Matt insistía en que le contase algo más de ella, pero todo lo que creía que era de interés resultó ser común y corriente, por lo que la mayoría de las veces se quedaba callada y simulaba que escuchaba con atención una de las historias de su padre.

Era extraño estar entre desconocidos y al mismo tiempo encontrarse tan tranquila. Para ella era nuevo y las cosas nuevas le daban miedo, mantenía la guardia alta e intentaba evaluar las posibles pérdidas, como siempre había hecho. Pero allí no había nada que perder y simplemente se dejó llevar por un momento divertido en las que dos familias se conocían.

Capítulo 4

Tras la comida en el jardín, los adultos empezaron a hablar sin prestar atención a sus hijos y poco a poco estos se fueron apartando de ellos. Fueron al piso de arriba, a la habitación de Matthew para estar tranquilos y también hablar de sus cosas.

Mientras Alanna entraba en la habitación intentó fijarse en los pequeños detalles, ignorando a su vecino todo lo posible pues se sentía incómoda entrando en un lugar tan privado como ese. Ella jamás hubiera dejado que nadie entrase en su cuarto, al menos de buenas a primeras como había hecho Matt. Tenía la sensación de que ese chico estaba acelerando su amistad y forzándola, lo que hacía que ella estuviera más alerta que de costumbre y tuviera que esforzarse más en actuar como una adolescente normal. Su actitud crítica y cortante no tenía cabida allí, menos con la única persona que había sido amable desde el primer momento.

—Puedes sentarte donde quieras —dijo Matt mientras encendía el equipo de música—. ¿Te gusta algo en especial?

Alanna negó y se sentó en la cama. Era el único lugar que parecía estar medianamente en orden dentro de esa habitación. Todas las superficies estaban cubiertas por fotografías de toda índole, paisajes y personas que no reconocía. Averiguó sin más que a Matt le gustaban las cámaras y sacar fotos a todo lo que le rodeaba, era algo admirable si se comparaba a la falta de interés que ella tenía hacia todo lo artístico.

Sin embargo, había una fotografía que le llamaba la atención por encima de las otras. Estaba colocada al lado de la cama, sobre la mesita de noche. En ella salía Matthew junto a otro chico de pelo oscuro y sonrisa radiante.

—Es guapo, ¿verdad?

Ella se sonrojó un poco al haber sido descubierta, pero recordó que ese chico no tenía ningún problema para hablar de cualquier tema. Decía las

cosas tal y como eran, como las sentía en ese momento. Esa sinceridad sin tener que medir todas las palabras le causaba envidia, ella no era capaz de decir algo así como así.

—Lo es —admitió mirándolo—. ¿Es tu novio?

—Ahora es mi ex...

Y aunque Alanna estaba atenta a las reacciones de Matt y lo veía sonreír sin inconvenientes, sintió en su voz un deje de dolor como si esas palabras le devolvieran a la realidad en la que estaba viviendo.

—Es mi mejor amigo —añadió negando—. Llevábamos casi dos años saliendo. Se tuvo que ir por trabajo, así que lo dejamos. Mantenemos el contacto pero nos hemos prohibido recordar ese tiempo juntos. Ya sabes, por eso de evitar el dolor.

Matt también había sido abandonado, apartado de la persona que quería. A principios de año, su novio había tenido la oportunidad de su vida y, tras hablarlo, le había dejado marchar porque se sentía egoísta pidiéndole que se quedara con él. Con un poco de suerte podrían verse de nuevo en otras circunstancias. Matt intentaba convencerse de ello, como si fuera posible que la distancia no les destrozara todas las oportunidades que habían tenido.

En ese momento, la chica sintió pena por él y se vio a sí misma reflejada. Ella también había sido dejada por alguien a quien creía querer más que su propia vida, arrancada de la única familia que había conocido durante su corta existencia. Por eso temía volver a repetirlo, acercarse demasiado a alguien para que luego se fuera y la dejase sola con el corazón roto.

—Debes quererlo mucho —susurró Alanna—. Y sí, es guapísimo. Entiendo que te guste.

—El amor es complicado. Era mi segunda pareja, creía que iba a salir bien... Pero, en fin, la vida sigue. ¿Tú has dejado a alguien? ¿Por eso estás siempre tan triste?

La pregunta pilló por sorpresa a la chica, que se cruzó de brazos instintivamente para mantener la defensa, para esconderse en sí misma y alzar las murallas.

Ella no había dejado a nadie, siempre había creído que era de esas personas que estaban en cualquier momento y por absurda que resultase la

situación. Había hecho de todo por los que creía que eran sus amigos, pero igualmente ellos habían decidido olvidarla tan pronto como había dejado su vida en la ciudad y se había ido demasiado lejos como para volver a verlos.

—No tengo novio, si es eso lo que preguntas.

—Ay, tranquila —suspiró Matthew cogiendo su cámara con media sonrisa—. Solo era una pregunta sin maldad. Me gustaría conocerte y ser tu amigo, si tú me dejas.

Se escuchó el sonido del disparo de la cámara y a Alanna no le dio tiempo a replicar cuando el flash la deslumbró y se quedó con la boca abierta. Matthew se sentó en la cama haciendo que rebotara y le enseñó la pantalla digital donde salía ella cruzada de brazos y piernas sobre la cama, con el pelo hacia un lado y la mirada perdida y llameante.

—Eres muy fotogénica, Alanna. Te sacaré una copia y te la daré.

—¿Quién te ha dicho que quiera una fotografía mía? ¿Y quién te ha dado permiso a hacérmela? —replicó poniéndose en pie.

Verse tan vulnerable en esa imagen la había afectado. Odiaba las fotografías, hacérselas y verse a sí misma tan derrotada. Y sentirse tan inferior, tan débil. Intentaba ser amable con Matt porque él lo había sido con ella, pero dudaba mucho que fueran a congeniar más allá de lo políticamente correcto entre vecinos, sobre todo si su relación empezaba tomándose esas libertades.

—La puedo borrar si te molesta —dijo él rápidamente—. Me daría pena, pero lo haría si es lo que quieres.

—¿Pará qué quieres una fotografía de una desconocida? Ni siquiera sabes quién soy.

Matthew jugueteó con el objetivo, sin mirarla. Se mordió el labio y cuando alzó la vista siguió observándola.

—A veces los humanos no queremos admitir lo que nos aflige por miedo a ser juzgados —explicó en voz baja—. Las imágenes pueden captar esos sentimientos... Siento que con las fotos puedo captar la magia de las personas y tú desprendes tanta que no he podido resistirme.

Era una manera de decir que había sentido algo especial en ella sin

saber por qué. A él también le costaba hablar con extraños aunque se mostrara alegre y servicial, simplemente creía que siendo amable todo estaría bien. Con Alanna era distinto, ella estaba siempre a la defensiva y tenía miedo de ser diferente y destacar demasiado.

Tras varios minutos escuchando las suaves notas de un piano de fondo, los dos chicos decidieron hacer una tregua y sentarse de nuevo, esperar a que las cosas se tranquilizaran para volver a empezar desde un principio.

Alanna se sentó en la cama, pero no tan cerca de él como había estado y miró la fotografía de nuevo, era como ver una secuencia de Matthew diferente al que tenía delante.

—Lo siento... —dijo al cabo de otro rato—. No quería ser brusca contigo.

—No lo has sido; has actuado como cualquier persona normal. A veces olvido que no todos comparten mi amor por la fotografía y los instantes.

—¿Las fotos que hay aquí son todas tuyas? —preguntó Alanna en voz baja.

—Menos la de Will —respondió mirando la mesita—. Todas las demás las he ido haciendo a lo largo de mi vida.

Alanna miró la fotografía de nuevo, descubriendo que ese chico de pelo oscuro se llamaba Will y que cada vez que Matthew hablaba de él, su registro cambiaba drásticamente sin darse cuenta. Era una pequeña vibración en su voz, la añoranza que le dominaba.

—La verdad es que son muy bonitas —admitió negando—. Haces cosas maravillosas.

—Él me enseñó... Will, quiero decir. Él es fotógrafo profesional... Le conocí por casualidad y congeniamos... Casi no nos habíamos presentado cuando nos estábamos besando —dijo negando—. Me pregunto cuándo dejará de dolerme hablar de él, cuándo dejaré de pensar en él como si fuera a volver mañana.

Ella observó a Matt y distinguió la pena en sus ojos verdes, el dolor en su mirada. Sin pretenderlo puso una mano en su pierna, dándole ánimos de alguna forma.

—Dolerá por mucho tiempo... Pero eso no es malo, significa que fue una parte importante de tu vida y de ti mismo —aseguró mirándolo—. No tengas prisa por dejar ir su recuerdo.

Matt la miró con media sonrisa, como si estuviera conociendo algo nuevo de ella, algo llamativo y que le gustaba.

—Eres muy rara, Alanna. Cuando te conocí hace pocos días parecía que me ibas a sacar de tu casa de una patada en el culo y ahora me estás intentando animar. Desde luego no hay quien te entienda, eh.

—Bienvenido al club, Matt —dijo ella tristemente—. Esa es la historia de mi vida.

Capítulo 5

Alanna era de esas personas que adoraba madrugar aunque no tuviera nada que hacer. Se levantaba temprano y miraba el techo durante una hora pensando en todo lo que estaba pasando a su alrededor y creando planes para sobrellevar el día que debía afrontar. Siempre llevaba todo calculado al milímetro y cualquier cambio en su agenda imaginaria hacía que todos sus nervios se crisparan.

Desde que había conocido a Matt no sabía lo que hacer. En cualquier momento el chico aparecía de la nada con una sonrisa en la cara y la invitaba a tomar algo, a pasear o simplemente intentaba entablar conversación con ella. Por mucho que Alanna se negara y pusiera excusas, él siempre lograba encontrar un punto débil por donde colarse y poder intercambiar dos frases con ella.

Llevaban cerca de un mes viéndose, hablando cuando se encontraban casualmente o intercambiando un par de mensajes al día ya que se habían dado sus números de teléfono. Jack estaba encantado con la distracción de su hija y esperaba que poco a poco volviera a sonreír y a ser ella misma, sin tener que pensar las cosas antes de hacerlas. Pero Alanna no estaba por la labor, a pesar de los intentos de su insistente vecino, no lograba encontrar las fuerzas para seguir adelante y enfrentarse a lo que iba a tener que vivir a partir de ese momento, alejada del mundo que conocía.

Odiaba los cambios y este estaba siendo uno demasiado grande. Además, ese día tenía una terrible tarea a la que enfrentarse y las ganas estaban bajo cero, no como la temperatura que hacía allí. Se notaba que el verano en ese pueblo era pegajoso, sofocante. Se había despertado con la sensación de estar cubierta de sudor y no había nada para evitarlo.

Se levantó, y tras darse una ducha se puso una camiseta de tirantes y

unos pantalones cortos. Estaba segura de que el tiempo no mejoraría hasta finales de otoño y necesitaba el sol para combatir su palidez, por mucho que le costara admitirlo.

El sonido del timbre la sacó de sus pensamientos y abrió la puerta, aunque ya sabía quién era. Su padre se había ido a trabajar temprano y solo había otra persona que pudiera ir a esas horas y estar de tan buen humor.

—¡Hola! —exclamó Matthew sonriendo, como siempre—. Pues sí es verdad que te levantas temprano.

—Que no me veas pasear por las mañanas no significa que no esté despierta —recordó ella negando—. Iba a desayunar así que imagino que...

—Me apunto —dijo acabando la frase.

Alanna puso los ojos en blanco pero lo dejó pasar y fue hasta la cocina, ese pequeño rinconcito que su padre tanto amaba. Había un bizcocho sobre la mesa y una nota en frente.

—“*Compártelo con Matt, no seas cruel*” —leyó el chico—. Vaya, ¿eso es que no pensabas compartirlo?

A pesar de los intentos de mantenerse indiferente, Alanna se sonrojó al escuchar lo que había puesto su padre. Ella adoraba los dulces, sobre todo los caseros así que no era de extrañar que Jack pensase que se lo iba a guardar para ella sola. Sin embargo, ahora que Matt sabía ese pequeño secreto no podía hacer como si nada e inventar una excusa para comérselo cuando no hubiera nadie mirando.

Sacó dos platos y un chuchillo. Lo dejó todo sobre la mesa y mientras Matthew cortaba dos pedazos de bizcocho, ella sirvió café en dos tazas.

—Solo tenemos café, así que te tendrás que apañar —murmuró la chica sentándose.

—Ah tranquila, Jack me había avisado y me gusta el café.

—¿Por qué te llevas tan bien con él?

No eran celos lo que sentía Alanna cada vez que escuchaba el nombre de Jack en boca de otros. Lo que despertaba en su corazón era puro terror, miedo a que alguien quisiera arrebatarse lo único que le quedaba. Sabía que Matt no lo quería de esa manera, pero despertaba el mismo sentimiento

posesivo que evitaba a toda costa, porque por mucho que le doliera no podía ni debía monopolizar el tiempo de su padre.

—Bueno, es majo —respondió comiendo un pedazo de bizcocho—. Me cae bien y no parece que le disguste que esté pendiente de su hija. Así que son todo ventajas. Además, me paga cuando le ayudo con las cosas de la tienda y eso también es un gran punto a favor.

Alanna puso los ojos en blanco de nuevo y se bebió el café casi de un trago, obviando que estuviera recién hecho y que se estaba abrasando la garganta. Se había levantado sabiendo que ese día debía ayudar a su padre en la tienda de antigüedades que regentaba en ese pequeño pueblo, necesitaba la ayuda de ambos para trasladar y limpiar varios objetos. Era un trabajo, les pagaría al final del día y luego serían libres. Pero compartir su tiempo con otras personas no era el plan ideal de esa chica.

—Y creo que llegaremos tarde. —Matthew ya estaba de pie bebiendo su café cuando lo dijo—. Vamos, no quiero hacerle esperar.

—Eres incorregible. Si hubieras desayunado en tu casa podríamos habernos visto por el camino.

Matt dejó los platos en el fregadero y se giró apoyándose en la encimera. Tenía una sonrisa radiante, un poco ladeada y el hoyuelo estaba en su lugar de siempre.

—¿Y privarme de verte durante un rato más? Creo que no, pajarillo.

Ella no supo qué decir, por lo que solo se dio media vuelta y se alejó de él rezando para que no hubiera visto su cara de sorpresa.

Capítulo 6

Los muebles se amontaban en la acera según Jack los iba sacando del camión que había alquilado para poder trasladarlos. Se encontraban en el centro del pueblo que estaba poco transitado por la mañana temprano. Era un lugar tranquilo donde la mayoría de personas hacían su vida diaria. Otros tantos comercios estaban abriendo a esas horas o preparándose para abrir pronto, solo las personas encargadas de estos podían ver lo que estaban haciendo.

Los chicos estaban moviendo las piezas más pesadas entre los dos, metiéndolas en el interior de la tienda y asegurándose de que hubiera sitio para pasar luego. Mientras tanto, intercambiaban frases y quejas sobre el trabajo, aunque ninguno parecía realmente cansado por lo que tenían que hacer.

—Creo que podemos dejar esta cómoda en ese rincón —dijo Matt distraídamente.

Le gustaba ese lugar, tenía encanto y parecía único. La primera vez que había ido a la tienda para ayudar apenas había un par de sofás antiguos y unas mesitas apiladas en un rincón. Ahora tenía tantas cosas que debían pensar en dónde dejar los muebles de mayor tamaño para poder hacer sitio a la nueva mercancía que estaban trayendo.

Alanna había optado por dejar de mover muebles en un momento dado y se entretuvo sacando pequeños objetos de una caja que había traído desde el camión. Estaba llena hasta los topes de vajilla antigua de color azul y blanco. Le gustó la composición y que fuera fácil de manejar, sin tener que usar productos concretos para limpiarla en condiciones. Cogió un trapo y fue sacando platos, los limpiaba y amontonaba encima de una mesa.

Estaba tan perdida en sus pensamientos que no se dio cuenta de que era observada por dos personas, que hablaban de ella mientras colocaban una

mesa en un rincón. Ella solo pensaba en el momento en el que Matt había usado la palabra “pajarillo” para referirse a ella misma.

Alanna tenía un único tatuaje en todo el cuerpo, se lo hizo cuando supo que debía tenerlo plasmado en la piel. Era una enredadera que le recorría el costado con flores y pájaros revoloteando alrededor. Lo había creado ella con ayuda del tatuador y con un poco de imaginación. Se lo había hecho porque quería representar de alguna manera la libertad que no lograba alcanzar, enredada en su propio pasado y sin lograr levantar el vuelo para huir.

Y Matt lo había visto.

Ella, generalmente, no salía de casa con camisetas cortas ni nada parecido así que no lograba entender cómo había sido posible que pudiera haberlo visto. Dudaba mucho que su padre le hubiera contado también eso a un desconocido, era algo muy personal para ella y no creía que Jack hubiera sido capaz de llegar tan lejos con un chico para que fuera su amigo.

—Cariño —susurró Jack acercándose—. Puedes ir a tomar algo y descansar un poco.

Alanna dejó el trapo sobre la mesa y se giró para mirarlo.

—¿Estás seguro?

—Voy a hacer el inventario para saber qué hemos traído y lo que tenemos. Así que prefiero no tener a dos chiquillos pululando por aquí y descolocando todo. Le he dado la paga a Matt así que ya sois libres —dijo sonriendo.

Ella no pudo replicar cuando Matt la cogió del brazo y la llevó hacia fuera. La condujo hasta un pequeño parque y la dejó sentada en la sombra, sobre un mullido césped. Luego desapareció casi por arte de magia y la dejó allí sola.

Estaba tan confundida que no pudo hacer más que mirar a su alrededor. En todo ese tiempo había ido al centro en contadas ocasiones y nunca se había fijado demasiado. Odiaba relacionarse con gente que no conocía y había tenido suerte de mudarse en pleno verano porque la mayoría no salía a esas horas o se había ido de vacaciones.

Era un pueblo bonito, pequeño y lleno de naturaleza por todos lados. Estaba rodeado de bosques y las fuentes abundaban, el calor era soportable

aunque también agobiaba la humedad que había allí, incluso sabía que había un río no muy lejos de su casa.

—Siempre estás como ausente —comentó Matt cuando volvió.

Se sentó a su lado y le tendió un granizado, tenía un color lechoso y algunas motas oscuras. Alanna lo miró con dudas y luego lo cogió para darle un sorbo.

Era de plátano

Le sorprendió que fuera tan dulce, pero a la vez tan agradable en la boca. Se sorprendió cuando mordió una bolita que había en el fondo y esta explotó en su boca con un sabor a fresa acida.

Miró el granizado maravillada.

—Rico, eh —rio Matt negando—. Los venden en aquella tiendecita. —Señaló el lugar y luego dio un trago al suyo—. Contra este calor es lo mejor del mundo.

—La verdad es que hace un tiempo muy desagradable...

—Si aceptaras mi propuesta de llevarte al río pasarías menos calor que en esa casa tuya.

Habían sido muchas las veces en las que Matt había propuesto algo para hacer, en distintos lugares y a distintas horas. No lograba acertar con los gustos de Alanna y solo tras mucho insistir lograba convencerla.

Quería ir al río con ella, disfrutar de un día sin tener que estar pendiente de si la incomodaba o no.

—No me va mucho eso del agua... —admitió la chica—. Tal vez otro día.

—Pronto acabará el verano y empezará las clases. No es que tengamos mucho tiempo —recordó Matt tumbándose.

Muy a su pesar, Alanna tenía que acabar el curso que le quedaba para poder graduarse. Odiaba tener que pasar su último año en un sitio que no conocía y donde todos parecían formar una piña, tener que hacer nuevas amistades y afrontar todo ella sola.

—¿Tú que harás? —preguntó Alanna sin mirarlo—. Ya has acabado,

¿no? Eres un año mayor que yo.

—Estoy esperando a que me respondan de un curso de fotografía — contestó sonriendo—. Sería maravilloso y podría hacer algo que realmente me gusta. Empezaría en otoño y saldría de este pueblo. La verdad es que me asusta un poco la idea, pero también tengo muchas ganas.

Solo con oírlo hablar se podía sentir la emoción e ilusión que tenía porque salieran las cosas bien y le aceptaran en ese sitio. Alanna le echaría de menos y cuando se dio cuenta se mordió la lengua para no soltar algo que no querida, demasiado sentimental.

En ese mes había aprendido a tolerarlo a pesar de todo. Había comprendido que lo que Matt quería era una amiga, alguien con quien hablar. Tampoco lo había visto con nadie más, así que supuso que estaba tan solo como ella al principio. Se estaban ayudando mutuamente aunque Alanna pusiera las cosas difíciles en muchas ocasiones.

—Estoy segura de que lo conseguirás, Matt... Se te da bien eso.

Era cierto. En ese tiempo, Alanna había podido observar el trabajo del chico. Había visto las fotos y composiciones que hacía con esa vieja cámara digital, había asistido a varias sesiones que había organizado en el bosque y donde Willow había sido el protagonista. Cuando vio como editaba las fotografías en el ordenador, supo que estaba enamorado de su trabajo.

—Es lo más cerca que has estado de decirme algo bonito desde que nos conocemos. Creo que vamos mejorando, está relación va viento en popa.

—Eres estúpido —replicó Alanna poniendo los ojos en blanco.

—Pero te caigo bien.

Ella también se tumbó en el césped y observó el cielo a través de las hojas de los árboles, el azul entre el verde oscuro. Era como mirar un caleidoscopio, imposible y maravilloso al mismo tiempo.

—Pero me caes bien —repitió ella en un susurro.

Capítulo 7

El reloj de la mesita marcaba una hora inconcebible para estar despierta. Eran las dos de la mañana y ella estaba a punto de tirarse por la ventana si eso la ayudaba a sentir algo de aire en su piel. El calor era ya insoportable a esas alturas y todas las posturas resultaban igual de húmedas y pegajosas. Llevaba cerca de una hora intentando encontrar una posición cómoda y fresca, pero era imposible. El sueño la estaba atormentando y no había nada que lograra llevarla con él.

Tras una ducha de agua fría decidió que no era posible volver a la cama en esa habitación tan pequeña, con la ventana abierta y sin pizca de movimiento en las cortinas. Salió de su casa cogiendo las llaves y caminó por el jardín durante varios minutos pero tampoco lograba encontrar un poco de tranquilidad en su ser.

Alanna estaba agotada física y mentalmente, tenía sueño y sus músculos se quejaban por haber estado cargando cajas y muebles durante toda la mañana. Las altas temperaturas de agosto no le ofrecían ningún consuelo, ni siquiera sabía que allí podía hacer tanto calor o, de haberlo sabido, se habría comprado un ventilador con el que refrescarse un poco.

Al final se alejó de su casa con la pequeña esperanza de agotarse tanto que el sueño la acabara noqueando y dejando sin consciencia. Fue tranquilamente por los alrededores de su hogar y luego se acercó a los primeros árboles que la bordeaban por la parte trasera, donde se encontraba el bosque. No quería entrar en él a esas horas, pero donde había vegetación también había un poco más de fresco y disfrutó de ello todo lo posible.

Caminar bajo la luz de la luna, con el pijama corto puesto y unas zapatillas era lo último que había imaginado hacer en su vida. Antes no hubiera podido salir así pero desde que estaba en ese pueblo había

descubierto que podía disfrutar de pequeños placeres. Había paseado en el silencio absoluto del bosque, había saboreado un batido increíble esa misma mañana, había conocido a alguien que parecía estar siempre con ella a pesar de su mal humor.

La imagen de Matt apareció en su mente, un chico demasiado brillante para su oscuridad interna. Había hecho todo lo posible para alejarlo de ella pero parecía convencido de que tendrían que ser amigos y tras un mes hablando casi a diario había conseguido ese título, aunque el miedo de Alanna seguía presente cada día que pasaba. Sabía que ese chico no pretendía hacerle daño pero no quería confiar en él tan fácilmente como había hecho en el pasado antes de que la abandonaran una y otra vez, sin recordarla salvo cuando necesitaban un favor. No, Matt había sido sincero con ella desde el principio y parecía cómodo en su presencia.

Eso la ponía de los nervios.

Confiar en Matt conllevaba ser más amable con él, tal vez sonreírle en alguna ocasión. No recordaba la última vez que había elevado los labios de felicidad, ni siquiera recordaba sus falsas sonrisas diarias. Simplemente, le era indiferente todo lo que pasaba.

Cuando alzó la cabeza hacia el cielo encontró cientos de estrellas brillantes que la observaban en silencio. Nunca se había fijado en él durante la noche, lleno hasta los topes de pequeños puntos que dibujaban constelaciones y figuras. De pequeña, Alanna había estado obsesionada con el cielo nocturno y soñaba con ver una estrella fugaz y pedir un deseo, una única petición que llevaba con ella durante tantos años que había olvidado que estaba allí.

—Deseo un final feliz...

No había pasado ninguna estrella fugaz pero igualmente lo dijo en voz alta con la esperanza de que, en algún lugar, esa magia podía ser realizada a su favor. No quería un final de cuento de hadas, ni siquiera creía que pudiera ser totalmente feliz por mucho tiempo, pero quería serlo durante un rato, una hora, un minuto, un segundo... cualquier tiempo valía la pena si pudiera pasarlo sintiéndose completamente llena.

—Es un deseo muy amplio —dijo una voz a sus espaldas.

Al girarse, se encontró los ojos verdes de Matt mirándola directamente. Iba vestido con unos pantalones deportivos y una camiseta de tirantes. Tenía el pelo rubio revuelto y parecía cansado.

—¿Me estás acosando? —preguntó Alanna frunciendo el ceño—. Siempre apareces de la nada.

—Perdona... He salido a dar un paseo y te he visto por aquí sola. Es peligroso estar tan cerca del bosque a estas horas así que me preguntaba si eras sonámbula o algo, para ayudarte —aclaró sonriendo.

Ella suspiró y negó con la cabeza. Ni siquiera comprendía la verdadera naturaleza de ese chico, no lo entendía por más que intentaba encontrar una razón lógica a su comportamiento.

—¿Tú tampoco podías dormir por el calor? —preguntó Alanna acercándose a él.

Matthew sonrió un poco al ver que no se apartaba de su lado. Caminó hasta ella y se puso a su altura, siguiendo su ritmo en el paseo que parecía que iban a comenzar los dos juntos.

—Que va, estoy acostumbrado a este clima. Es que mis padres tenían fiesta esta noche.

—¿Fiesta? ¿A estas horas? —preguntó confundida.

Él rio y meneó la cabeza, divertido. Había encontrado a Alanna sumamente interesante desde el primer día, pero lo que más le llamaba la atención era su simplicidad y esa mirada triste, se esforzaba por lograr sacarla de sus tinieblas pero estaba costando más de lo esperado. A pesar de todo había conseguido cosas, ya no era la misma chica que le había abierto la puerta con el ceño fruncido el primer día.

—Es cuando yo estoy dormido. Seguramente pensarían que no escucharía los golpes porque mi habitación está al final del pasillo, pero hacen bastante ruido —explicó sonriendo.

—No entiendo cómo organizan una fiesta estando su hijo dormido...

Matt tuvo que parar porque no aguantaba más tiempo la risa. Estaban lo bastante lejos de cualquier sitio para tener luz que les alumbrase, por lo que en la penumbra solo pudo distinguir sombras en la cara de Alanna.

—Sexo, pajarillo —dijo lentamente—. Ya sabes, las parejas a veces lo tienen y mis padres no dejan de ser una pareja.

A pesar de la oscuridad, la cara de Alanna se encendió como esas estrellas que los miraban. Se sonrojó tanto que se llevó las manos a la cara, muerta de la vergüenza. Pero no escuchó la risa de Matt, aunque este tuviera unas ganas terribles de echarse a llorar.

—No pasa nada —aseguró el muchacho—. Es algo normal. Créeme, es peor pillarles que escuchar lo que hacen.

Estaba intentando bromear para quitar hierro al asunto pero Alanna no parecía moverse y no sabía si estaba bien o no. De pronto escuchó una risa, un murmullo que le pareció tan increíble que tuvo que parpadear un par de veces. Era la primera vez que esa chica reía en su presencia, ni siquiera la había visto sonreír.

Muy lentamente retiró las manos que tapaban su boca y las sujetó, acercándose un poco más a ella. No quería perderse ni un segundo de esa risa, de esa felicidad que parecía envolverla.

—Me alegra que lo que hacen mis queridos padres cause tanta alegría en ti —admitió alzando una ceja.

—Por favor, deja de decirlo así —replicó ella intentando parar de reír—. Me da vergüenza y es horrible.

—Te estás riendo, eh.

Alanna era consciente de que lo estaba haciendo pero es que escuchar eso de un chico como Matt era demasiado para su autocontrol, lo había intentado pero la vergüenza también la hacía débil y no pudo evitarlo, todo lo demás vino solo.

Tardaron un poco más en recomponerse, ambos riendo y cogiendo aire en medio de la noche. Después caminaron de vuelta a casa de Alanna, sin soltarse de la mano y hablando de muchas otras cosas para que ella no se riera durante más tiempo, aunque Matt se moría por volver a escuchar su risa y saber que él la había causado al final.

Llegaron a la puerta y se miraron, la farola arrojaba rayos de luz sobre ellos. Aunque Alanna ya no reía, sus ojos hablaban por sí solos y parecía feliz en esa noche.

—Has cumplido mi deseo —susurró ella en voz baja—. Gracias por no rendirte conmigo...

Por primera vez en mucho tiempo se había sentido feliz, tranquila y despreocupada. Era algo que la había pillado por sorpresa y se alegraba de que Matt hubiera sido el culpable, por una vez agradeció tenerlo a su lado.

—No soy de los que se rinden rápidamente —aseguró el chico colocando un mechón tras su oreja—. Debería irme. Imagino que mis padres ya habrán terminado.

Ella puso los ojos en blanco.

—Ahora no podré mirarlos de la misma manera, que lo sepas.

—Buenas noches, pajarillo.

Se inclinó sobre ella y le dio un beso en la cabeza. Luego se alejó y levantó una mano para despedirse, pero Alanna ya no estaba allí, había entrado en su casa sin saber qué acababa de pasar.

Capítulo 8

El desayuno consistía en otro pedazo de bizcocho y un café.

Alanna estaba comiendo tranquilamente cuando su padre entró en la cocina y se sirvió una taza con un poco de leche para su café, al contrario de ella que lo tomaba solo. Miró a su hija, que parecía distinta esa mañana, y se apoyó en la encimera alzando una ceja.

—¿Qué me he perdido?

Alanna apartó la vista de su móvil, en el cual acaba de recibir un mensaje de Matt diciendo que se había cansado y debían ir al río o morirían de calor. Estaba rememorando esa noche y no se había dado cuenta de que su padre estaba allí, mirándola fijamente con una sonrisa ladeada.

—¿Qué quieres decir? —preguntó confusa.

—Estás sonriendo mientras miras el móvil —respondió el hombre—. Eso es muy adolescente. ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi hija?

Ella puso los ojos en blanco y negó con la cabeza intentando no darle importancia a su comentario. Sabía que la mayoría del tiempo se comportaba como una tonta que fingía que todo le daba igual, pero era su manera de protegerse del daños que podían hacerle los demás.

—Deja de decir tonterías, papá —replicó negando—. Voy a ir a casa de Matt.

Esa confesión solo hizo que Jack sonriera aún más. En el tiempo que llevaba allí había podido ver la evolución de su hija respecto a ese chico y se alegraba de que se hubieran hecho amigos, así también aprendería que no todo era tan negro como ella lo veía.

—Ahora quien pone caras raras eres tú, tonto.

Alanna puso su taza en el fregadero y se comió el último pedazo de

bizcocho. Su padre estaba contento últimamente y se alegraba, si bien su principal motivo era que ella parecía estar saliendo poco a poco de su agujero y lograba hacer amigos, aunque fuera el vecino más pesado del mundo.

—Ten cuidado, anda. Bueno, ya sabes... Matt es un chico y tú eres...

—Una chica que no quiere tener esta charla —aseguró cortando su frase—. No es nada de eso. Solo somos amigos.

Jack asintió, aunque no pudo disimular su sonrisa.

—Por supuesto. Igualmente, si necesitas algo solo tienes que pedirlo... Por si te da vergüenza ir al supermercado o a la farmacia...

Ella puso los ojos en blanco y salió de la cocina pisando fuerte, intentando no sonrojarse por sus insinuaciones. Supo que su padre se estaba burlando de ella cuando escuchó su risa al salir por la puerta principal. Era típico de él, siempre intentaba quitarle importancia al asunto y comprendía que le costaba un poco hablar con ella de esas cosas, al fin y al cabo, no dejaba de ser su única hija y la quería proteger de todo mal, aunque también deseaba que fuera libre para tomar sus propias decisiones.

No tardó mucho en llegar a casa de Matt y llamar a la puerta esperando al chico, pero le abrió un hombre alto y de pelo castaño, un poco corpulento. Alanna lo identificó enseguida como Mike y su mente regresó a la noche anterior cuando su amigo le dijo que hacían sus padres mientras tanto.

Se sonrojó y bajó la mirada.

—¿Has venido a buscar a Matt? —preguntó el hombre sonriendo—. Entra, anda. Ha tenido que salir un momento con Andy a hacer un recado, pero volverá enseguida.

Alanna se pensó si soltarle una excusa o aceptar la invitación, pero al final acabó entrando sin mirarle porque sentía que sus mejillas eran dos faroles incandescentes.

Juntos fueron al salón y Mike regresó a la mesa, donde tenía un plátano a medio comer. Todo parecía una broma de Matt, pero sabía que ese hombre solo estaba desayunando tranquilamente, a pesar de que parecía muy conveniente que estuviera pasando todo justo tras la noche.

Ella se sentó a su lado y se miró las manos, sin saber qué decir.

—Me alegra que Matt haya encontrado una amiga —dijo Mike al cabo de un rato de silencio—. Estábamos muy preocupados por él.

—¿Preocupados? —preguntó confusa—. Yo soy la que estoy agradecida por ser su amiga...

Mike sonrió con sus palabras y se recostó en el asiento.

—Cuando se fue Will, Matt lo pasó muy mal. Dejó de salir, comía poco, estaba triste todo el día... Creíamos que acabaría teniendo depresión y estuvimos a punto de llevarle a un psicólogo para ver si mejoraba.

—Era su novio... Imagino que sería normal que se comportara así.

Will había estado dos años con Matt, era normal que se tuvieran cariño y el cambio hiciera que Matt dejara de ser él mismo. Alanna había tenido la suerte de conocerlo en una versión agradable y sonriente, pero no era capaz de imaginarlo triste y desolado como ella había estado las primeras semanas.

—Lo era, pero no sé... Es como si fuera mi hijo... Matt siempre ha sido un chico muy soñador y encontrarse con esa realidad le desmontó por completo. Por eso decidí adoptar a Willow para él, al menos tendría que salir a pasearlo.

Eso hizo sonreír a Alanna. El cachorro también había sido el motivo por el que ellos dos habían comenzado a hablar, así que debía estar bendecido con ser un foco de buena suerte y positividad.

—Me alegra que funcionara, Mike. Matt tiene mucha suerte de teneros como padres.

—Al principio no lo llevé tan bien, no creas —suspiró con una sonrisa triste, recordando el pasado—. Andy apareció con un niño pequeño y casi me da un infarto.

Alanna sabía que Andrew era el padre de Matthew por lo que él le había contado, era su tutor legal y se parecían mucho, no había duda de que debían tener la misma sangre. Sin embargo, esa historia la llenaba de curiosidad y al fin se dignó a mirar los ojos color café de Mike.

—¿Andrew... es su padre biológico? —preguntó despacio—. Si me estoy metiendo donde no me llaman no hace falta que me lo digas... No quiero ser una cotilla, es que Matt nunca me cuenta nada de eso.

—Tranquila, no es ningún secreto —aseguró sonriendo—. Andy es el tío de Matt, biológicamente hablando. Sus padres murieron en un accidente de tráfico y Andy era su familia más cercana, así que se hizo cargo de él. Como era muy pequeño en esa época, acabó llamándolo papá. También es que se parece mucho a Arthur, su verdadero padre. Así que nos lo tomamos con filosofía.

Era muy triste que Matt hubiera tenido que pasar por algo tan traumático siendo tan pequeño. No había visto ninguna fotografía en su habitación que le dijera que Matthew quería seguir recordando a sus padres, para él estaba todo muy claro y esa pareja eran los que le habían criado durante su vida. A pesar de ello, Alanna se sintió mal consigo misma.

Ella tenía a su madre viva, en algún lugar del país, ignorando su existencia. Había sido abandonada por la misma mujer que la había traído al mundo cuando solo tenía seis años, se había encontrado con un hombre que decía ser su padre y había tenido que adaptarse de nuevo a su vida. Desde entonces se había sentido desdichada al no tener una familia, pero Matthew había perdido a sus dos padres a la vez y no podía imaginar lo que era eso y cómo debía sentirse.

—Debió ser horrible... ¿Era muy pequeño?

—Tenía cuatro años.

Alanna alzó la vista por encima del hombro al escuchar su voz y vio a Matt apoyado en el marco de la puerta, mirándolos. Llevaba una camiseta de manga corta y unas bermudas. No parecía estar enfadado por haber descubierto su conversación, pero tampoco parecía a punto de sonreír y echarse a reír como siempre. Era otro sentimiento, intentaba mantener la compostura delante de Alanna, pero ella sabía que le debía doler recordarlo.

—Lo siento mucho... —dijo la chica—. No pretendía entrometerme.

—No pasa nada, pero hubiera preferido que me lo preguntaras directamente —admitió Matthew encogiéndose de hombros—. En fin, podemos irnos. He comprado algunas cosas para hacer un picnic así que no te preocupes por la comida.

Ella asintió y se puso en pie. Se despidió de Mike con la mano y una pequeña sonrisa antes de seguir a Matthew a través de su casa. Tras coger una

mochila de la entrada que parecía a punto de reventar salieron y empezaron a caminar hacia el bosque. Pero, mientras tanto, Alanna se preguntó si había cometido un error al preguntar algo tan personal a Mike y si Matt se había enfadado con ella o no, aunque parecía seguir manteniendo el plan de pasar el día con ella, ya no estaba segura de nada.

Y se preocupaba por su recién estrenada amistad.

Capítulo 9

En el bosque había mil sonidos al mismo tiempo y, aun así, ninguno de voces humanas. Los pájaros cantaban, las ramas les hacían tropezar cuando no se fijaban por donde pasaban. El calor del verano había traído consigo a los insectos y sus zumbidos, a pequeños animales que salían de sus escondites para cazar y alimentarse.

Sin embargo, los dos caminaban lentamente, uno tras el otro. No decían nada, ni siquiera habían intercambiado palabras por el camino. Los minutos pasaban y la necesidad de Alanna por comunicarse con su amigo estaba haciéndose cada vez más dolorosa, sin ningún sentido.

Ella lo sentía, la tensión en el ambiente que no era fruto del calor que hacía. Sabía que había cometido un error al no haber preguntado directamente a Matt sobre su pasado, pero no sabía cómo abordar el tema sin que pareciera que estaba metiéndose donde no la llamaban. Con Mike no había tenido problema, había surgido la conversación naturalmente y creía que había hecho lo correcto hasta que vio la cara de Matt, mirándola con esos preciosos ojos verdes entornados.

Por más que intentaba pensar algo que pudiera salvar la situación, no logró encontrar ningún tipo de palabra que pudiera sacarla del apuro. Estaba cansada y hacía poco que se había levantado. Su cuerpo ardía por la vergüenza y el clima.

—Matt...

—Llegaremos en unos minutos —aseguró el muchacho.

Ella no quería saber cuánto más tardarían en llegar a su destino, ni siquiera sabía a dónde iban, pero le daba igual. Quería hacer las paces con él, quitar esa incomodidad que tenían sobre ellos por su culpa.

—No es eso —murmuró Alanna—. Sé que no he hecho bien al hablar de ti así... Solo tenía curiosidad y Mike estaba allí...

—Alanna, no estoy enfadado contigo. Sé que te cuesta creerlo, pero me da igual lo que pasara en el pasado. No recuerdo a mis padres y no me importa. Murieron, no hay más.

El tono frío y cortante que usó hizo que Alanna sintiera ganas de llorar. Percibía su dolor, aunque fuera unos pasos por detrás de él. Se quedó callada y quieta. En realidad, le había dolido su indiferencia, cómo había intentado quitarle importancia al asunto.

Alanna tenía a sus dos padres vivos, aunque su madre estuviera perdida por el mundo viviendo una vida que supuestamente su nacimiento le había arrebatado. Aun así, los tenía y podía contar con ellos. No sabía lo doloroso que podía ser que Matt estuviera solo, tenía edad suficiente para recordar algunas cosas de sus padres y eso no debía ser agradable. Por muchos años que pasara, el dolor no podía borrarse y las cicatrices siempre se quedaban en el corazón, escondidas de ojos curiosos.

Al final, Matt tuvo que volver sobre sus pasos al ver que Alanna no le seguía como había hecho todo el camino. Dejó la mochila apoyada en un árbol y la encontró no muy lejos de allí de pie con la cabeza gacha y retorciéndose las manos con fuerza.

—Oye... Estás dándole mucha importancia —susurró acercándose—. Lo que pasó fue una tragedia, pero estoy rodeado de personas que me quieren...

—Mi madre me abandonó con casi seis años —contó Alanna sin mirarle—. Había vivido únicamente con ella, pero se había cansado de cuidarme. ¿Cuidar de alguien cuando no se sabía cuidar ella misma?

Matt se quedó quieto mirándola, evaluándola. No había preguntado nunca por la madre de Alanna, simplemente había ignorado el detalle de que viviera solo con su padre. En un principio había pensado que tal vez hubiera muerto, como le había pasado a él, pero luego creyó que simplemente se habían separado y ella se había quedado con Jack.

—Jack apareció un día en la puerta de casa, alterado y asustado. Mi madre le había llamado para confesarle que había tenido una hija con él y se

lo había ocultado —continuó la chica en voz baja—. Imagino que me quiso en el mismo instante en el que me vio, pero yo solo podía ver a un hombre que me estaba apartando del lado de mi madre. No confiaba en él, no quería estar cerca de ese desconocido.

—No creo que te culpe por haber pensado así, pajarillo. —Matt había terminado por acercarse y estaba a menos de un palmo de ella. Al final la abrazó y la pegó a su pecho, sintiendo como ella se apoyaba en él—. Siento mucho que tu madre te hiciera eso.

Alanna se había tranquilizado un poco al contar su historia, pero no quería consuelo. Ella había pretendido hablar de su pasado para que supiera que también había sufrido, que podía confiar y le podía contar las cosas.

Compartir su dolor.

—Mis padres están vivos... No sé si mi madre me quiso alguna vez, pero Jack me quiere ahora. No me gusta que hables de tus padres como si no fueran importantes.

—No los recuerdo, ya no soy capaz de saber cómo eran. Sé que físicamente me parezco a mi padre y Andy se parece a él. Heredé el carácter de mi madre, según él... Pero ni sus caras, ni siquiera sus voces. Son como unos fantasmas para mí...

Alanna lo abrazó con más fuerza, conociendo ese sentimiento de incertidumbre. Su camiseta olía a limpio, seguramente a alguna clase de suavizante. Notó el cuerpo tenso del chico y sus músculos bajo la ropa. No se había acercado tanto a alguien desde hacía mucho tiempo y echaba de menos ese contacto humano, la necesidad de sentirse protegida.

—Están en tu corazón —aseguró al cabo de un rato—. Tus padres te querían, te quieren aún. Pregunta a Andrew si quieres saber más de ellos, estoy segura de que se alegrará mucho del interés... Y si no, puedes hablar conmigo siempre que quieras.

—¿Contigo? —preguntó en voz baja.

—Ya sé que no soy la mejor dando conversación... Y que me cuesta mucho ser amable, agradable y eso... Pero sé escuchar y puedo hacerlo. Soy muy borde, pero no es porque quiera.

Matthew se separó un poco de ella y la miró a los ojos, sonriendo

ligeramente. Su sonrisa era un bálsamo para Alanna, que se había tranquilizado considerablemente tras soltar todo.

—No eres borde —dijo Matt negando—. Solo tienes miedo a que te abandonen, ¿no? Eso es lo que te pasó... Tienes miedo, como yo tenía miedo a quedarme solo tras el accidente.

Ella asintió y se quedaron en silencio, aún abrazados. Alanna no quería admitir eso y parecer una niña pequeña que lloraba por el pasado. Matt no quería seguir dándole vueltas al asunto, no ahora que había comprendido unas cuantas cosas con respecto a su amiga.

Tuvieron que separarse porque pasaron demasiado tiempo juntos, tanto que empezaron a acercarse inconscientemente. Se miraban a los ojos, sus miradas bajaban hasta los labios del otros, sus respiraciones estaban descompensadas y la tensión que habían construido empezaba a ser palpable.

Ninguno estaba preparado para dar el paso, ni siquiera eran conscientes de que pudiera haber un paso más en su amistad. Alanna no quería atarse a nadie por sus temores, Matt seguía teniendo muy reciente a Will como para pensar en nadie más.

Se apartaron muy lentamente, pero el chico cogió su mano y tiró de ella. Estaba dispuesto a pasar uno de los mejores días de su vida ese verano, con ella y en un lugar muy especial para él. Tenían que llegar todavía y no quería separarse más de lo necesario. Así que optó por lo fácil y se cogieron las manos, corriendo por el bosque como dos ciervos trotaban entre la maleza.

Felices, comprendiendo que no eran tan diferentes en el fondo. Solo eran dos chicos con sus problemas, dos corazones rotos que intentaban sanar. Con el tiempo las cosas irían a mejor, pero primero necesitaban sofocar el calor que estaba haciendo en ese día tan extraño.

Capítulo 10

Tardaron un buen rato más en llegar a donde Matt quería ir. De alguna manera se las apañaron para trepar por unas rocas y seguir un pequeño riachuelo hasta que llegaron a su destino.

Estaban en un desnivel, ligeramente inclinado. El terreno no era muy escarpado y no habría peligro de resbalarse y caerse, aunque siguieron sin soltarse las manos hasta que vieron la poza que se ocultaba tras unos árboles.

Había una pequeña cascada que descendía por las rocas, se escuchaba el goteo al caer. La poza era pequeña, transparente y con un gran número de plantas creciendo a su alrededor. Alanna estuvo segura que de no estar ellos allí habría un montón de animales bebiendo de ella.

Las pequeñas flores amarillas crecían a su alrededor y salpicaban de vida ese pequeño lugar. Algún que otro insecto pasaba por delante de los dos y hacía que se sobresaltaran para luego reírse de ellos mismos. Era un lugar mágico y solo estaban ellos dos.

—¿Por qué no hay nadie más? —preguntó Alanna curiosidad.

Matthew había dejado la mochila sobre una roca y se había sentado en ella para desatarse los botones de las zapatillas. Alzó la mirada y sonrió.

—Bueno, está bastante escondida y casi todos viven demasiado lejos, en el pueblo —explico quitándose las zapatillas—. Ya sabes, nosotros vivimos prácticamente en el bosque. Es un lugar maravilloso y nunca he visto a nadie más aquí salvo mi familia. Así que no nos molestarán.

Ella asintió y le imitó. Se quitó los zapatos que llevaba y se acercó a la orilla con algo de preocupación. Estaba nerviosa pero también ansiosa por dejar que el agua fría bañase sus pies. La orilla era fangosa y daba un poco de grima, pero el contacto con el agua fue maravilloso y se quedó absorta

intentando ver el fondo, aunque solo distinguía unas cuantas rocas que cada vez se hacían más oscuras.

—¿Es muy hondo?

—Ummm, unos dos metros y medio en el lado de la cascada y cerca del centro —respondió Matthew tranquilamente—. No pasará nada y podremos hasta nadar un rato.

Alanna se giró para mirarlo y abrió mucho los ojos al ver que solo llevaba el pantalón, su camiseta había desaparecido. Matt no era un chico de gimnasio, pero igualmente sus ojos vagaron por su cuerpo, observando y memorizando sin darse cuenta.

Se sonrojó y apartó la mirada, intentó mirar el agua de nuevo.

—¿Nadar? ¿Vamos a meternos? —Su voz no sonó estable como siempre, incluso creyó que se notaría que se había alterado—. Yo no traigo bañador, Matt.

Tras unos segundos en silencio, se giró de nuevo y observó cómo estiraba dos toallas sobre una roca donde daba de lleno el sol. Su espalda solo hizo que aumentara más la temperatura de Alanna y se sintió mal por ello, porque era algo que no deseaba sentir y no comprendía. Sabía perfectamente que Matt era guapo y amable, muchas personas se sentían atraídas por esas características y ella no dejaba de ser una chica con ojos en la cara. Aun así, se sentía mareada al pensar en él, no quería ni imaginar si las cosas se torcían o malinterpretaban. Ya lo había pasado mal media hora antes cuando había creído que estaba enfadado, perder su amistad era algo demasiado grande como para arriesgarse a encapricharse de él, sobre todo cuando sabía que no podían ser nada más que amigos.

—¿Alanna?

Ella sacudió la cabeza y parpadeó confusa.

—Te estaba diciendo que un bikini y la ropa interior es bastante similar —repitió Matthew encogiéndose de hombros—. Creo que no habrá ningún problema. Nos secaremos antes de ponernos la ropa así que no volverás incómoda tampoco.

Las mejillas de Alanna adquirieron un tono rosado y sintió la tirantez en sus pómulos. Por supuesto, sabía que era absurdo avergonzarse por algo

así, pero le daba vergüenza quedarse tan solo en ropa interior delante de él. No sabía si era correcto, aunque tenía razón: el bikini no dejaba de ser igual a lo que llevaba puesto.

Al final hizo de tripas corazón y se giró, abochornada. Se quitó la camiseta y dio gracias de haberse puesto ese día algo con relleno y que fuera al menos bonito, también se alegraba de llevar el conjunto entero y no cada pieza de una forma. Cuando se desvistió seguía de espaldas a él y no se atrevía a mirarle por si acaso sus ojos hacían lo que ella había hecho cuando lo había visto sin camiseta. Toda esa situación estaba sacándola de sus casillas y no sabía por qué. En realidad, era algo normal y que dos amigos podrían hacer, solo necesitaban confianza y dejar de pensar con lo que no debían.

Habían ido a bañarse, no a nada raro que pudiera estropear todo.

El chapoteo la sacó de sus pensamientos y le dio tiempo a ver a Matt meter la cabeza bajo el agua. Cuando salió su pelo rubio estaba un poco más oscuro que de costumbre y sus pestañas estaban juntas, lo que hacía parecer a sus ojos un poco más grandes. Se quedó sentado sobre una roca y el agua le cubría el pecho, aunque al ser tan transparente daba un poco igual.

—¿Te vas a quedar ahí todo el día? —preguntó con diversión.

Ella siguió sin moverse y se mordió el labio. Ya no era la vergüenza o que él estuviera prácticamente desnudo, tenía un problema más grande que la preocupaba bastante. Quería meterse en la poza y nadar, pero no le era posible.

—Es que... no sé nadar —admitió en voz baja.

Nunca había aprendido. Su padre había intentado llevarla a la piscina muchas veces cuando era pequeña, pero tenía miedo a ahogarse. Era irracional y siempre había sido consciente de que no pasaría nada, pero en una poza solo estando ellos dos no se sentía muy segura para probar su suerte y habilidades. Además, le preocupaba lo que pensara Matthew de esa confesión, ya se sentía bastante ridícula con la ropa interior de color azul pastel.

—¿En serio? —Matt se levantó de donde estaba y se acercó a la orilla. Cogió su mano y sonrió—. Vamos, no te soltaré.

A pesar de su inseguridad, Alanna asintió y lo siguió al interior. Con unos cuantos pasos el agua le llegó por la cintura y cogió aire para mantener la calma. Estaba segura de que en algún momento escucharía la risa de Matt, pero no fue así. Cuando tuvo que apoyarse en su hombro para seguir a flote se tensó.

—¿Estás bien así? —preguntó el chico—. No voy a dejar que te pase nada, pajarillo.

Ella asintió y siguió moviendo ligeramente los pies para mantener su cuerpo a flote. Era normal que no llegase cuando Matt le sacaba casi una cabeza de alto, estando así estaban igualados y se alegraba de poder mirarlo cara a cara sin tener que alzar la cabeza.

—¿Cómo sabías que tenía un tatuaje con pájaros? —quiso saber en su lugar, intentando pensar en otra cosa—. Yo no te lo he enseñado y dudo que mi padre te lo haya dicho.

—Ah, esa pregunta es fácil. Cuando estuviste en mi habitación la primera vez te estiraste y se levantó tu camiseta. Así fue como vi el tatuaje, aunque ignoraba que fuera tan grande en un principio. Pero he de decir que me gusta.

Ella se sonrojó un poco más y sonrió ligeramente por el cumplido. Era algo muy especial para ella y se alegraba que le pareciera bonito.

—Creo que todos deberíamos ser libres, como los pajaritos. Tardé un año en hacerlo y en encontrar un tatuador que quisiera ayudarme. Al final lo logré y Jack me dio permiso para hacérmelo. Me encanta, aunque es recordar el dolor...

—Se te notan todas las costillas —dijo Matthew deslizando una mano por su costado—. Eso no debe ayudar demasiado.

Alanna se quedó sin aire y asintió. Seguía sintiendo su mano ahí, tranquilamente apoyada sobre su piel. Estaba caliente comparada con el agua y era un contacto extraño. Matt también lo notó, el cambio en la atmosfera, pero no apartó la mano. Inconscientemente la bajó más hasta llegar a su cadera y sin que se lo esperase Alanna, la empujó bajo el agua para que metiera la cabeza.

Ella se sorprendió tanto que cerró los ojos y luego sintió una presión en

los labios que hizo que los abriera confusa. No vio nada además de las burbujas, pero sabía lo que había sido perfectamente. Cuando salió a la superficie boqueando y sujetándose a Matthew estaba tan alterada que no sabía por qué culparle primero, pero solo pudo ver su sonrisa radiante y el hoyuelo de su mejilla.

—Te iba a dar una insolación si no te mojabas la cabeza —se defendió el chico sin perder la sonrisa.

Alanna puso los ojos en blanco y negó con la cabeza dejándose llevar por los movimientos de Matthew por la pequeña poza, pero sin dejar de sentir el cosquilleo en los labios.

Estaba segura de lo que había pasado, completamente convencida de que Matt la había besado. Y lo peor de todo es que se arrepentía de no haberlo podido ver con sus propios ojos.

Capítulo 11

El techo seguía cubierto de estrellas que brillaban en la oscuridad, recuerdo de cuando era pequeño y le asustaba estar solo en esa habitación, recordando en sueños algo horrible. Ahora era solo algo que había pasado y a lo que no daba mayor importancia ya que había otras cosas en que pensar y que debía comprender antes de seguir adelante. Había hecho algo que cambiaba todo y a la vez no había sufrido sus consecuencias.

Matt cerró los ojos con fuerza y se giró en la cama, cansado de darle vueltas al asunto. Había sentido la imperiosa necesidad de besar a Alanna en la poza, lo había hecho a pesar de saber que no tenía su consentimiento. En parte se arrepentía porque no le dio la oportunidad de decidir si quería o no besarle, pero también se sentía contrariado por su reacción.

No había hecho ni dicho nada, como si nunca hubiera existido.

Para él era algo que no tenía sentido. Toda acción tenía una reacción de la misma magnitud. Había unido sus labios apenas un segundo antes de sacarla del agua, temía que se hubiera enfadado por ello y esperaba, como mínimo, una bofetada. Sin embargo, ella solo le había mirado con sus grandes ojos, como una cierva mira a su cazador sin saber lo que le espera.

Pensó que tal vez se sintiera aturdida, triste, furiosa... Pero Alanna solo sonrió al cabo de unos minutos y salieron del agua para comer algo de lo que Matt había traído para almorzar. La tarde transcurrió sin mencionar el beso, hablaron como siempre y se mantuvieron a la distancia que habían acordado en silencio. No había reproches ni curiosidad, solo más de lo mismo.

Y eso enfurecía a Matt, que quería comprender qué era lo que había sentido en ese preciso segundo en el que tocó los labios de la chica y sintió un hormigueo en los suyos propios.

Nunca había sentido algo así, algo tan ambiguo y difícil de interpretar.

Había besado a más gente en su vida, aunque la mayor parte de los besos le habían pertenecido a Will.

Se giró para ver la foto que descansaba sobre la mesilla, ambos chicos sonreían y eran felices. Hubieran seguido juntos si las cosas no tuvieran que cambiar, pero Will debía cumplir sus sueños y seguir adelante, sin cargar con nadie. Matt había sido quien había cortado su relación al enterarse de la noticia, habló con su novio y estuvieron ese último día juntos, muchos meses atrás. Desde entonces apenas habían hablado o intercambiado mensajes para hacer menos dolorosa su despedida.

Matt lo echaba de menos, su corazón sentía la presencia de su ex cada vez que paseaba. A pesar de haber sido él quien iba a sufrir más, también se alegraba de haber tomado esa decisión porque cuanto más lo pensaba, más seguro estaba de que había logrado hacer que Will fuera feliz. Pero lo que más sorprendía a Matt era que en el último mes no le había echado tanto en falta porque tenía otra persona a su lado. Alanna había supuesto un cambio para él y también para su perspectiva.

—¿Matt? —preguntó Andrew llamando a la puerta—. ¿Estás dormido?

El chico se sentó en la cama y se revolvió el pelo. Le hubiera gustado dormir, pero tenía hambre y eso le impedía cerrar los ojos durante mucho tiempo.

—No, papá. Puedes entrar.

La puerta se abrió arrojando al interior de la habitación la luz del pasillo y la figura de Andrew apareció poco después. Encendió la luz y caminó hasta la cama de su hijo, donde estaba sentado. Había notado que Matt se había comportado raro desde que había vuelto de la poza y tras la charla que había mantenido con Mike supo que posiblemente se debía a cuando él lo trajo tras el accidente.

A Andrew no le gustaba hablar de ello, recordar a su hermano y que ya no estaba entre ellos, pero tenía una responsabilidad con Matt y no iba a escurrir el bulto. Era algo que no podía hacer y que tampoco quería, así que se esforzó en poner buena cara para hablar con él.

—¿Estás bien? —preguntó el hombre, despacio—. Mike estaba muy preocupado porque no has querido cenar.

Siempre que Andrew quería hablar de algo importante intentaba desviar la atención hacia otro lado, era algo que Matt conocía muy bien y sabía que Mike era la excusa perfecta para ello. También sabía que seguramente fuera en parte normal, Mike era un poco sobreprotector y no le gustaba ver al chico triste y mucho menos sin cenar.

—Ahora tengo un poco de hambre —admitió Matt revolviéndose el pelo—. Bajaré a comer algo.

—Matt, te preocupa algo. Sé que no soy bueno hablando, pero puedes contarme lo que quieras. Siempre te voy a escuchar.

Matthew asintió y ladeó la boca en una media sonrisa. Su padre era una persona más hermética que él, más tranquila y que prefería guardarse sus opiniones, pero cuando algo iba mal siempre era el primero en ofrecerse para hablar.

—Hoy Alanna me ha hecho recordar a mis padres —murmuró el chico—. Solo le estaba dando vueltas... Tú eres mi padre y Mike es mi familia también, pero no sé por qué me siento así.

Acabaron sentados el uno al lado del otro en la cama, sin mirarse. Matt seguía teniendo la mirada fija al frente, intentando mantener la conversación en ese punto triste. Era verdad que había pensado más que de costumbre en sus padres biológicos, pero lo que verdaderamente le estaba volviendo loco era no saber cómo actuar la próxima vez que viera a Alanna.

—Ellos también eran tus padres —aseguró Andrew sonriendo—. Eran buenos, te querían mucho. Estoy seguro de que estarían orgullosos de ti ahora mismo.

Matt se removió en su sitio, incomodándose. Oír hablar de sus padres, saber que otra persona los había conocido hasta tal punto... le ponía nervioso. De todas formas, el tema no era ese, solo lo había dicho por decir y también por el consejo de Alanna, pero no le resultaba fácil.

—Creo que no quiero hablar de ello —dijo el chico suspirando—. Es demasiado triste, papá.

Andrew asintió y se miró las manos, se las frotó y luego negó con la cabeza.

—¿Entonces me vas a contar lo que ha pasado con Alanna? —preguntó

con curiosidad—. Ya te he dicho que no soy tonto.

Matt no era de los que se sonrojaban o avergonzaban de sus sentimientos, pero en ese momento sintió algo en su pecho que le hizo temblar y encogerse por dentro.

—La he besado...

—¡Al fin! —exclamó el hombre sobresaltándolo.

Matt lo miró confuso, con los ojos verdes muy abiertos y frunciendo un poco el ceño. Hubiera esperado cualquier reacción salvo esa, salvo la emoción de su padre por algo que a él le preocupaba.

—Vamos, no me mires así —replicó Andrew negando—. Se nota a leguas que hay algo entre vosotros. La verdadera pregunta es si quieres que te guste o no.

—Estoy enamorado de Will —recordó Matthew sin mirarlo—. No puedo estarlo de dos personas a la vez.

El hombre chasqueó la lengua, disgustado.

—Bueno, en realidad sí se puede, pero eso es de algo que hablaremos cuando pase. Tú ya no estás totalmente enamorado de él y lo sabes tan bien como yo —aseguró poniéndole una mano en el hombro—. Y no es nada malo, todos cambiamos en algún momento y hay cosas que no podemos mantener. Los sentimientos son complejos, difíciles de manejar y si no se cuidan bien se olvidan. Puede que quisieras mucho a Will, que pensaras que estarías toda tu vida con él, pero ahora mismo no es él quien ocupa tus pensamientos, Matt.

Tenía razón. Matt no pensaba en Will, no como si estuviera traicionando unos sentimientos que pensaba tener aún. Solo estaba preocupado por Alanna y esa reacción tan insípida, confusa y rara que había tenido. Darle más vueltas al asunto no le estaba haciendo bien, pero estaba obsesionándose y eso podía ser un problema grave si se equivocaba.

Le dolería mucho perder a la única amiga que parecía que no pensaba en él como el pobre muchacho que había perdido todo y era juzgado por todos.

Él se mantenía positivo en su día a día, pensaba que la gente siempre

hablaría de él por ser hijo de Andrew y Mike, por haber perdido a sus padres en un accidente. Luego llegó Alanna y cuando lo supo no hizo más preguntas, dejó que todo fuera natural y estaba profundamente agradecido por haber dado con alguien como ella.

Sin embargo, el agradecimiento que sentía no era lo único que le mantenía con la mente ocupada. Quería hacerla sonreír. Se había esforzado durante las últimas semanas para lograrlo, y cuando escuchó su risa la pasada noche fue como si todo su cuerpo quisiera explotar de la felicidad.

Le gustaba protegerla, estar con ella, sentirse comprendido y correspondido por una amistad como la que tenían. Pero también tenía esos sentimientos que amenazaban con arruinarlo todo y volver al punto de partida, en el que ella le seguía porque él tiraba de una cuerda invisible.

—No sé qué hacer ahora. Ella no parece haberse enfadado por el beso, aunque tampoco es que lo haya sido —dijo avergonzándose un poco—. Es posible que ni se diera cuenta de lo que ha pasado.

—Bueno, entonces pregúntaselo —dijo Andrew sonriendo—. A veces darle muchas vueltas al asunto solo lía más las cosas. Si te gusta, díselo. Si te dice que no sabrás que no puedes hacer nada, pero al menos lo sabrás y no vivirás con esa duda. Es mejor hablarlo que callárselo para uno mismo.

—Eso suena a algo que diría Mike, papá.

Como si estuvieran llamándolo, Mike apareció por la puerta con un delantal de cocina lleno de corazones rojos. Tenía el pelo revuelto y en la mejilla un poco de masa, posiblemente de algún postre. Estaba sonriendo, con la cuchara de madera en la mano.

—Tu padre me copia —aseguró riendo—. Pero también tiene razón. Si yo no le hubiera soltado que me gustaba, seguramente hoy no estaríamos juntos.

Ahora era el turno de Andrew para sonrojarse. Se aclaró la garganta y se puso en pie lanzándole una mirada a su pareja, lo que hizo que Mike riera aún más fuerte.

—Eso no fue del todo así —aseguró él—. Es verdad que te declaraste primero, pero yo también pensaba hacerlo.

—Por supuesto —terció Mike sin parar de sonreír—. El caso es, Matt,

que digas a esa chica que te interesa. Tal vez puedas pasar página de una vez, por ella y por ti.

Matt los miraba. Estaban juntos y parecía que fueran a pelearse, pero en broma y entre risas. Los envidiaba, eran felices con muy poco y también eran ellos mismos. Los quería y se sentía afortunado por tenerlos a su lado.

—¿Es tan obvio que algo pasa? —preguntó sin dirigirse a ellos.

—Tan obvio como que esta noche tendrás que ponerte tapones —dijo Mike.

Salió corriendo dejando a Andrew parpadeando antes de que saliera tras de él exigiendo una explicación a esa declaración.

De fondo escuchó la risa de Mike cuando su padre le alcanzó, pero él ya estaba pensando en cómo podría decirle a Alanna que empezaba a sentir algo hacia ella.

Capítulo 12

Cinco largos días desde la mañana en la poza. Días que pasaban sin más, sin ni una sola llamada ni mensaje. Cada uno se había escondido en su propia cueva y no había quien les sacara, salvo que Alanna estaba cansada de esperar una reacción.

Sabía a qué se debía ese distanciamiento. Habían hecho como si no pasara nada, como si ese beso inocente y rápido no hubiera tenido lugar, como si se pudiera secar como lo hizo el agua de sus cuerpos. Pero ella no era capaz de olvidarlo y al mismo tiempo no era capaz de recordarlo porque no lo había visto, solo sintió esa presión de sus labios.

Sin embargo, las cosas no habían avanzado y parecía que su relación había acabado en el limbo. Ella no quería perder lo que había conseguido, pero le costaba saber lo que debía hacer para volver a traer a Matt a su vida.

Apenas fue consciente cuando se plantó delante de la puerta de la habitación de su amigo. Andrew había abierto la de la entrada y le había sonreído antes de indicarle que Matt estaba en su habitación.

Ahora no estaba segura de sus intenciones, se había plantado allí por un impulso de aclarar las cosas tras tantos días, pero no podía imaginar una conversación clara sobre ello y tampoco era capaz de sacar el tema sin ningún pretexto que la ayudara.

Al final tuvo que llamar a la puerta porque se sentía estúpida allí de pie, con un bote de helado en la mano y dos cucharas en la otra. Su maravillosa y dulce excusa, lo único que tenía para hablar con él.

Abrió la puerta tras no recibir respuesta y vio a Matt, su espalda. Estaba colocando algo en la pared, más fotografías que ella no había visto. Tenía los auriculares puestos y no escuchaba nada a su alrededor, por eso se sobresaltó cuando sintió algo frío en el brazo.

Cuando se encontró con la mirada de Alanna toda su concentración vaciló y se quitó los cascos en un intento de parecer normal. Le había tocado con el bote de helado y tenía el brazo congelado, solo había hecho falta un segundo para ello y ahora sentía el calor ardiendo por todo su cuerpo.

En esos cinco días había estado pensando la mejor manera de reaccionar, si conocía sus propios sentimientos o no. No llegaba a ninguna conclusión durante el día, pero por la noche soñaba con ella, lo sabía porque se sobresaltaba cada vez que repetía la escena de la poza. Sentía algo, pero ¿el qué? Si miraba la foto de Will sentía que lo estaba traicionando y el dolor era demasiado grande como para comprender cualquier otra cosa. Al final solo esperó en busca de una señal, de una respuesta.

Y Alanna había aparecido con helado en su habitación.

—Hey —dijo ella sin fuerza—. Traje helado.

Aunque estaba nerviosa, también intentó parecer indiferente, como si nada hubiera pasado entre ellos. Si sacaba el tema demasiado pronto seguramente no llegarían a ningún lado, pero si no lo hacía habría sido en vano ir hasta allí.

—Ya veo —musitó mirándola—. Vamos a comérselo antes de que se derrita.

Se sentaron en la cama, que por suerte estaba hecha. El helado era de vainilla, de un color claro y con pintitas negras diminutas. Estaba dulce y blando, por lo que casi se derretía al llegar a la boca.

Estuvieron tantos minutos sin hablar que el helado estaba a punto de ser el tema de conversación principal, como si ellos mismos lo hubieran hecho. Pero no, al final tuvieron que conversar o la atmósfera se haría demasiado pesada para estar allí.

—¿Qué tal estos días? —preguntó Alanna.

—Bien... Un poco ocupado —mintió intentando sonreír—. Siento no haberte llamado.

—No pasa nada. —También estaba mintiendo—. Estuve ayudando a mi padre así que apenas tenía tiempo para nada y llegaba agotada a casa.

Volvió ese silencio incómodo entre ellos y el helado llenó sus bocas.

Matt estaba tan concentrado en intentar mantener una conversación que no se dio cuenta de que se metía demasiado en la boca y se deslizó por su labio.

Lo siguiente que pasó fue digno de una película, algo que en la vida real no habría pasado o ellos no hubieran imaginado que pasara.

Alanna se alzó sobre sí misma y se inclinó sobre él. Besó sus labios, ahí donde el helado se había derretido y luego se separó. La siguiente cucharada de vainilla no le supo ni la mitad de bien de la que había probado antes. Además, se sentía tonta habiendo actuado así.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Matt en un susurro.

Estaba demasiado aturdido como para apartar la mirada de la chica y saber qué era lo que había pasado. Bueno, sabía lo que había pasado, pero no las intenciones de Alanna, que seguía haciendo como si nada hubiera ocurrido.

—Un beso —respondió encogiéndose de hombros—. Al menos en mi pueblo se llama así.

—No he querido decir eso...

—Entonces haz las preguntas correctas —replicó Alanna comiendo helado.

Matt suspiró y sacudió la cabeza antes de dejar la cuchara clavada en el bote. Estaba nervioso, había llegado el momento de hablar y abordar el tema parecía surrealista tras eso.

—¿Por qué me has besado? —preguntó esta vez.

—Porque tú me besaste en la poza.

Alanna no iba a dar su brazo a torcer, por mucho que le hubiera gustado ese beso con sabor a vainilla. Se sentía mareada, como si no hubiera sido una gran estupidez por su parte. Ella habría querido hablarlo, no repetirlo.

—Eso no era...

—Yo tenía un motivo para besarte, te lo devolví —recordó ella mirándolo—. ¿Y tú? ¿Cuál fue tu intención?

Matt se mordió el labio nervioso, confuso y alterado. Ahora solo podía mirar los labios de Alanna, por mucho que se esforzara en mantener su

atención en la conversación no podía. Le gustaría repetirlo, al menos para comprobar que no había sido otro de sus sueños.

—La verdad es que no lo sé —admitió negando—. Solo lo hice...

—Bien, tendrás que averiguar el motivo —dijo Alanna sonriendo—. Porque es tu deber darme una explicación al menos.

—Eres mala —replicó mirándola.

Ella se rio y se encogió de hombros. Siguió comiendo helado y se recreó en ese beso que se acababan de dar, esperando que la respuesta de Matt fuera algo más que eso. Esperaba que hubiera un sentimiento al menos.

Capítulo 13

El helado se acabó rápidamente y llegaron otras cosas más dulces que probar. Sin saber cómo había pasado, Matt se encontraba besando unos labios con sabor a vainilla y acariciando el brazo de Alanna con calma.

Su charla había derivado a un nuevo beso y este a otro. Al final habían acabado medio tumbados en la cama, hablando en susurros porque temían que sus voces pudieran romper lo que estaban creando.

No sabían si esos besos eran correctos, pero al menos estaban correspondidos y eran algo nuevo en su relación. Ni siquiera estaban buscando eso, pero había pasado de una manera tan natural que no pudieron detenerlo.

Eran dos chicos demasiado jóvenes para darle a lo que hacían más importancia de la que tenía. Eran solo eso, dos personas que se habían encontrado y, por circunstancias de la vida, sus caminos se habían visto entrelazados. No tenían claro si eso era duradero o solo una etapa más en su amistad, de hecho, temían que una vez se acabara todo lo que habían tenido también lo hiciera. Era lo que había impedido que siguieran más adelante de los besos, sin embargo, estos eran tan necesarios como respirar.

¿Quién le hubiera dicho a Alanna que en un mes estaría besando a un desconocido? Estaba confusa por ese hecho, por saber que eso podía conllevar a muchas cosas que ella no deseaba porque tenía miedo a perder a quien creía que era únicamente su amigo. Había sido todo un periplo poder estar como estaban, tan despreocupados y tranquilos, pero habían conseguido pensar en sintonía.

Sin embargo, Alanna no era tan receptiva como había pensado Matt al principio. Al haber recibido su beso, pensó que estaba dispuesta a seguir adelante y también a ofrecer un poco más. El chico se encontró a sí mismo

intentando tranquilizar a Alanna y aflojar sus músculos tensos. Le preocupaba estar haciendo algo mal, sobre todo ahora que todo estaba en la cuerda floja y no tenía ninguna solución a mano para inventarse una excusa.

—¿Estás bien? —preguntó Matthew en sus labios—. Podemos parar...

Alanna tenía los ojos cerrados y respiraba entrecortadamente. Si lo miraba sabía que la poca coraza que le quedaba se destruiría por completo y no deseaba quedar expuesta ante nadie. Podía confiar en Matt, pero odiaba la versión de sí misma en la que era vulnerable.

—Lo siento... No estoy muy acostumbrada —admitió en voz baja.

—¿No has estado con ningún chico antes?

No era una pregunta malintencionada, solo simple curiosidad. Matt no sabía nada del pasado amoroso de Alanna y le preocupaba que las cosas fueran demasiado deprisa. Estaba en desventaja y no sabía cómo actuar para que ella estuviera de nuevo tranquila en su presencia.

—Claro que he estado con chicos antes —respondió ella, abriendo los ojos para mirarle—. ¿Tú has estado con alguna mujer?

Las mejillas de Matt se tiñeron un poco y adquirieron el color de las cerezas. Era gracioso porque raramente parecía sentir vergüenza, así que la mirada de Alanna se volvió más observadora e intentó adivinar lo que estaba pensando.

—He tenido una novia —explicó Matthew rascándose la cabeza—. Fueron solo unas semanas y no tengo mucha más experiencia... No es que esto sea muy distinto a lo que podría ser con un hombre, pero me preocupa un poco...

—¿Estás pensando ya en el sexo? —Alanna intentó no reírse al ver su cara de alarma reflejar todas sus emociones y dudas. Ella también sintió vergüenza, pero puso una mano en su mejilla—. Matt, no te preocupes. Estoy segura de que, si ese momento llegase, ambos sabríamos lo que hacer.

Él no estaba muy seguro, pero no le apeteció replicar e intentar explicarse. Su relación con Will era completamente distinta e imaginaba que Alanna se había dado cuenta de en qué puntos se diferenciaba de la que podrían tener los dos. Pero no dijo nada más y se tranquilizó al darse cuenta de que confiaba lo bastante en él como para poder hablar de ello, aunque

había captado el mensaje de que ese día no pasaría nada y que era posible que nunca fuera así porque no tenían la respuesta al motivo por el que Matt la había besado en la poza.

En un principio, el chico pensó que era algo biológico que le había impulsado a unir sus labios durante un segundo bajo el agua. Luego, había sabido que en su interior estaban cambiando sus sentimientos, pero temía que eso fuera así porque le costaba mucho volver a abrirse a alguien tras lo que había sufrido.

Y estaba el hecho de que sentía que traicionaba a Will haciendo algo así.

—No sé lo que siento —admitió Matthew mirándola—. Solo sé que me gusta estar así contigo y que me gustaría seguir besándote.

Alanna sonrió y se incorporó un poco para unir sus labios. Estaba tan confusa como él, pero al menos ella no tenía que pensar en otra persona y en sentimientos antiguos que aún ardían en su interior. Ella había salido con algún chico que otro, pero se había acabado y sabía que no deseaba nada más con ellos. En cambio, Matt había dejado una relación que le había marcado y mantenía presente un recuerdo al que ella no quería acceder.

Acabaron tirados en la cama, enredándose ligeramente y tirando de las sábanas, que se enganchaban a sus zapatos cuando se movían. Empezaron a confiar más entre ellos mismos y se reían, se buscaban y acariciaban con complicidad. Fue tal el punto en el que estaban que no se dieron cuenta de que alguien había llamado a la puerta y la había abierto.

Lo siguiente que recordaban era tener una cuchara de madera con algo de masa entre los dos. Vieron el delantal de corazones rojos y se separaron de golpe, abochornados y bajo la mirada incrédula de Mike, que había intercedido sin venir a cuento.

—Vale, no quiero ser abuelo —dijo a modo de excusa—. Y sí, sé cómo se hacen los bebés. No me miréis así.

Alanna sentía que se quería morir allí mismo, apoyada contra la pared, mirando a ese hombre de la eterna sonrisa. En realidad, se alegraba de que hubiera alguien con sentido común en esa habitación porque ella no estaba en condiciones de pensar tras lo que había pasado. Tal vez se había dejado llevar

demasiado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Matt en voz baja—. Nunca entras en mi habitación sin llamar.

—Lo he hecho, pero imagino que estabais muy entretenidos. El caso es que, por favor, no me deis estos sustos así. No quiero ser abuelo tan pronto.

Matt tenía las mejillas todavía más rojas y se esforzaba por mantener una calma que no tenía. Estaba empezando a agobiarse, a hiperventilar.

—¿Es un problema lo que hagamos? —preguntó Alanna de pronto, sorprendiéndolos.

Mike la miró con curiosidad, pero sonrió ligeramente antes de ponerse serio de nuevo.

—No, claro que podéis hacer lo que queráis. Además, es preferible estar bajo un techo que por ahí en el campo —murmuró Mike pellizcándose el puente de la nariz y manchándose de masa—. Es solo que sois jóvenes...

—Sabes que no soy virgen, Mike —recordó Matt frunciendo el ceño—. No te tienes que preocupar.

—Ay, no me mires así —replicó el hombre señalándolo con la cuchara—. Solo quiero que os vaya bien.

Alanna observaba la escena más calmada, incluso parecía estar encontrándole la gracia al hecho de que Mike se estuviera alarmando tanto por algo tan natural como aquello. Sin embargo, le faltaba un poco de valor para replicar a un adulto sus decisiones.

—Tengo condones —dijo el chico—. Y si no, os puedo robar a vosotros.

—¿Pero les quedan? —soltó Alanna en voz baja.

Aunque no fue tan baja, porque ambos se giraron para mirarla con los ojos muy abiertos. Matt empezó a sonreír mientras las mejillas de Mike eran las que se teñían ahora, comprendiendo algo que estaban compartiendo esos chicos a sus espaldas.

—¡Matthew! —exclamó cruzándose de brazos—. ¿Por qué se lo cuentas?

Aunque a Matt le parecía divertido ver a Mike indignado y a la defensiva, también comprendía que le causara vergüenza que alguien más supiera de su vida sexual con Andrew, por lo que optó por un tono más conciliador esta vez.

—No podía dormir y salí a dar una vuelta —aclaró despacio—. Me la encontré y me lo sonsacó. ¡No fue mi culpa!

Esta vez fue Alanna quien lo miró con los ojos como platos y se lanzó sobre él golpeando su brazo, sin fuerza.

—Me lo contaste porque tú querías.

—Tú no pillaste la indirecta —recordó el muchacho cogiendo sus manos, aguantando la risa—. No es mi culpa.

—Y mía tampoco, tonto.

Estuvieron a punto de besarse de nuevo, pero la cuchara volvió a separarlos. Mike los miraba negando con la cabeza y poniendo los ojos en blanco. Se había cansado de intentar detenerlos porque sabía que era inevitable que esas cosas pasaran, sobre todo en ellos dos.

—Está bien —suspiró dándose la vuelta—. Solo pido que no me hagáis abuelo.

—No lo haremos, papi —aseguró Matt.

Alanna fue capaz de ver como Mike cambiaba de actitud cuando escuchó ese apelativo cariñoso, pero no dijo nada más cuando se fue y cerró la puerta tras de él.

Se giró para ver a Matt y pudo corresponder a esa sonrisa socarrona que acababa de poner, como si hubiera ganado una batalla que pensaba que estaba perdida desde el principio.

—¿Papi? —preguntó con curiosidad.

—Cuando era pequeño le llamaba así, para diferenciarlo de mi padre —explicó el chico—. Él fue quien me crió durante los primeros meses, mientras Andy se recuperaba de su luto... Así que desarrollamos un vínculo muy especial.

—Mike me cabe bien, Matt.

Él sonrió y la colocó sobre su regazo. Apartó un mechón de su cara y lo colocó tras su oreja, comprobando que Alanna tenía pecas en los pómulos. Habían estado cerca más veces, pero era como la primera vez que las veía.

—¿Por dónde nos habíamos quedado? —preguntó Matthew en voz baja.

—Tú tenías que aclararte y parecía que necesitabas un poco de iniciativa para ello —respondió Alanna divertida.

—Y sigo muy confuso, pajarillo.

Ella sonrió y volvió a unir sus labios, aceptando esa excusa y dejándose llevar de nuevo por la inverosímil situación que estaba teniendo lugar.

Ninguno de los dos se lo creía, pero allí estaban disfrutando de algo que habían logrado y que no estaban dispuestos a dejar pasar hasta que todas sus preguntas tuvieran respuesta.

Unas horas después, Matt despidió a Alanna con un beso y la dejó ir a su casa. Estaba tan contento que apenas se dio cuenta de que sus padres estaban en el salón mientras él entraba.

Los hombres se miraron e intercambiaron entre ellos un billete, Mike suspiraba resignado mientras que la sonrisa de Andrew era radiante. Sin embargo, Matt miró este gesto con recelo y se acercó frunciendo el ceño.

—¿Habéis apostado a mi costa? —preguntó mirándolos.

Mike se sonrojó y dejó que Andrew se las apañara, de todas formas, él ya había tenido bastante y había perdido la apuesta. Había sido algo que había empezado en broma entre los dos. Mike había asegurado que los chicos no acabarían liados hasta que empezara el curso, pero Andrew sabía que pasaría mucho antes desde que había mantenido una charla con el muchacho.

—Vamos, no te enfades, chico —pidió Andrew sonriendo un poco—. Así que al fin te has aclarado.

Matt puso los ojos en blanco y se sentó en el sofá. Por supuesto que no

se había aclarado, estaba mucho más confuso que antes a pesar de que estaba dando saltos de alegría por dentro. Pero no podía ser del todo feliz porque tenía otro sentimiento en su interior, la traición a un antiguo amor que creía estar sintiendo y que cada vez se desvanecía más.

—No, no es así y no cambies de tema. Habéis apostado contra mí.

—Eh, que yo he dicho que ibas a besar a la chiquilla —se defendió el hombre—. Eso no es precisamente en tu contra que se diga.

Mike se había sentado a su lado mientras tanto. Pasó un brazo sobre los hombros de Matt y lo acercó a él. Sabía que estaba un poco molesto por su interrupción, pero lo había hecho creyendo que hacía lo correcto en ese momento, sabiendo que la cosa se podría descontrolar.

—Además, tú le has contado lo que hicimos la otra noche —dijo Mike negando—. Estamos en paz.

Fue el turno de Andrew de ahogar una exclamación y les miró, alarmado. No sabía esa parte de lo ocurrido y le daba un poco de vergüenza. Estaba claro que Matt no era tonto y sabía lo que una pareja hacía a escondidas, pero no dejaba de ser su hijo y eso significaba tener un mínimo de pudor.

—¿Por qué lo sabe? —preguntó cruzándose de brazos—. ¿Qué más le has contado?

— ¿De verdad quieres preguntarme esas cosas, papá? —replicó Matt hundiéndose en el sofá.

Andrew seguía aturdido por esa revelación, pero cedió y se sentó al otro lado de su hijo, intentando ser un padre maduro y no ofendido por el descubrimiento. Matt estaba confundido y él quería entenderle y poder aconsejarle de verdad, como no solía hacer al tener a Mike a su lado.

Todas las decisiones difíciles las había tomado ese hombre, risueño y con una mente brillante. Si necesitaba consejo, iba directamente a hablar con Mike. A pesar de que él era un par de años mayor y que era el tutor legal de Matt, había seguido los consejos de su pareja siempre que le había sido posible. Le costaba mucho comunicarse y ser sensible, tal vez porque él nunca lo había sido en exceso, pero siempre había querido hacer algo más por su hijo y no ser únicamente el padre que le decía las cosas que pronunciaban

otros labios.

—¿Estás bien? —preguntó al fin—. Sé que es un poco difícil...

—Se supone que estaba enamorado de Will —murmuró Matthew—. Yo pensaba que le quería, pero llegó Alanna y no sé...

—Alanna es una buena chica —aseguró Mike sonriendo—. Divertida, alegre... Es cierto que al principio era un poco huraña, pero has conseguido llegar hasta ella de verdad y eso es muy difícil.

Andrew estaba de acuerdo, pero sabía que las dudas eran muy normales a esa edad y con una ruptura reciente.

—Crees que Will se enfadaría si supiera que te has liado con otra y más siendo una mujer, ¿no?

—Es posible que le molestase un poco —admitió el muchacho—. Estábamos tan bien juntos... pero se tuvo que ir, me abandonó.

A pesar del abrazo de Mike, no se sintió reconfortado. Intentaba pensar con lógica y alegrarse de sus nuevos sentimientos, pero no lo lograba. Will era una espina clavada en su corazón y no podía olvidarlo, no sin recordar las miles de cosas que se habían prometido y que habían echado por la borda cuando anunció que tendría que irse a trabajar, que no volvería.

Solo habían pasado unos meses desde aquello y lo tenía muy presente. Recordaba la ilusión en sus ojos, la tirantez en sus labios cuando intentaba no sonreír. Al final fue Matt quien lo hizo, alentándolo y alegrándose por él, aunque más tarde y a solas se hartó de llorar y sufrir por su pérdida. Ahora volvía a sufrir, pero porque creía que estaba repitiendo ese momento en el que tuvo que mentir para que Will pudiera irse feliz.

—Pequeño —susurró Andrew dando unos golpecitos en su espalda—. Es normal que ahora mismo tengas dudas, pero no has hecho nada malo. Will se fue, ahora está Alanna y sientes algo. Aunque te niegues a creértelo, se te ve en los ojos y por lo que me ha contado el imbécil de ahí al lado, parece que ella también está por la labor.

—Ha sido un poco cruel interrumpiéndonos —secundó el chico—. Sobre todo con la excusa de que no quería ser abuelo. Él adora a los críos, viviría rodeado de ellos si fuera posible.

Mike puso mala cara, pero terminó asintiendo. Había sido una excusa muy pobre, pero sí era verdad que estaba bastante preocupado por lo que estuviera pasando en esa habitación.

—Bueno, tendréis que tener cuidado —aseguró Andrew sonriendo—. Con ella sí puedes tener hijos y si no es lo que queréis, tendrás que poner remedio.

De nuevo, Matt puso los ojos en blanco sin poder creerse que la conversación volviera a ese punto. Él no quería tener hijos, al menos por el momento. Además, ya no era un niño y siempre había tenido mucho cuidado con todo eso, a pesar de solo haber estado con un hombre en esa tesitura.

—Sé lo que es un preservativo, cómo ponérmelo y dónde comprarlo —replicó el chico—. Además, vosotros no sabéis mucho del tema que se diga así que no podéis aconsejarme.

No lo decía con maldad, pero era una realidad. Igual que ellos habían sido los primeros en explicarle cómo mantener relaciones con una persona de su mismo sexo, sabía que si en algún momento sintiera la necesidad de mantenerlas con una mujer ellos no serían de mucha ayuda, al menos en lo que respectaba al caso práctico.

—Ahí te equivocas —susurró Mike apoyándose en el sofá—. Yo sí he estado con mujeres...

—Micky —dijo Andrew tajante.

—¿Qué? Estaba confundido, quería encajar con los demás —murmuró el hombre—. Sé que odias esa parte, pero he sido así y no me arrepiento. Te conocí gracias a eso.

Matt estaba atento. Su padre estaba a punto de saltar del sofá para irse de allí, parecía más molesto de lo que debería. Hasta donde él tenía entendido, esos dos se habían conocido con veinte años y desde entonces habían estado juntos, siendo los de siempre y sin ninguna vergüenza que los llevase a esa tensión.

—No tiene porqué saberlo todo —Andrew no miraba a ninguno de los dos, pero estaba seguro de que ellos si lo estaban haciendo con él—. Dejemos el tema...

—No, no entiendo porque os enfadáis —dijo Matt—. Nunca me habéis

ocultado nada.

Realmente lo que quería era que la atención que le estaban prestando desapareciera y ese era un buen punto. Además, la curiosidad era algo que le traía por el camino de la amargura, siempre se había metido en líos por ello.

Finalmente, Andrew se levantó y se fue a la cocina, sin querer escuchar nada más. Lo hizo en silencio y Mike suspiró cansadamente, sabiendo que ahora le tocaba hablar por haber sacado ese hecho a la superficie.

Esperó para ver si Matt se iba tras su padre, pero al encontrarse su mirada verde se resignó.

—Yo no tenía muy claro si me gustaban las mujeres, solo sabía que a todos mis amigos les gustaban —explicó Mike—. Así que hacía como ellos: hablaba con chicas, quedaba con chicas, mantenía relaciones con ellas. No me gustaba, pero lo hacía.

—Creía que siempre te habían gustado los hombres —susurró Matthew.

—Y así era, pero me lo negaba por miedo a ser diferente. El caso es que un día, una chica espectacular me pidió salir. Era preciosa, popular, pelo claro y unos enormes ojos verdes...

Esa última característica la dijo con un cariño especial, como si siguiera recordando a esa mujer y le tuviera aprecio por alguna cosa.

Matt captó el cambio de su voz y alzó una ceja, esperando que continuara.

—Con ella todo era distinto, hasta el punto de que me preguntó si realmente quería seguir aparentando ser hetero para evitar los rumores —explicó tratando de sonreír—. Ella me ayudó a sentirme bien con mis sentimientos. Era maravillosa, amable y divertida.

—¿Qué pasó con ella? —preguntó el chico.

Mike sonrió con tristeza antes de contestar.

—Murió... Tuvo un accidente automovilístico. Se había casado, tenía un hijo maravilloso...

Matt tuvo que parpadear y recordar que necesitaba respirar. Su mente recogía la información y la procesaba lo más rápido que podía, pero no le

costó mucho relacionar todo.

—Era mi madre —susurró—. Saliste con mi madre. Con veinte años... si se hacen cuentas podrías ser...

Lo dejó en el aire porque Mike negó rotundamente con la cabeza, aunque era cierto que esa misma teoría se le había pasado por la cabeza la primera vez que vio a Matthew correr hacia él.

—No soy tu padre —aseguró devolviéndole el pelo—. Naciste un año después. No salen las cuentas y de todas maneras eres clavado a tu padre, Matt. No eres mío, pero te quiero como si lo fueras.

Por un segundo, pequeño y necesario, Matt había creído que tendría algún parentesco con él y se había ilusionado. Siempre había sentido a Mike muy cercano a él, pero creía que se trataba únicamente de su relación con Andrew. Sin embargo, era una promesa que había hecho y su gran don con los niños, lo que había creado esa amistad con Matt.

—Joder... ¿Y papá se enfada por eso?

—Bueno... Es que así recuerda a su hermano, Matt. No se le puede culpar por ello y también le incomoda bastante. Siempre ha estado seguro de su sexualidad y luego llegué yo queriendo "probar" con un hombre. Él estaba allí, a mano y era guapísimo... Al final nos enamoramos, pero podría no haber pasado y esa posibilidad da mucho miedo.

Matt lo entendía, aunque no compartía el miedo que tenía su padre. Habían pasado muchos años y su madre ya no estaba viva, era del todo imposible que Mike pudiera estar sintiendo algo por otra persona, por muy apasionado que fuera.

—El caso es que —continuó el hombre—, si necesitas algún consejo, puedes recurrir a mí.

Por mucho que lo intentase, el tema volvía a él y la sonrisa pícaro de Mike también. Terminó por rendirse y asentir, aunque no tenía intención de tomarle la palabra.

—Por ahora estoy bien —aseguró negando—. Me voy a sacar las nuevas fotos que hice.

—Claro, claro. No sueñes despierto con la vecina, ¿eh?

Matt puso los ojos en blanco y se levantó del sofá. Cuando se quiso dar cuenta, media hora después, descubrió que Mike tenía razón y no había hecho nada más que pensar en Alanna. Fue el primer momento en el que supo que parte de su corazón se había conectado, al fin, con el de otra persona.

Capítulo 14

Solo habían pasado dos días desde aquello y la actitud de Alanna había cambiado considerablemente. Estaba más alegre y animada a pesar de que pronto empezarían las clases, en apenas dos semanas. Ayudaba a su padre y sonreía más que de costumbre, sorprendiéndolo constantemente.

Esa mañana, Jack estaba tomando su café con una cantidad inapropiada de azúcar mientras observaba como su hija sacaba un bizcocho del horno. Era toda una novedad que cocinara, sobre todo cuando la repostería no era su fuerte y se había rendido unos años atrás cuando había incendiado sin querer la cocina. Sin embargo, en aquella ocasión estaba tarareando y parecía tan feliz que estaba a punto de saltar.

—¿Qué me estoy perdiendo? —preguntó Jack mirándola—. No es que no me alegre de tu nueva felicidad, pero me gustaría ser partícipe de ella.

Alanna dejó el molde caliente sobre el salvamanteles y se quitó los guantes. No era ningún secreto que estaba empezando a sentir algo muy fuerte por Matt y tampoco pretendía ocultárselo a su padre, aunque le daba algo de vergüenza hablar del tema.

—Bueno... Creo que Matt y yo tenemos algo —respondió sentándose—. Es un poco raro, la verdad.

El hombre parpadeó confuso y dejó la taza sobre la mesa. Se inclinó hacia delante y observó a su hija. Parecía feliz, pero notaba sus nervios, también sus dudas. Él deseaba su felicidad y mentiría si dijera que no había intentado poner todo de su parte para que los dos chicos pudieran estar juntos.

—¿Algo? ¿Qué tipo de algo?

—Nos hemos besado, bastantes veces —admitió sonrojándose.

Era lo que había supuesto Jack, sabía que ese momento pasaría y no temía por ello, aunque si se preocupaba por la seguridad de Alanna. Por muy consciente que fuera de que eso era lo más normal en esa edad, también estaba su instinto paternal queriendo protegerla de todo mal que pudiera causarle si al final las cosas no salían como querían.

—Eso está bien —aseguro alzando una ceja—. Siempre que sea lo que quieras... Y que Matt te guste, no le veo el problema.

—Él aún no sabe lo que siente... Y que haya estado dos años en una relación no ayuda mucho. Creo que le puedo gustar, pero no lo ha aceptado aún y me preocupa un poco el tema, papá.

—A veces algunas personas tardan más en aceptar sus sentimientos, pequeña.

Aunque para él no era el caso. Jack había amado demasiado rápido a la madre de Alanna y luego se había encontrado solo, por eso no deseaba que su hija siguiera sus pasos y repitiera sus errores. Pero eran cosas que cada persona debía aprender por sí mismas, sin tener a otras que les llevaran de la mano.

—Me hace sentir bien, como si no fuera un bicho raro... Sé que fui muy desagradable con él al principio, pero nunca se rindió y eso lo valoro mucho, sobre todo porque no soy precisamente una santa. Tal vez las cosas van demasiado rápido y me estoy precipitando, ni siquiera sé si podremos estar juntos mucho tiempo.

Estaba ese curso al que Matt estaba apuntado, esperando una respuesta afirmativa. Ella no deseaba interponerse en sus sueños, pero no sabía si resistiría a dejarlo ir. Ya había perdido una vez a su madre y con él las cosas eran demasiado bonitas como para que se acabaran en unos meses.

Por otra parte, pensaba que podrían mantener una relación a distancia si las cosas se afianzaban lo suficiente entre ellos, pero primero tenían que crear algo más de lo que tenían. Ni siquiera eran una pareja. Alanna no quería meterle prisa en sus decisiones, pero no quería que toda su amistad se viera afectada por los besos que se habían dado, ninguno tan inocente como el de debajo del agua en la poza.

—Nunca se sabe, mi niña —dijo Jack con calma—. Aunque sí sería conveniente que hablemos de... bueno, ya sabes... Sé que no soy muy bueno dando consejos —masculló rascándose la cabeza—. La cagué bastante con la última charla...

Alanna intentaba no avergonzarse y reírse al mismo tiempo. Su última charla también había sido la primera. Tenía doce años y su cuerpo había decidido que era la hora y que estaba preparado. Fue muy vergonzoso tener que escuchar a Jack hablar de la menstruación y demás. Lo peor fue cuando le compró todo lo que creía que una niña en su situación podía necesitar, más tarde Alanna supo que había tenido que preguntar a una dependienta sobre todo eso para poder llevarse las cosas adecuadas.

—Papá, creo que no hace falta —admitió ella despacio—. O sea, no creo que vayas a decirme nada que no sepa ya...

—Lo que das en los libros de biología no tiene nada que ver con la realidad —aseguró el hombre, frunciendo el ceño—. Y bueno, yo puedo comprar preservativos... Tal vez quieras tomar también anticonceptivos...

Tartamudeaba cada vez más. Se retorció las manos y mantenía la mirada baja. Sabía que llegaría el día en el que su hija se hiciera mayor, pero siempre le había costado hacerse a la idea de esas cosas. Pensaba que podría ser un padre ejemplar y comunicarse a la perfección con Alanna, pero no quería dejar de verla como una niña pequeña.

Su niña.

—Llevo tomando las pastillitas desde los quince, papá —dijo ella con calma, despacio—. Para regular, más que nada. Pero sé cómo se usa todo lo demás porque... en fin, tengo ya algo de experiencia, ¿sabes?

Estuvieron unos minutos en silencio. Alanna observaba a su padre e intentaba imaginar lo que estaba pasando por su cabeza, aunque solo podía ver su sonrisa y la mueca que hacía a continuación. Jack estaba intentando mantener la calma, ser prudente y lógico, pero su instinto paternal dominó toda la situación.

—O vamos, casi me pillas con esa broma —dijo forzando una sonrisa—. Eres una niña muy mala.

—Papá...

—Sé que da vergüenza hablar de estos temas, pero no hace falta que te lo inventes para evitarlo —aseguró negando—. De hecho, podemos dejarlo hasta que estés preparada...

Alanna suspiró y cogió su mano, apretándosela ligeramente. Su padre no era dado a tener crisis nerviosas, pero cuando no controlaba algo se ponía como loco y no podía razonar con él.

—No soy virgen, papá —susurró mirándolo—. No desde hace un par de años.

—Claro que lo eres. Eres mi niña...

—Lo soy, pero no en ese sentido —dijo Alanna—. Siento haberte decepcionado.

Era un tema que había intentado evitar a toda costa. Se había acostado con un compañero de clase cuando tenía quince años, llevada por un impulso y por la falsa sensación de seguridad. Luego se dio cuenta de que no era para tanto y que podría haber pasado perfectamente sin vivir esa experiencia, pero no se arrepentía de ello. No se lo había contado a su padre porque sabía que haría una montaña de un grano de arena y no quería preocuparle más de lo que ya lo hacía en su día a día.

Jack tardó en reaccionar, en comprender que había hecho que su adorada hija se sintiera mal por algo que era natural. Él no quería que eso pasara, solo estaba en shock por el descubrimiento, ya que todos esos años siempre había pensado que su hija no había conocido a nadie que hubiera valido la pena.

—No, no, mi vida —susurró Jack negando—. No tienes que sentir nada... Soy yo el que lo siente, no debería haber reaccionado así.

—No significó nada, papá —murmuró ella—. No le di mucha importancia realmente. Por eso no te lo conté... Y te aseguro que tuve mucho cuidado, además fue hace bastante ya.

Aunque el hombre no estaba seguro de que pudiera estar tranquilo sabiendo algo así, comprendió que debía calmarse por el bien de Alanna. Cuando ella no estuviera cerca maldeciría tranquilamente, recriminándose no haber sido más atento y haber tomado la iniciativa de mantener esa charla mucho antes, sin evitar el tema porque era muy embarazoso para los dos.

—Si es lo que crees, está bien... De todas maneras, aún no has llegado a eso con Matt.

—No, papá. No hemos llegado a tanto —aseguró intentando tranquilizarlo, aunque ella también se había puesto nerviosa—. Hasta que no sepa cuáles son sus sentimientos no haré nada, además estoy bastante segura de que él no tomará la iniciativa hasta que comprenda lo que siente.

—Vale...

—No te tienes que preocupar, de verdad.

Jack asintió, pero no estaba convencido en absoluto. Para él, preocuparse era uno de sus deberes más importante de padre. Debía dejar libre a su hija para que tomara sus propias decisiones y al mismo tiempo estar ahí si necesitaba apoyo y consuelo si las cosas no salían bien. Era un arma de doble filo y él estaba dispuesto a aguantar todo lo que hiciera falta por ella, porque era todo lo que tenía en ese mundo y lo que más quería.

—Siempre me voy a preocupar por ti, Alanna —recordó intentando sonreír para ella—. Estoy seguro de que si necesitas algo acudirás a mí, aunque te dé vergüenza.

—Lo haré —prometió ella sonriendo—. He quedado con Matt... Así que me tengo que ir preparando para salir.

—¿A dónde vais hoy?

Era una mera pregunta, no quería tenerla vigilada, aunque se sintiera más seguro sabiendo adónde iba.

—Al bosque —respondió Alanna levantándose—. Matt tiene que hacer unas cuantas fotos, así que voy a pasar el día con él.

—Ten mucho cuidado ahí fuera —pidió el hombre recostándose en la silla—. Me gusta que sonrías.

Ella se sonrojó un poco, pero volvió a sonreír, esta vez para él.

—Te quiero, papá.

—Y yo, mi pajarillo.

Capítulo 15

El lugar que había elegido estaba bordeado de pequeños arbustos cubiertos de flores amarillas. Era un claro diminuto, pero perfecto para estar ellos dos solos, sin que nadie más les molestase.

Matt había estirado la manta que llevaban en el suelo y colocó sobre esta las mochilas que contenían la comida. Alanna se sentó cruzando las piernas sin mirarle. Había estado durante todo el camino muy callada, ausente y poco receptiva a pesar de los intentos del chico por mantener una conversación. Todo había empezado muy bien esa mañana, pero las cosas se habían torcido antes de salir de casa y no estaba de humor.

—Entonces, necesitas gafas —comentó Matthew sacando la comida de las mochilas.

Ella se encogió de hombros porque era más que obvio. Había tenido que ponerse las gafas, esas que nunca usaba cuando salía a la calle porque no soportaba que la gente se fijara más en ella. Cuando abrió el botecito donde guardaba las lentillas se había dado cuenta de que había roto una sin querer y no sabía que era su último par hasta que fue demasiado tarde para solucionarlo. Tenía que esperar una semana a que trajeran más para los próximos meses y mientras tanto tendría que recurrir a las gafas si quería ver algo, porque apenas lo hacía.

—Sé que son horribles, no me mires —replicó girándose.

Matt sacó lo último y se acercó a ella. Estaba de espaldas así que apoyó la barbilla en su hombro y la miró con una sonrisa ladeada.

—No son feas...

—¿Pero...? —suspiró Alanna.

Él besó su mejilla con cariño y rodeó su cintura desde atrás,

colocándola sobre sus piernas con cuidado.

—Es cierto que me gustas más sin ellas —admitió haciendo que le mirase—. Porque con gafas, es más difícil besarte.

Alanna intentó no sonreír con eso. Últimamente Matt estaba siendo más dulce con ella y eso hacía que se ablandara cada vez más. Estaba ansiosa por saber si él también sentía algo, pero no podía meterle prisa y menos en un asunto así.

—Puedo quitármelas si quieres —dijo en voz baja—. Si tanto te molestan...

Él no dijo nada más y unió sus labios con calma y cariño. Era una manera de besar distinta, más tranquila y sin tanta necesidad, solo la propia de querer estar junto a ella en todo momento y comprender qué era lo que estaba pasando con él. Llegaría el momento en el que necesitaría poner palabras a lo que sentía, pero mientras tanto quería disfrutar de ello.

Estuvieron un buen rato así hasta que se separaron y sonrieron, rompiendo toda la tensión que se había construido a lo largo de esa mañana. Sin embargo, una vez siendo ellos mismos de nuevo, se pusieron a comer y a recuperar energías.

—He hecho bizcocho —anunció Alanna enseñando el plato—. Solo he traído un poco, pero si te gusta puedes venir a casa a por más.

Matt alzó la ceja divertido.

—¿A tu casa? ¿Solos?

—Bueno, mi padre estará trabajando así que imagino que sí —respondió dándole un pedazo—. ¿Por qué?

Matt lo cogió y siguió mirándola, sin parar de sonreír. Había algunas veces en las que podía ver la inocencia de Alanna y eso le encantaba, apenas podía recordar a la chica borde que le había echado de su casa el primer día que se vieron. Solo había pasado un mes y medio, pero parecía que estaba mucho más lejos ese acontecimiento.

—Podríamos ir a tu habitación... Ver una película tal vez.

—¿Otra vez hablando de sexo? —preguntó ella negando—. Desde luego, eres un caso.

Ese comentario sin maldad hizo que Matt frunciera el ceño, haciéndose el ofendido. Mordió el bizcochó y casi al segundo lo tuvo que escupir en una servilleta y mirarla con espanto.

—¿Planeas matarme, mujer? —preguntó horrorizado.

Alanna parpadeó confusa y también un poco dolida. Sabía que no era muy buena cocinera, pero creía que Matt tendría un poco más de tacto con sus comentarios, sobre todo porque lo había hecho pensando en él. De alguna manera, eso hizo que le doliese el corazón y se alejó un poco, aún con su pedazo en la mano.

—Si no te gusta, no te lo comas —replicó molesta—. Lo había hecho porque te gustó el de mi padre, capullo.

Le dio un bocado a su trozo, intentando parecer todo lo enfadada posible e ignorando su intento de explicarse, porque ella no quería ninguna explicación en ese momento. Pero cuando notó el sabor salado tuvo que hacer lo mismo que él y escupirlo.

De pronto encontró un refresco frente a ella, sostenido por Matt. Lo cogió y se bebió la mitad intentando eliminar el mal sabor que le había dejado el bizcocho contaminado que había hecho.

—Te lo estaba intentando decir, pajarillo —suspiró Matt negando—. Debes haberte confundido con la sal.

—Lo siento... No quería llamarte capullo —murmuró ella sin mirarle.

—Oh, claro que querías, pajarillo.

Era cierto, pero no había sido para ofenderle, simplemente le había salido así y quería herirlo de alguna forma. Alanna no era una chica fuerte, así que usaba sus palabras cuando le era posible.

—Bueno, sí quería —dijo mirándolo—. Pero es porque lo había hecho con cariño y creía que estabas siendo eso: un capullo.

Matt sonrió un poco y se inclinó sobre ella, envolviéndola con un brazo y juntando sus frentes. Estaban muy cerca de nuevo y Alanna se mordió el labio, anticipando el beso que quería que le diera.

—Soy sincero contigo, pero no grosero —explicó Matt—. Igual que no me gustan tus gafas, no creo que por ello seas menos bonita de lo que eres.

Además, te hacen los ojos más grandes.

—Gracias...

—Pero el bizcocho es incomible —añadió—. Y me has insultado así que me debes compensar de alguna forma.

Ella puso los ojos en blanco y asintió muy ligeramente. Estuvo a punto de besarlo para hacer las paces, pero él puso la mano entre los dos, deteniéndola.

—¿Qué se supone que haces? —preguntó contrariada.

—No te pienso besar —aseguró separándose—. Tu boca debe saber horrible ahora.

—¡Pues como la tuya! —exclamó ella cruzándose de brazos—. Está bien, ¿qué quieres?

Él sonrió de oreja a oreja. Se dio la vuelta y le enseñó la cámara que había traído para hacer las fotos al paisaje, como le habían pedido. Pero en realidad, Matt quería fotografiar otra cosa muy distinta y mucho más difícil de captar.

—Sé mi modelo, pajarillo —pidió mirándola—. Llevo obsesionado contigo desde esa primera foto y quiero saber cómo sería hacértelas sin ocultarlo.

El corazón de Alanna vibró y sintió que se quedaba sin aire. Recordaba perfectamente esa foto, la primera vez que se había enfadado con él por algo tan absurdo como una imagen de su persona. Pero, ese día, creía estar preparada para cumplir su petición.

—Vale... Te dejaré tomarme unas fotografías, pero yo elegiré cuáles valen la pena.

—Hay trato —dijo Matt besando su mejilla.

Después de eso se pusieron a hacer las fotografías y a jugar entre ellos. Por fortuna, Matt había traído chicles así que tras media hora pudieron besarse y saborearse mutuamente. La cámara pasó a un segundo plano donde solo captaba destellos de la felicidad de la chica y Matt solo pudo sonreír mientras hacía esas fotos que pensaba guardar para siempre en sus recuerdos.

En las imágenes eran difíciles de plasmar los sentimientos, pero con

Alanna todo era más fácil, o tal vez él lo viera así porque empezaba a creer que sus sentimientos eran los mismos y su visión estaba trastornada. De cualquier forma, fue uno de los días más felices que recordaba en mucho tiempo, solo ellos dos y la cámara, que fue testigo de un amor incipiente entre dos personas que en un principio no habría poderse visto.

Y entre las hojas de los árboles que empezaban a amarillear, la hierba verde y el cielo azul, crearon formas imposibles con la luz del sol y sus sentimientos. Fueron ellos mismos los que construyeron el mayor caleidoscopio inventado, porque eran las figuras y las luces que haciéndolas girar, todo adquiriría una nueva visión.

Capítulo 16

Alanna no dejaba de mirar la puerta de su casa, de revisar el teléfono y de mordisquearse las uñas, aunque esto último empezaba a doler más de lo que hubiera pensado. Llevaba media hora esperando a Matt, que tardaba una eternidad en llegar. Sabía que se habría entretenido por el camino como siempre, sobre todo porque era muy dado a distraerse haciendo fotografías a las flores que había en el sendero. Sin embargo, ese día estaba un poco más nerviosa que de costumbre y es que estaba decidida a preguntarle sobre sus sentimientos.

Tras una semana de besos, abrazos y palabras dulces, quería saber si su amigo estaba jugando en la misma liga que ella y si era así, poner nombre a lo que sentían. Era una romántica en el fondo y le crispaba la idea de perder el tiempo cuando tenían tan poco, porque Matt tendría que irse a estudiar y a ella le quedaba un año muy largo que soportar. Con su ayuda podría soportarlo mejor, pero tenía que darse prisa o solo serían amigos para siempre y ella ya estaba cansada de ser solo su amiga con la que había una clara atracción física.

Cuando su móvil se había iluminado con un mensaje diciendo que Matt iba de camino, se había dado prisa en arreglarse y prepararse mentalmente para lo que quería hacer, pero no había logrado aclararse y cada vez estaba más nerviosa.

Tuvo que tomarse varios minutos más antes de que el sonido del timbre la sacase de su trance y fue a abrir la puerta. Se llevó por delante una silla y se hizo un poco de daño en la pierna, pero le dio igual y pensó que ya se preocuparía de ello más tarde o haría que Matt se sintiera culpable por su propia torpeza.

Pero, al abrir la puerta, no fue a su amigo a quien encontró. Había un

chico alto y moreno mirándola con una sonrisa encantadora, llena de dientes blancos y ordenados. Tenía una cámara colgada del cuello y vestía como un chico normal, pero a Alanna le pareció una alucinación y retrocedió un paso.

—Eh, hola —dijo el muchacho mirándola—. Vengo buscando a Matt, me han dicho que está por aquí —explicó con alegría—. Soy...

—Will —dijo ella cortándolo.

Will estaba allí, el mismo chico con el que había salido Matt en el pasado. Esa persona que le había dejado con el corazón roto, pero que mantenía con él sin saber si seguía sintiendo algo en realidad. La misma persona que Alanna no habría querido conocer en su vida porque si él estaba allí, eso significaba que Matt tendría que elegir a uno de los dos y ella había llegado después.

Se sintió mareada, la confusión la tomó por sorpresa y sus dudas se hicieron más reales. A quién quería engañar, sabía que, si ese chico estaba en el pueblo, su amigo se acabaría enterando y todo lo que había construido se podría caer como un castillo de naipes. Si Will se quedaba, Matthew volvería con él y ya serían tres en una relación sin salida donde alguien acabaría mal.

Nunca funcionaban los tríos, no en la amistad. Siempre había dos personas que se hablaban más entre sí y el tercero se sentía excluido, aunque formase parte. Las parejas eran ideales, ser tres era algo que podía cambiar todo. Y es que un banco con tres patas era absurdo si con dos se podía sostener perfectamente.

—Sí, ese soy yo —dijo él riendo—. Imagino que Matt te ha hablado de mí en alguna ocasión.

Parecía orgulloso de ello, como si permanecer en la memoria de alguien fuera un logro impoortante, aunque así era. Matt no hablaba mucho de su ex delante de Alanna, solo los primeros días lo mencionaba, pero ahora volvería a su mente.

—En realidad no mucho —dijo cruzándose de brazos—. Matt no suele hablar mucho de gente que se fue de su vida.

Will pareció dudar, pero siguió sonriendo. Intentó mostrarse tranquilo en presencia de esa chica, notó la tensión y que algo había mal. Había llegado allí porque Mike se lo había dicho, aunque tampoco había notado su alegría

como siempre había hecho. Imaginó que con el tiempo que había pasado fuera algunas cosas se habían enfriado y no podía culpar a nadie.

Pero a ella no la conocía de nada y temía que Matt le hubiera dicho algo poco indicado que le pusiese en una posición comprometida. De hecho, le preocupaba el motivo por el que su ex hubiera hablado mal de él cuando acabaron todo lo bien que pudieron.

—Claro, es normal —susurró forzando una sonrisa—. El caso es... bueno, que si está ahí dentro me gustaría verlo. Esto...

—Me llamo Alanna y no está —aseguró frunciendo el ceño—. No sé dónde está.

Y como si hubiera sido llamado mentalmente, Matt apareció por la puerta del jardín y se quedó mirando la espalda que tan bien conocía. Sintió que todo su interior se quebraba y no pudo reconocer el qué. Había olvidado a Will durante mucho tiempo, pero saber que estaba allí le pilló de sorpresa.

También vio la cara de Alanna, sin toda la felicidad que había ido transformándola esos días. Notó su tensión y su mal humor y tuvo dudas, por un momento pensó en huir de allí y hacer como si no hubiera visto a nadie.

Pero en cuanto estuvo a punto de hacerlo, vio que su amiga lo miraba y Will se daba la vuelta para ver lo que pasaba ante el cambio de postura de la chica. Y cuando los dos chicos se miraron, todo se fundió a su alrededor, igual que Matt en los brazos de Will cuando este lo abrazó de improviso.

Había echado de menos esos brazos, el olor de su colonia y las manos que siempre le habían sostenido en todas las situaciones. Había sido su novio y lo había querido hasta el punto de creer que jamás encontraría a alguien que le hiciera sentir lo mismo pero, con su llegada, tampoco lo sabría nunca.

Los recuerdos le bombardearon y sintió que se tambaleaba, pero Will estaba allí para sujetarlo, con esa sonrisa que le volvía loco y los ojos tan oscuros como la noche. Los rescoldos de su corazón se avivaron y toda su perspectiva cambió, hasta el punto que solo despertó de su ensoñación cuando Alanna cerró la puerta con fuerza y los dejó solos en el jardín.

Un reencuentro que había roto algo más que sus corazones, una herida que empezaba a formarse y nadie sería capaz de curar.

Capítulo 17

Como Alanna había cerrado la puerta, Will tomó la iniciativa y se llevó a Matt de allí, cogido de la mano y con el corazón latiendo con fuerza.

A pesar de las ganas inmensas que tenía de volver a verlo tras varios meses separados, estaba muy nervioso por el reencuentro y no sabía qué había pasado con esa chica. Sin embargo, al tenerlo delante todas sus dudas se disipaban y volvía a él ese amor que había sentido en un principio cuando lo conoció.

En cambio, Matt estaba en su propio mundo asimilando lo que estaba pasando, pues que Will volviera a estar allí no entraba en sus planes y había hecho que todo se torciera, pero su corazón también era traicionero y el anhelo que sentía se hizo presente.

Iban por el camino del campo, el que utilizaban para estar a solas sin que los coches les molestasen por la cuesta que llevaba a ambas casas. Sus manos estaban unidas y no habían hablado desde que se habían abrazado frente a la puerta de la chica. El verano empezaba a llegar a su fin y se notaba en el pasto amarillento y las flores que empezaban a ceder ante el peso de las semillas de su interior, como también estaba cediendo Matt a la sensación de paz.

—Matt —susurró Will haciendo que parasen. Se miraron fijamente y se inclinó un poco—, te he echado mucho de menos...

El chico rubio no supo qué contestar y tampoco hizo falta porque Will tomó su silencio como una invitación y terminó juntando sus labios mientras colocaba las manos a su alrededor y le pegaba a él. Matthew sintió el beso como siempre, tan ligero y lleno de deseo que tuvo que sujetarse a la camiseta de su ex, pero al mismo tiempo recordó el dolor que le había causado su ausencia.

Fue un visto y no visto, la mano de Matthew contra la mejilla de Will y sus ojos anegados en lágrimas cálidas, fruto del dolor que su corazón estaba sufriendo por los recuerdos.

—Te fuiste —replicó sin fuerzas—. Me dejaste aquí.

Will hizo una mueca y se acarició la mejilla marcada. Sabía que se lo merecía, por él todo el futuro que habían pensado se había ido a pique. Pero también había vuelto a ese pueblecito, a por él, para tenerlo de vuelta.

—Siento mucho haberlo hecho, cariño —dijo con calma—. El trabajo... lo necesitaba, necesitaba salir de aquí y sé que lo entiendes.

—No, no entiendo por qué has tenido que volver ahora —aseguró Matthew dando un paso hacia atrás—. Te estaba superando y ahora has vuelto. ¿Te vas a volver a marchar?

Era lo que más miedo le daba a Matthew, quedarse de nuevo solo en la oscuridad. Había sentido la necesidad de irse también, por eso se había apuntado a ese curso del que tendría noticias pronto. Sin Will allí, no tenía sentido que siguiera esperando en un lugar donde apenas tenía oportunidades. Pero luego llegó Alanna y sus planes empezaron a cambiar lentamente y a hacerle dudar, aunque ahora no sabía qué pensar.

Y Will había vuelto para amenazar su estabilidad. Creía que lo tenía todo controlado, pero se volvía a equivocar una vez más.

—Planeo llevarte conmigo, Matt —respondió mirándolo—. No tiene sentido que me vaya si tú no estás conmigo.

Will lo decía en serio. En esos meses se había sentido solo en un piso demasiado silencioso, sin nadie con quien compartir su día a día. Para él, Matt era su estabilidad y tranquilidad, el chico que había amado en un pueblecito diminuto y al que echaba de menos aún estando rodeado todos los días de más personas.

Pero Matt se abrazó para mantener la distancia entre ellos, sin poder creerse que eso estuviera pasando. Si bien antes hubiera dicho que se iría sin pensarlo, ahora tenía serias dudas de si eso era lo que verdaderamente quería que pasara. Ya no se trataba solamente de él, había otra persona que le necesitaba y él también lo hacía de una manera muy distinta a lo que sentía por Will.

—¿Llevarme? Mis padres están aquí —recordó con amargura, excusándose para no dar las verdaderas razones—. No me puedo ir sin más.

—Estoy seguro de que ellos querrían que fueras feliz, aunque estés lejos —sonrió Will—. ¿No te alegras de volver a verme? ¿No me has echado de menos?

No.

Matthew estuvo tentado a contestarle eso, a dejar claro que había pasado página. Pero, ¿lo había hecho realmente? Ni él mismo lo sabía porque sus dudas seguían en su corazón, lo conocido contra lo que estaba descubriendo.

—Claro que te eché de menos —respondió en su lugar—. Eras mi vida entera, pero las cosas ya no son tan sencillas...

Will sonrió un poco y rodeó su cintura con los brazos. Estaba contento de poder tenerle de nuevo con él, aunque supiera que necesitaba un poco de tiempo para que le perdonase todo lo que había hecho, pero al menos tenía una pequeña oportunidad y no la iba a desaprovechar.

—Sé lo del curso —aseguró Will—. Y si te tienes que ir, entonces iré contigo y te ayudaré en todo lo que necesites. Tengo algo de práctica con la cámara, ya lo sabes.

Por supuesto que lo sabía, había sido él quien le había enseñado a usarla y le había regalado la suya antigua. Había encontrado un tesoro gracias a Will y también su sueño, era lo que había estado buscando durante mucho tiempo. Cuando tuvo la cámara entre sus manos se sintió ansioso y su primera foto no salió como él había imaginado, pero se ilusionó tanto al ver el resultado y supo que mejoraría hasta que pudiera ser un fotógrafo experto.

—Creo que ahora mismo no estoy preparado para irme, Will —dijo despacio—. Ni siquiera sé que hago contigo aquí; ya había quedado con Alanna y debe haberse enfadado por cancelar los planes.

Y lo temía, no quería que ella pensara que lo había planeado. Ni siquiera estaba seguro de por qué había seguido los pasos de Will en vez de hacer lo que había planeado el día anterior, pero ya no había marcha atrás. Tendría que hablar con ella más tarde e intentar disculparse, aunque tampoco tenía ninguna culpa de que las cosas hubieran pasado de esa manera tan

catastrófica.

Se sentía mal habiendo cambiado los planes, pero también se sentía bien al ver de nuevo a Will. Creía que jamás volverían a encontrarse, al menos no durante unos años, y había sido una sorpresa verle allí pero también le había descolocado toda su vida y había causado más dudas en su corazón.

—¿Alanna? Está viviendo en mi casa —sonrió negando—. Creía que nunca lograría venderla.

—Se mudó al principio de verano —explicó Matthew—. Su padre trabaja en la tienda de antigüedades del pueblo así que es nueva. He estado ayudándola en todo lo que tiene que saber para vivir aquí.

Will puso los ojos en blanco, no quería hablar de ella, pero tampoco debía ser maleducado en un momento tan inestable. Si no lograba recuperar al Matthew que conocía, todo ese viaje habría sido en vano.

—Claro, es lógico —terció mirándolo—. El problema es que ahora no tengo un lugar donde pasar la noche...

El viento revolvió el cabello oscuro de Will y sus intenciones se hicieron claras, tanto como el sol. Por supuesto, sin una casa donde vivir tendría que pasar la noche en el hostel del pueblo y eso podía costarle mucho dinero a la larga. Matt sabía que los ingresos de Will jamás habían sido demasiado elevados y se sintió mal, si había ido por él no tenía muchas opciones.

—Te puedes quedar en la habitación de invitados —suspiró Matt—. Supongo que a mis padres no les importará demasiado...

Will sonrió encantado por la invitación y besó sus labios fugazmente antes de cogerle la mano y tirar de él de nuevo. Quería llegar cuanto antes a su casa, instalarse y volver a formar parte de su vida. Tenía una oportunidad y no iba a desaprovecharla.

Capítulo 18

Una vez en casa y en su habitación, Matt pudo pensar con tranquilidad en todo lo que había pasado en las últimas horas, aunque lo primero que hizo fue mandarle un mensaje a Alanna para disculparse por haberse ido con Will. Sabía que su amiga estaría enfadada, pero confiaba en que entendiera su posición de todas maneras. No todos los días aparecía tu ex de la nada y no sabías lo que hacer, por lo que seguía hecho un verdadero lío en cuanto a eso.

La aparición de Will le había pillado por sorpresa en todos los sentidos y había alterado su paz interior. Durante meses se había concienciado en que no volvería a verlo nunca más, que su relación estaba perdida y que no tenía ningún sentido mantener las esperanzas. Pero Will había vuelto por él, para estar juntos y era algo que no sabía si era correcto o una simple locura. En esos meses, muchas cosas podrían haber cambiado y Matt podía haber dicho que no desde el principio.

Pero no lo había hecho.

Tampoco había dicho que sí y que volvería con él, necesitaba pensarlo detenidamente y averiguar si su corazón seguía latiendo de la misma manera que al principio. Tenía miedo, por supuesto. No quería tener que repetir una vez más su ausencia y verse solo de nuevo. Estaba mentalmente cansado de enfrentarse a todo él solo, sin más ayuda que la de sus padres que intentaban apoyarle en todas sus decisiones por muy descabelladas que pareciesen.

Y es que ahora había besado a Alanna durante una semana y las cosas podrían haber ido a más si no fuera por la aparición sorpresa de su ex. Sabía que a ella le debía una gran explicación y una disculpa por haber cancelado sus planes, pero no tenía ni idea de como afrontar el hecho de que podrían haber tenido algo a la larga hasta que se hubiera tenido que ir al curso.

Desde el principio su posible relación estaba abocada al fracaso, él no

podría estar con ella como necesitaba, pero aun así lo había intentado con todas sus fuerzas. Había estado pendiente de ella, la había enseñado a desenvolverse con un desconocido tan pesado como él y a relacionarse de cero con una persona que no había formado parte de su vida antes. Las cosas se habían salido de su lugar y habían terminado liados, pero eso no significaba que todos sus esfuerzos hubieran sido en vano.

Él quería que Alanna fuese feliz en ese pueblo, que tuviera una vida de la que no arrepentirse y dejara de sufrir por cosas del pasado que no había podido elegir. Sin embargo, no sabía si solo lograría hacer que se encerrase más en sí misma si la dejaba sola luego, con el miedo atroz de ser rechazada.

En un principio se había sentido identificado con los miedos de Alanna y eso le había llevado a actuar por impulsos, intentando ser sincero con ella en todo momento. Pero no había planeado que en la poza sus labios se unieran y tampoco que días más tarde se volviera a repetir dejando un reguero de besos detrás, tantos que había perdido la cuenta.

De todas maneras, no estaba seguro de lo que verdaderamente sentía. Era posible que quisiera a Alanna porque se veía reflejado, tampoco podía obviar que era guapa e inteligente, un diamante en bruto que podía haber pulido si quisiera. Y luego estaba Will, que había sido su novio durante dos años y que jamás había podido olvidar, que había echado tanto de menos que las primeras semanas sentía que se iba a morir si no volvía con él.

Más tarde tuvo que hacerse a la idea, salía de su habitación y hablaba con sus padres, pero no tenía ganas de nada. No fue hasta que Willow apareció que sintió la necesidad de hacer algo más con su vida. Entonces volvió a coger su cámara y se apuntó a ese curso con la esperanza de despejarse.

Ahora no sabía lo que hacer, otra vez.

Se tiró en la cama y observó la foto que seguía en la mesilla, ellos dos juntos y sonriendo como una pareja completamente normal. Podría volver a tenerlo de nuevo si se lo decía a Will, pero tenía que pensar un poco antes de tomar más decisiones. Ya había jugado bastante con los posibles sentimientos de Alanna, no lo iba a hacer también con los de Will.

Cogió su móvil y vio que Alanna no le respondía al mensaje. Suspiró

cansado y se dio la vuelta, mirando el techo para luego cerrar los ojos e intentar descansar.

Después de haber pedido a sus padres que acogieran a Will durante un tiempo, habían comido todos juntos y el chico les había puesto al corriente de su trabajo. Andrew y Mike se habían mostrado felices por tenerlo allí, como siempre, pero también estaban un poco inseguros por la cara de Matt. Sin embargo, las cosas pasaron con tranquilidad y todos se retiraron a hacer otras cosas de provecho esa tarde.

Llamaron a la puerta y por la forma de golpear supo que se trataba de él, así que no se esforzó por recomponerse y se quedó tumbado de la misma manera.

—Puedes entrar —dijo en voz baja.

Will entró con una radiante sonrisa y una bolsa en la mano. Cerró tras de sí y fue hasta la cama de su ex, con la esperanza de que estuviera de mejor humor ahora que tenía el estomago lleno. Se había fijado y sabía que no le hacía especial ilusión su regreso inesperado, pero esperaba que las cosas cambiaran pronto para que pudiera volver a estar con él.

—Te he traído algo de la ciudad —dijo levantando la bolsa—. Es un regalo, así que tienes que aceptarlo sí o sí.

Matt puso los ojos en blanco y se sentó en la cama con las piernas cruzadas. Ellos nunca habían sido mucho de regalos y los que tenían eran meros recuerdos de quienes eran el uno con el otro. Un regalo material era toda una sorpresa y Matt tenía curiosidad en el fondo.

Sacó de la bolsa una gorra, de esa que los chicos suelen llevar con marcas extrañas y que solían ser más grandes de lo que debido. Esta era de color blanca, con un logotipo azul oscuro que no pudo reconocer, pero le hizo ilusión.

—Así que al final me la has comprado —bromeó sonriendo un poco.

Will también sonrió y asintió con efusividad.

Cuando estaban juntos, siempre se quejaba de que el cabello de Matt se aclaraba demasiado en verano debido al sol y que le vendría bien tener una gorra para evitarlo y así también evitar las insolaciones. En el tiempo que habían estado juntos, habían hablado muchas veces de ello, pero nunca había

llegado a cumplir su amenaza de comprarle una gorra.

Hasta ahora.

—Estás más rubio que nunca —dijo sacudiéndole el pelo con cariño—. Y también lo tienes más largo.

—Umm, hace un par de meses que no me lo corto. —Cogió un mechón y se lo retorció con la punta de los dedos—. Aunque creo que también te quejabas de que estuviera tan corto.

Will volvió a sonreír y a asentir. Siempre se quejaba de cosas físicas para molestar a Matt, con la intención de ver si cedía ante sus demandas, pero nunca había logrado nada. Había sido irse y el propio chico se había ido dejando poco a poco. Por eso también había vuelto, para recordarle como solía ser.

—Ya sabes, es muy agradable poder agarrarte —recordó guiñándole un ojo, divertido—. No pongas esa cara, has empezado tú.

El chico puso los ojos en blanco. Siempre habían sido así, desde el principio se habían tomado el pelo y habían bromeado hasta el punto de no poder distinguir la verdad de las bromas. Aunque también fue así como empezaron a salir, sin saber que acabarían locamente enamorados.

—Eres imbécil, Will —suspiró poniéndose la gorra y dándole la vuelta—. ¿Qué tal me queda?

No hubo respuesta, pero los ojos oscuros de Will brillaron de orgullo y felicidad. En momentos así le daba miedo tener que cortarle las alas, pero ya no se trataba solo de ellos, quería poder decidir él mismo lo que sentía.

—Will... Sé que has venido a por mí —susurró mirándolo—. Y te lo agradezco, pero no sé si puedo volver a ser como antes contigo...

—No te voy a meter prisa —aseguró el chico—. Fue mi culpa por no tener en cuenta tus sentimientos, no te di a elegir... Necesitaba alejarme, pero hasta que no estuve allí no me di cuenta que lo que verdaderamente necesitaba eras tú.

El corazón de Matt tembló y bajó la cabeza para evitar mirarlo a los ojos.

—Aun así... Ha pasado bastante tiempo... ¿Quién me asegura que sea

todo igual que antes? —preguntó mordiéndose el labio—. Tal vez hayas cambiado, o tal vez lo he hecho yo.

Will puso una mano sobre su cabeza, pero no le gustó sentir el tacto de la tela en vez de su cabello. Se la quitó con cuidado y lo volvió a alborotar con cariño.

—Nadie puede asegurarlo, Mattie —respondió el chico—. Pero se puede volver a empezar si queremos. Solo hay que ser sinceros.

Sinceros, una palabra de doble filo. Matt lo sería si no fuera porque ni siquiera lo era con él mismo y no sabía lo que sentía. Su corazón iba a mil por hora por volver a escucharlo, pero también creía que estaba haciendo las cosas mal al no darle una explicación a Alanna antes de tomar la decisión final que podría alterar la vida de dos personas a las que quería.

—Ahora mismo estoy hecho un lío —admitió mirándolo—. Necesito tiempo... para pensar y aclararme. Creía que no te volvería a ver y me duele, duele verte y pensar que podríamos haber evitado todo esto.

Will asintió despacio y besó su frente. No iba a agobiarle, no quería que las cosas volvieran a torcerse. Las decisiones precipitadas no eran convenientes y ya habían aprendido por las malas que no sabían tomarlas sin sufrir sus consecuencias.

—Está bien, está bien —cedió Will—. Puedes preguntarme lo que quieras, cuando quieras. Intentaré ganarme tu confianza de nuevo.

Matt asintió agradecido y vio cómo se ponía en pie, aunque no tenía ganas de que se marchara de la habitación. Su antiguo yo lo habría cogido de la camiseta y lo había arrastrado de vuelta a la cama, pero no se veía con fuerzas para hacerlo.

Sin embargo, una duda asaltó su mente y se alarmó. Habían pasado tantos meses y Will parecía seguir sintiendo lo mismo por él, sin haber hecho nada con nadie. No es que pudiera reprochárselo, pero tampoco quería encontrarse con esa sorpresa en el futuro y no saber reaccionar ante ello.

—¿Ha habido alguien más, Will?

La pregunta pilló desprevenido al chico moreno, que estaba a punto de irse de la habitación. Se giró para mirarle y entornó los ojos, evaluando la pregunta y su significado.

—¿Estás seguro de que quieres que conteste? —preguntó a su vez, mirándolo—. Porque entonces me veré obligado a preguntarte lo mismo.

Matt tragó en seco y bajó la mirada arrepentido. No estaba preparado para contarle lo que había pasado con Alanna, porque tampoco él lo entendía. No había nada de malo, pero le daba miedo su reacción y saber que la había causado él.

Su ex no dijo nada más y se fue cerrando suavemente la puerta. No le respondió y no le preguntó sobre su interés, tampoco sobre las dudas que claramente había visto.

Will no era así, siempre dejaba que las personas pensaran las cosas dos veces si era posible. Les daba tiempo a que estuvieran seguras, tal vez tardaba demasiado para sus propios intereses y eso le pasara factura.

Pero Matt lo agradeció en silencio y se volvió a tumbar en la cama, mirando la gorra que había sido una promesa en el pasado y ahora una realidad en el presente.

Capítulo 19

La noche llegó y su manto estrellado se instaló en el cielo. La casa de Matt estaba sumida en el silencio y él tenía los ojos cerrados, pero era incapaz de conciliar el sueño y sabía el porqué.

Llevaba dando vueltas desde que Will se había ido, sabiendo que no podría preguntarle nada de lo que había pasado mientras él no fuera sincero también. Le dolía tener secretos con ese chico, pero tampoco podía contarlos.

No aún.

Había logrado a hablar con Alanna antes de dormirse, aunque más bien solo habían intercambiado un par de frases antes de que ella colgara. Entendía que estuviera enfadada con él por lo que había pasado, pero quería que entendiese que no había tenido muchas opciones al ver a Will allí plantado. Había sido una sorpresa también para él, pero no podía dejar tirado a alguien que había venido explícitamente para verle. Al final había logrado que Alanna aceptase una merienda al día siguiente a modo de compensación, ahora le surgía el problema de hablar con Will para explicarle qué clase de relación tenía con la chica.

Su mayor inconveniente era que no sabía lo que tenía con Alanna para poder explicárselo a su ex. Seguía hecho un lío y la noche se le iba a hacer más larga de lo normal. Sin embargo, en mitad de la oscuridad y con ese silencio pudo escuchar pasos por el pasillo. Reconoció que eran de Will debido a la dirección y también supo que era él porque abrió la puerta de su cuarto y entró sin llamar, cuando todos en esa casa solían hacerlo.

Will llevaba puesta una camiseta de tirantes y un pantalón corto. Varios meses atrás hubiera conseguido que Matt cayera rendido a sus pies con algo así, pero no era su intención esa noche. Conocía a ese chico tan bien como se conocía a sí mismo y sabía que, igual que él, no podría dormir fácilmente.

—Hola —susurró acercándose a la cama—. No duermes, ¿verdad?

Matt gimió estirándose y se incorporó un poco, pero Will fue más rápido y se sentó a su lado tendiéndole una bolsa de ositos de gominola.

—¿En serio? —preguntó Matt mirándolo.

Will asintió y puso uno sobre sus labios, rápidamente se lo comió y disfrutó del sabor dulce. Luego se apoderó de la bolsita y siguió comiendo por su cuenta.

—¿Cómo estás? —dijo Will—. Realmente me he presentado aquí sin tener en cuenta cómo debías sentirte.

Tres ositos después, Matt fue capaz de contestar:

—Me parece un sueño. —Se metió otra gominola en la boca y se tumbó en la cama, sobre su costado para mirarle—. Uno que se hace realidad, pero no quiero que lo sea. Un sueño, digo.

—Estoy aquí de verdad, tonto —aseguró Will imitándolo—. Si he venido sin avisarte era para darte una sorpresa.

Lo sabía, sabía que su intención no había sido mala. Aunque le había hecho ilusión, la sorpresa había conllevado más dificultades que alegrías. Sentía que se repetía una y otra vez la misma situación en su cabeza, que sus pensamientos se agolpaban y no era capaz de dejarlos salir.

Quería seguir amando a Will como lo había hecho en el pasado, sin restricciones ni mentiras, pero eso había sido antes de cometer la locura de liarse con Alanna. Puede que le gustase la chica, pero estaba seguro de que no sentía nada más allá de la atracción física. Sin embargo, le parecía cruel tener que decir algo así a una persona que había hecho tanto por él y se sentía un villano por ello. No quería que volviese a cerrarse en banda y que creyera que todos la iban a abandonar porque, si él elegía a Will finalmente, también querría ser su amigo y seguir apoyándola en sus decisiones.

Era una verdadera tontería intentar cambiar a alguien, pero en el caso de esa chica era necesario porque sus miedos nunca la dejarían avanzar. Él también había sufrido ese abandono y dolor, cuando era un niño y creía que sus padres se habían ido por su culpa, pero con la ayuda de Andrew y Mike se había dado cuenta de que no era así. ¿Sería capaz de ayudar de verdad a Alanna? No iba a ilusionarla más y eso solo significaba que le tendría que

decir la verdad, que ellos no tenían un futuro por delante.

Tampoco es que lo hubieran tenido en algún momento. Al menos Matt quería pensar que ella no le retendría allí para que no fuera a hacer el curso que tanto había estado esperando, pero también sabía que en cuanto llegase octubre se tendría que marchar y Alanna estaría en clases por lo que no habrían tenido más opciones.

En realidad, la historia se parecía a la de Will, que se había tenido que ir porque Matt era joven y seguía estudiando. Ellos habían llegado a un acuerdo extraño donde dejarían de tener una relación e intentarían hablar lo menos posible para mitigar el dolor, pero no había dado resultado y por eso estaban así en ese momento.

Will puso una mano sobre la cintura de Matt y la dejó allí, era lo más lejos que iba a llegar hasta que ese chico lograra aclarar lo que sentía y disipar sus propios temores.

—Parezco un crío, ¿verdad? —dijo Matt con una sonrisa triste—. No sé cómo te pudiste enamorar de mí.

—Porque eres especial, Mattie —aseguró Will mirándolo—. Ves el mundo con otros ojos, igual que yo. Eso es algo que nunca había encontrado y por eso creo que estamos hechos el uno para el otro.

Matt se sonrojó un poco y agradeció que estuviera oscuro para que no pudiera verlo, aunque supuso que lo había sentido porque movió ligeramente la mano que tenía sobre él.

—No quiero decepcionarte, puede que haya cambiado un poco —admitió bajando la voz.

—Por eso he vuelto —dijo negando—. Me decepcionaría que siguieras siendo el mismo que en el pasado. Creo que todos maduramos de alguna manera, Mattie. Puede que te siga queriendo, pero también espero que tú lo hagas con todo lo que supondría estar juntos.

El abrazo se intensificó entre ellos y Matt se vio arrastrado hasta estar pegado a su cuerpo, sintiendo su respiración y pulso. Eso le alteraba pero el sonido de su corazón le tranquilizó y cerró los ojos, sonriendo un poco.

Era absurdo negarse lo evidente y es que los dos seguían sintiendo, por mucho que estuvieran retrasando lo inevitable. Era cuestión de tiempo que ya

no pudieran más, pero por el momento se contentaban por estar de esa manera y recordar viejos tiempos donde habían pasado noches enteras en esa habitación, en esa cama.

A pesar de que Matt corría el riesgo de cometer un paso en falso, se quedó dormido con él así. Estaba cansado y al encontrarse en calma su cuerpo se había rendido, había colapsado y se había permitido confiar en él para poder dormirse entre sus brazos.

En cambio, Will se quedó despierto mirando su cara en la penumbra, preguntándose si era correcto aparecer para alterarlo de ese modo. Había llegado a la conclusión que le necesitaba para seguir adelante, pero ¿Matt lo necesitaba a él? Lo había notado en el instante que había llamado al timbre de su antigua casa y había visto a la persona con la que ahora se relacionaba su ex.

La primera impresión que le dio Alanna fue la de una chica solitaria, pero pronto comprendió que estaba a la defensiva y que también le conocía. Llegó a la conclusión de que Matt le había tenido que decir quién era y que ella estaba al corriente de su situación. No le molestaba que su ex tuviera más amigos, él mismo los tenía y nunca se había sentido celoso por ello porque confiaba en él. Pero fue verla y saber que había pasado algo entre los dos.

Se hizo el tonto para calmar el dolor, pero también para saber si Matt se lo acabaría contando. No iba a inmiscuirse en su vida más de lo necesario y si finalmente no le necesitaba tendría que irse por donde había venido, aunque esperaba que eso no pasara. Sin embargo, no había contado con una tercera persona en esa relación y entendía que Matt pudiera tener dudas sobre sus propios sentimientos, por eso iba con cuidado en lo que decía y hacía.

Se había dejado llevar con los primeros besos porque necesitaba su contacto, aunque lo había sentido frío y sin pasión alguna. Luego intentó cambiarlo para que dejase de molestarle y esa sensación desapareciera, pero tampoco había resultado. Al final había tenido que recurrir a ir a verlo, a estar con él a solas y en mitad de la noche.

Todas las palabras que había pronunciado Matt le dejaban con la duda de su decisión final. Si la situación se alargaba tendría menos oportunidades pero no tenía derecho a meter prisa a alguien que quería, no le iba a dar a elegir nada que pudiera ponerle entre la espada y la pared.

—No sé qué voy a hacer contigo —suspiró retirándole el pelo de su cara con cariño—. Te sigo queriendo tanto como siempre y estoy dispuesto a esperarte todo lo que haga falta, Mattie.

Besó su frente y se separó de él a regañadientes. Se levantó y dejó la bolsa de gominolas en la mesita para que pudiera comer más cuando se despertara. Ahí fue cuando se dio cuenta de que la fotografía seguía en el mismo lugar donde la había dejado y sonrió inconscientemente.

Volvió a mirar al muchacho que dormía y pidió a las estrellas que le concediesen su deseo, aunque no cayera ninguna del cielo para hacerlo. Pidió que Matt decidiera pronto y deseó en secreto que le eligiera a él, porque no sabía lo que sería sin él a su lado. Sin embargo, sabía que nada sería lo mismo y eso le daba miedo.

Capítulo 20

La cafetería era lo suficiente pública para no discutir en voz alta y a la vez estaban sentados en un rinconcito donde no llamarían la atención.

Matt se sentía agradecido por haber podido quedar con Alanna y así aclarar algunas cosas, pero también estaba nervioso y no sabía lo que decir. No era tan fácil como había pensado en un principio, no podía disculparse sin más de algo que no tenía culpa. Sin embargo, esperaba que algo dulce pudiera calmar a su amiga.

Por su parte, Alanna estaba ignorándolo todo lo posible para alargar el momento. Se había pasado todo el día anterior encerrada sin saber lo que debía hacer con lo que había pasado. Matt había actuado mal con ella y estaba enfadada por ello, pero ¿tenía derecho a enfadarse por no ser suficiente? Es lo que ella creía, que Matt al final dejaría de juntarse con ella ahora que su ex había vuelto al pueblo y rondaba cerca de él. En sí no podía enfadarse, pero se sentía mal consigo misma por no haber logrado cambiar nada en el chico. Matt la había ayudado a abrirse un poco más a los desconocidos y ahora tenía el problema de haberse hecho demasiado dependiente de él. Al final tendrían que separarse de todas maneras, pero había pensado que las cosas no serían así de complicadas.

Sea como fuera, la conversación no podía retrasarse mucho más y acabarían discutiendo, él sintiéndose mal y ella con el corazón roto por algo que nunca pudo ser. Solo era cuestión de tiempo.

Un camarero les trajo unos helados y volvió a dejarlos solos. Con el final del verano habían pensado que algo frío podría calmarlos, por lo que pidieron lo mismo, aunque de distinto sabor, como siempre.

—Bueno.... —comenzó diciendo Matt—. Está rico, ¿verdad?

Alanna asintió y se llevó una cucharada a la boca, saboreando el dulce

de leche que le habían servido. Estaba bueno, pero algo le decía que no terminaría consolándola.

—Está rico —concordó mirándolo—. ¿Has vuelto con él?

Matthew dejó caer la cuchara de la impresión y parpadeó sorprendido, había imaginado la conversación durante toda la mañana, pero en ninguna de las opciones Alanna había tomado la iniciativa.

—No, la verdad es que no volví con él —admitió sin mirarla—. No sé si volveremos juntos. Es... complicado.

Ella asintió y cerró los ojos intentando calmar a su corazón, que se había alegrado ante la noticia. Realmente se alegraba, si no volvía con él tendría alguna oportunidad. También se sintió mal, Matt no parecía muy a gusto con sus propias palabras y seguía tenso.

—Ha pasado mucho tiempo... Es normal que hayas pasado página —le animó intentando sonreír—. Aunque no te perdono que me dieras plantón ayer. Habíamos quedado.

—No es como si pudiera echarle si aparece así, pajarillo —susurró Matt—. Te prometo que no se volverá a repetir. Si hago una promesa, la hago de verdad.

No muy convencida, Alanna asintió y metió la cuchara en el helado de Matt, probándolo después. Era de nata, pero el chocolate del sirope ayudaba a que ganase un poco de sabor.

Creía que, si actuaba con normalidad de nuevo, él volvería a estar en la misma sintonía que ella. Todo ese cambio los había alejado, pero Matthew no estaba dispuesto a dejar que eso pasara durante el tiempo que les quedaba juntos en ese pueblo.

Solo no sabía abordar el problema.

—La realidad, Alanna... Es que sigo sintiendo algo por él —murmuró bajando la mirada—. Es difícil olvidar dos años y hacer como si no existiera.

—Deberías hacerlo —aseguró ella—. Podrías tener otras cosas, mucho mejores incluso. Solo tendrías que darte una oportunidad.

Matt no era tonto y sabía a lo que se refería, pero era algo que tenía muy claro. No iba a jugar con sus sentimientos y tampoco a darle esperanzas

vanas con las que sobrevivir esos dos meses que les quedaban por delante. Él no era cruel y no iba a empezar a serlo, no mentía y tampoco sabía hacerlo por lo que no tenía muchas posibilidades de inventarse una excusa.

—Escucha... Sé que hemos empezado algo, pero creo que no tiene futuro... Me gustas, eres una chica fabulosa y me encanta pasar tiempo contigo, pajarillo. Eres una gran amiga... y no quiero perder esa amistad. ¿Lo entiendes?

—Pero no quieres nada conmigo —replicó ella molesta—. ¿Por qué? Pensaba que podría funcionar... Esta semana ha sido increíble.

Matt suspiró y se revolvió el pelo nervioso. Era difícil, sobre todo cuando no tenía palabras que pudieran respaldarle y ayudarle a dar una explicación lógica a sus sentimientos.

—Ha sido increíble, pajarillo —aseguró mirándola—. No te lo niego y me alegra que pasara, pero no tenemos futuro. ¿No lo ves? Seguramente me vaya dentro de dos meses.

—Y yo me tengo que creer que Will no tiene nada que ver en esta decisión, ¿no? —preguntó levantándose—. Eres un cabrón, Matthew. Pensaba que podías ser más que un amigo.

Él la observó, sentado en su sitio. Sintió todas las miradas clavadas en ellos, pero no fue capaz de calmarla lo más mínimo. Ella estaba enfadada porque creía que era por Will, aunque en parte no le faltaba razón. Había decidido no salir con nadie porque si lo hacía, dos personas podrían acabar dañadas por su culpa. Podía ser egoísta, pero si eran los últimos meses que estaba allí, quería algo de paz y tranquilidad. Que las cosas no cambiaran demasiado y llevarse un buen recuerdo de ese verano.

—Lo siento mucho, Alanna —susurró él—. No pretendía jugar con tus sentimientos... Voy a estar contigo todo el tiempo que me quede aquí, te lo prometo. Jamás te abandonaré —aseguró levantándose—. Confía en mí, nunca te he mentado.

Ella negó rápidamente y dio un paso hacia atrás antes de que la mano de Matt la tocara, si lo hacía todo habría acabado y se derrumbaría. Se sentía como una estúpida, como una niña pequeña y perdida en medio de la multitud. Ya se había sentido así antes, pero ahora era nuevo y no quería eso,

no podía permitirse ser débil.

—Haz lo que quieras —murmuró alejándose—. Seré tu amiga, pero ahora mismo no te quiero ni ver, Matt.

Lo dijo sin pensar, pero sabía que le haría daño. Lo vio en su cara antes de salir de la cafetería y poner rumbo a la tienda de su padre, donde podría esconderse el resto del día. No estaba dispuesta a perder más el tiempo, pronto empezaría su último año de instituto y podría conocer a gente nueva, podría olvidar el dolor de saber que perdería a Matt. Pero por el momento se esforzó en no llorar en medio de la calle, aunque, a decir verdad, era lo único que tenía ganas de hacer.

Capítulo 21

Su padre no estaba en la tienda. Lo sabía porque había un cartelito donde avisaba de que volvería en unos minutos, pero Alanna no tenía ese tiempo y tampoco quería estar en mitad de la calle.

Empezó a caminar sin rumbo, sabiendo que por mucho que se alejara nunca acabaría perdiéndose si no se internaba en el bosque. El pueblo era poco más que un par de calles que se cruzaban entre sí, había algunas casas y allí estaban todos los comercios por lo que era el lugar perfecto si quería pasar desapercibida.

En la última semana había estado llegando más gente, la que se había ido de vacaciones. Jack había estado hablando de eso incontables veces, su negocio iba bien ahora que muchas personas se interesaban por sus antigüedades y materiales estrafalarios. El hombre era feliz por ello, por supuesto, siempre había querido dedicarse a las antigüedades, pero no había podido porque ser padre y trabajar a tiempo completo era incompatible, había tenido que esperar hasta que Alanna fuera lo suficientemente mayor para poder estar sola durante la mayor parte del día.

Ella no había estado de acuerdo con ese cambio en su vida, pero ya no lo decía tanto como antes. Solo le había hecho falta un mes para saber que eso era lo mejor que podía haberles ocurrido, allí podían establecerse y al mismo tiempo crear algo más sostenible. Sin embargo, Alanna se había dado cuenta tarde de algo muy importante.

Seguía estando igual de sola que al principio.

Matt había supuesto toda su vida durante ese tiempo, se había esforzado en ser amable con él y en dejar atrás su carácter huraño. Casi había conseguido crear una relación, pero al final se había visto truncada por el pasado del chico.

No podía culparlo, estar enamorado debía ser duro y más cuando sabía lo que había sufrido durante esos meses sin Will. Sabía que su foto seguía estando en la mesita de su habitación, que su cámara era el mayor tesoro que poseía y que le dolía hablar de él. Todo eran señales y ella había estado ciega, sin saber que estaba cayendo en un pozo sin fondo. Si hubiera sido más inteligente y menos miedosa habría logrado darse cuenta antes, pero estaba muy enganchada a su amigo y ahora le dolía saber que no podría contar con él para siempre.

Desde el principio lo sabía, sí. Sabía que Matt tendría que irse fuera y se había mentalizado para dejarlo marchar sin tener que hacer una escena y sin que su terror a quedarse sola pudiera detenerlo. De verdad había hecho un gran esfuerzo y ahora estaba en el punto de partida, como si hubiera retrocedido todo el camino hasta el principio.

Sin querer, unas lágrimas cálidas se deslizaron por su mejilla y se dio prisa en quitárselas para que nadie viera que lloraba. Era mayormente frustración acumulada, dolor y un poco de vergüenza por haber dicho tales cosas a un chico que había estado para ella desde que se habían conocido.

No había sido justa y también se odiaba por eso, pero no podía cambiar sus palabras y tampoco quería disculparse tan rápido. La parte dañina de ella le decía que Matt se lo merecía, aunque la buena le aconsejaba pedir disculpas para no agravar más la situación.

No hizo caso a ninguna y se prometió que cuando se recompusiera le mandaría un mensaje, que le llamaría y así podría pedirle perdón y lamentarse de todo lo que había dicho en pocos segundos.

Realmente habría podido decir más cosas, cosas que se había guardado porque no era capaz de pronunciarlas, pero que estaban en su interior carcomiéndola y amenazando con salir.

—¡Hey!

El grito le llegó al mismo tiempo que el golpe. Se había chocado con alguien y había caído de culo, sintiéndose aturdida. Levantó la mirada y vio unos preciosos ojos marrones mirándola, eran tan grandes que prácticamente ocupaban la mitad de la cara de la chica.

—¿Estás bien? —preguntó observándola.

Alanna se dio prisa en asentir y ponerse en pie. Se limpió las lágrimas y volvió a asentir para darle énfasis y no parecer más tonta de lo que ya parecía.

—Sí, lo siento mucho —se disculpó negando—. No estaba mirando por donde iba...

—Ya me había fijado, has venido hacia mí como una bala —dijo la chica riendo—. Me llamo Monique, por cierto.

—Alanna...

Monique era todo un personaje, lo supo en el instante que se puso en pie y vio que le llegaba a la barbilla. Alanna también pudo observar sus pecas y sus mejillas sonrojadas. Parecía un dibujo, pero a la vez tenía un aire divertido que la hizo sentir bien, no obstante, también tenía miedo de confiar de nuevo en alguien.

La recién presentada Monique era propia del pueblo, había nacido allí y había vuelto de vacaciones unos días antes por lo que estaba intentando ponerse al día en el centro, pero había visto a esa chica de lejos y no le había sonado. Ella era muy curiosa por lo que terminó acercándose más de lo debido, hasta el punto que chocaron y vio que estaba llorando, entonces supo que debía interceder de alguna manera.

—¿Eres nueva aquí, Alanna? ¿Dónde vives?

—Arriba en la colina —dijo Alanna no muy segura—. Me mudé con mi padre a principios de verano.

Era la primera vez que se lo contaba a alguien y se sentía bien hablando ella misma sin tener que ser demasiado obvio. Con Matt las cosas no habían podido ser así, él directamente entró en su vida como un vendaval y no la dejó explicarse siquiera.

—Oh, vives en la casa de Will entonces —susurró Monique sorprendida—. Y seguramente conozcas a Matt.

Por algún motivo no se sorprendió demasiado. Imaginó que Will debía vivir cerca, pero eso de estar viviendo en su misma casa le dio escalofríos. Matt nunca se lo había comentado, pero en su cabeza empezaron a encajar cosas.

Cuando el chico iba a su casa siempre sabía moverse, sabía dónde

estaba todo y no necesitaba casi indicaciones. Había pensado que tenía un sentido de la orientación excelente, pero se debía a que había estado allí muchas más veces, con su novio.

Alanna volvió a sentir la necesidad de llorar, pero se reprimió y forzó una sonrisa.

—Sí, lo conozco —comentó intentando sonreír—. Nos hemos hecho amigos...

Monique sonrió y la cogió del brazo, haciendo que anduviese con ella. Estaba convencida de que esa chica necesitaba hablar y ella estaba dispuesta a escucharla, pero antes tendría que lograr ganarse su confianza. Para ello ideó un pequeño plan que consistía en inflarla a dulces hasta que hicieran efecto y hablase, era infalible con todas las personas y creía que Alanna también lo necesitaba, muy en el fondo.

—Matt es un amor de chico, es una pena que este año ya no vaya al instituto —comentó mientras andaba—. El año pasado nos alegraba la vista a todos, ya sabes... Imagino que te has dado cuenta de que es guapísimo.

Alanna sonrió tristemente y asintió. Se había dado cuenta, demasiado pronto y rápido.

—Es guapo —aseguró sin mirarla.

—Lo peor es que Will también era guapo —comentó riendo—. Nos volvían locos, pero son buenos chicos. Es una pena que Matt sufriera tanto por su ruptura. Por eso él casi pierde el curso entero, pero al final se lo sacó.

Ciertamente, Alanna sabía muy poco de lo que había pasado antes de que ella llegase a ese pueblecito y le interesaba la vida de Matt. Podía ser por su dependencia o porque creía que sabía cosas sobre él, pero quería conocerlo un poco más.

—La verdad es que Will vino ayer —explicó en voz baja—. Creo que van a volver, pero no lo sé.

Monique no era tonta y no le hizo falta ser un lince para pillar el dolor de su voz. La arrastró hacia un puesto que había en la acera y compró dos helados sin que Alanna pudiera negarse, luego le dio uno y se sentaron en un banco donde daba la sombra.

—Así que te gusta Matt, ¿eh? —comentó sonriendo—. No pongas esa cara; se te nota. Y a todos nos ha gustado Matt alguna vez, sobre todo cuando en un pueblo tan pequeño no abundan los chicos guapos.

—No creo que me guste Matt —se defendió Alanna—. De todas maneras, se va a ir en octubre.

Su nueva compañera puso mala cara y lamió el helado, pensativa. Era normal que se hubiera perdido algunas cosas, pero también sentía curiosidad por eso mismo.

—Bueno, no hablemos más de esos dos por ahora —dijo sonriendo—. ¿Vas a ir al instituto? Creo que tenemos más o menos la misma edad.

Alanna asintió y se encontró inmersa en una conversación donde se enteraba de todos los cotilleos habidos y por haber, donde había personas que no conocía y rumores divertidos de otras tantas. Monique le explicó todo lo que debía saber para empezar con buen pie y también le aseguró que estarían en la misma clase por lo que podrían ser amigas si ella quería, así no estaría sola el primer día.

Resultó ser un soplo de aire fresco en un verano tan confuso y hermético. Hablar con otras personas le sentó bien y pudo olvidarse del dolor, pero no de la promesa que se había hecho antes de encontrarla.

Pero por el momento disfrutó de conocer a alguien más y que esa persona pudiera comprenderla y animarla al mismo tiempo, comiendo helado y hablando de cosas sin importancia.

Tal vez, finalmente, podía ser amiga de alguien más, de alguien que no se fuera a marchar en unos meses.

No iba a cambiar a Matt por nadie, eso estaba claro. Se había esforzado mucho en esa primera relación y quería seguir siendo su amiga. Solo estaba confusa porque estaban pasando muchas cosas al mismo tiempo, demasiado intensas y rápidas para poder seguir el ritmo a todo.

Alanna se había visto sobrepasada en todos los sentidos, pero empezaba a ver la luz después del túnel, sabiendo que había muchas otras personas con las que congeniar en ese último curso. Se iba a intentar esforzar, por Matt y todo lo que había hecho, por su padre que la quería y por ella misma, que necesitaba empezar a darse cuenta de que no era ella contra el mundo.

Había mucho más en ese pueblo de lo que había creído, con tiempo suficiente se acostumbraría. Y tal vez, solo tal vez, lograría curar su corazón.

Capítulo 22

Los días empezaron a pasar más lentos de lo que era normal en verano. Las horas de luz cada vez se iban reduciendo y el viento volvía al tranquilo pueblo, meciendo las copas de los árboles y arrancando algunas de sus hojas a su paso. Septiembre estaba cada vez más cerca, recordándoles que la estación iba a cambiar y que la tranquilidad se acabaría dentro de poco.

Alanna había estado cada vez más ocupada esos días poniéndose al día junto a Monique y rellenando la solicitud para las materias que quería dar en su último curso. Se había creado un vínculo entre esas dos chicas y pronto tendría que conocer a más personas nuevas y se estaba preparando lentamente para ello, intentando concienciarse.

Con Monique no le había resultado difícil hablar, le había pillado en un mal momento y tampoco se había podido negar rotundamente y ser borde con ella, sobre todo tras el encontronazo que habían tenido. Ella había respetado su deseo de no conocer a más gente hasta que fuera inevitable, pero no quería porque seguía teniendo miedo.

Había vuelto a hablarse con Matt, pero no habían sido los mismos que al principio. Sus conversaciones se resumían en preguntarse qué tal iban, si estaban bien, si querían salir un rato a pasear a Willow. Sorprendentemente, esto lo solían hacer juntos y eran las pocas tardes que pasaban un par de horas juntos, pero también eran los momentos en los que más incómodos se encontraban por lo que solo estaban un rato hasta que Matt anunciaba que tenía que volver a casa con el cachorro.

Era una situación muy extraña, pero también comprensible. Con la llegada de Will, Matthew se había alejado de ambos todo lo posible para no tener problemas. Estaba cada vez más nervioso porque pronto tendría que saber la respuesta a su curso y esperaba que fuera positiva, aunque por otro

lado estaba preocupado. Ahora su amiga tenía otra persona, pero también quería seguir siendo su amigo si se lo permitía. Era difícil después de lo que había pasado entre ellos, pero al menos habían llegado a un acuerdo silencioso de no nombrar demasiado lo ocurrido.

Y luego estaba Will, que tenía que verlo todos los días porque vivía en su casa hasta que él tuviera una respuesta y decidiera irse o no. Con el chico todo estaba calmado, como si él mismo también hubiera decidido que era mejor que el tiempo pasara para saber si podían estar juntos de nuevo, aunque cada vez era más viable esta posibilidad.

La atracción que existía entre ellos era demasiado visible y los padres de Matt se habían dado cuenta, aunque habían permanecido callados hasta esa tarde, cuando Matt volvió de su paseo y Will se encontraba haciendo algunos recados.

Andrew estaba esperando en el salón con un libro en la mano y las gafas que usaba para leer puestas, pero cuando Matthew hizo acto de presencia se levantó y se quedó parado en mitad de la sala mirándolo con una ceja levantada.

—Vamos a hablar —dijo seriamente.

Acto seguido se volvió a sentar y esperó a que su hijo dejara a Willow en la cocina. Cuando estuvieron los dos sentados frente a frente, Matt se retorció los dedos, nervioso, sin saber a qué se podía deber esa charla. A pesar de que Andrew era siempre más serio, también era el más sensato de sus padres por lo que temía que pudiese tratarse de algo que supusiera un cambio mayor en su vida.

—¿Qué planeas hacer? —preguntó mirándolo—. Con tu futuro, con Alanna y con Will.

Matt se mordió el labio y bajó la cabeza. Era lo que se había temido y no sabía por dónde empezar. Había intentado pensar en esas cosas, englobarlas y llegar a una conclusión lógica, pero le era imposible imaginarse un futuro donde los tres pudieran estar juntos y no sabía si podría ser dado que había estado con los dos en mayor o menor medida.

—Sigo queriendo irme a estudiar el curso si me aceptan —respondió en voz baja—. Así que es posible que me vaya de casa en octubre...

—Sabes que no me refiero a eso, hijo. Tu vida sentimental es tuya, pero ahora que Will vive aquí no puedo ignorarlo permanentemente... Y dado que todos somos hombres, todos sentimos atracción por los hombres y Will es indebidamente guapo, me veo en la obligación de recordarte que no puede vivir aquí para siempre.

Intentaba hablar lo más calmado posible, pero Matthew notó el nerviosismo en la voz de su padre y lo miró sonriendo un poco. Esperaba no haber entendido mal lo que estaba tratando de decir porque de ser así, acabaría riéndose mucho.

—¿Te altera un chico al que doblas la edad? —preguntó mirándolo—. Porque si es así, creo que tienes un serio problema.

—¡Pues claro que no me interesa, burro! —exclamó Andy alterándose—. Es que me preocupa que acabéis follando en cualquier rincón de la casa y tener que verlo.

Esta vez fue el turno de Matt y se sonrojó como un tomate. No esperaba esa respuesta, pero tampoco le pillaba de sorpresa. Era bastante evidente que la atracción sexual entre los dos chicos se les estaba yendo de las manos. A veces se veían por los pasillos y alguno de los dos no llevaba camiseta, o el pantalón había desaparecido. Una vez bajaron a desayunar solo con el bañador puesto y Andrew y Mike tuvieron que salir de allí antes de presenciar algo indebido que no querían ver.

Ya había pasado una vez, cuando los chicos se habían empezado a conocer. Fue sin querer, pero una noche que volvieron tarde fueron a ver si Matt estaba en su habitación y los pillaron, desde entonces siempre se habían mantenido lejos de la pareja, pero ahora era un poco más difícil si habían acogido a Will durante un tiempo.

—No vamos a hacer nada —replicó el chico negando—. Y me llamas a mi burro, pues anda que tú.

—Chico, es evidente que ambos queréis —recordó el hombre encogiéndose de hombros—. El caso es que tengas cuidado, sobre todo cuando no has aclarado las cosas bien con Alanna.

Matthew frunció el ceño y lo miró fijamente.

—¿Cómo sabes que no he hablado con ella?

Andrew sonrió con tranquilidad y se recostó en el sillón que ocupaba. Estaba claro que su hijo era joven e inexperto aún, no le había hecho falta mucha investigación para tener clara la situación en la que se encontraba con la vecina, desde que no había vuelto a su casa lo había supuesto.

—Hablo mucho con Jack últimamente —respondió Andrew—. Está preocupado por su hija, cosa que es perfectamente normal... Pero yo me preocupo por ti y el chico que tenemos en casa.

—Hablaré con ella, te lo prometo... Es que la última vez no fue demasiado bien y no quiero que acabemos peleados ahora que va a empezar el curso —admitió Matthew en voz baja—. Pero este fin de semana será la fiesta, la invitaré y hablaré con ella para que sepa que me va a tener siempre como su amigo.

El hombre asintió conforme, le gustaba que su hijo pudiera ser maduro en esas cosas, aunque le costara un poco lanzarse.

—¿Eso es que vas a volver a salir con Will? —preguntó con curiosidad.

Matthew le sacó la lengua y se puso en pie. No iba a contestar a esa pregunta y supo por la risa de su padre que él también lo sabía. Pero aún no era el momento de hablarlo, primero quería aclarar las cosas con Alanna y saber que no se lo tomaría a mal si llegase a tomar esa decisión porque no era fácil estar entre dos aguas sin saber hacia qué lado avanzar.

Se fue del salón un poco más tranquilo, pero igual de confuso que siempre, sin saber que las cosas tendrían que cambiar pronto o, de lo contrario, se estancaría para siempre.

Capítulo 23

Al llegar la noche nada había cambiado. Seguía haciendo un calor abrasador y solo los bichos parecían estar a gusto saliendo a esas horas, poblando el pasto que había a ambos lados de la carretera principal que llevaba a la colina. Will caminaba por allí tras haber sufrido un percance con la gasolina y es que su coche había decidido no avisarle de que se había agotado. No tenía tiempo de volver a la gasolinera y regresar al coche, por lo que optó por un pequeño paseo nocturno hasta llegar a casa de Matt.

Así también pudo pensar más claramente en todo lo que estaba pasando a su alrededor. Aunque tenía suerte de que la familia de su amigo era amable con él, sabía que no se podía quedar eternamente con ellos y por eso debía buscarse un trabajo cuanto antes y pagar el hostel donde planeaba hospedarse hasta que Matt recibiera una respuesta. Le preocupaba un poco tener que mudarse de nuevo, otra vez, sin tener un rumbo fijo en la vida.

Recordaba perfectamente el día que había tomado la decisión de que ese pueblo se le quedaba pequeño, que no era suficiente por mucho que amase a Matt y le doliese dejarlo allí. Podría haber esperado a que acabase el curso para comunicárselo, pero la oferta de trabajo llegó de sopetón y tuvo poco tiempo para poder organizarse. Al hablar con él que era su novio en ese tiempo, supo que no podía quedarse mucho más tiempo allí o se volvería loco. Matt había sido comprensivo, le había animado con sus dudas y le había dejado marchar.

Más tarde se dio cuenta de que lo que necesitaba era estar con él, pero no allí. Había sido duro volver y saber que las cosas habían cambiado, pero también se alegró un poco al ver que Matt podía seguir adelante sin que él estuviera cerca, aunque no esperaba que las cosas se pusieran tan difíciles.

Quería a ese chico y siempre lo había sabido, desde que sus ojos verdes

le miraron a través del objetivo de la cámara. Fue uno de sus primeros modelos al aire libre, sin pretenderlo siempre acudía a él y poco a poco le fue enseñando más cosas, pues compartían la misma pasión. Al principio no sabía si debía dar el paso o no, si todo eso era solo una amistad que crecía a pasos agigantados o si tendría alguna oportunidad, pero cuando le confesó sus sentimientos se vio correspondido.

Ya había salido antes con chicos y para él no era ningún problema, le daba igual que hablasen en el pueblo de él, pero no quería que Matt sufriera lo mismo que él y había tenido cuidado hasta que fueron ellos mismos y pasaron de todo. Matt había supuesto toda su vida, pero se había quedado encerrado en un bucle y ahora quería enmendar sus errores.

Suspiró cansado por la caminata y se estiró, estaba lejos del pueblo, pero al menos se había quedado tirado en mitad del camino por lo que no tenía que volver andando todo el recorrido, lo que le aliviaba un poco.

—No me fastidies...

No muy lejos había una chica, la única que saldría por allí a esas horas. Alanna estaba paseando entre la maleza, tranquilamente y sin fijarse en que había alguien más cerca. Parecía un espíritu libre en medio del campo.

Will llevaba sin verla a tan poca distancia desde el día que se conocieron y tampoco quería acercarse por si las cosas salían mal. No podía olvidar que ella era el principal motivo por el que Matt seguía dudando de la relación que podía tener. Ella había logrado llegar al corazón del chico y eso le daba envidia y miedo a partes iguales. Sin embargo, tampoco creía correcto dejarla andar por allí sola a esas horas de la noche, sin saber si estaría segura de verdad. No es que pensara que podría pasarle algo, pero era mejor prevenir que curar en algunos temas.

Corrió hasta ella y sus pasos retumbaron tanto que la sorprendió. Al darse la vuelta pudo ver sus ojos oscuros brillar, le deslumbró con la linterna del móvil y le hizo trastabillar hacia atrás.

—Hey, baja eso —pidió Will tapándose los ojos.

Alanna lo apagó confusa y un poco alterada por la sorpresa, pero se tranquilizó un poco al saber quién era, al menos no se trataba de un desconocido.

—¿Qué se supone que haces? —preguntó entornando los ojos.

Will sonrió, se puso recto lentamente y estiró una mano hacia ella.

—Bueno, te he visto andar sola y no me fiaba mucho así que he venido a ver si estabas bien —admitió—. No nos presentamos correctamente. Me llamo William, pero puedes llamarme Will.

Ella lo miró con recelo, sin fiarse de su palabra. Si no hubiera vuelto las cosas serían muy distintas, pero también serían mentira. Matt había dudado al verlo por lo que siempre había tenido esa sensación de que su relación no habría llegado a más que una buena amistad, aun así, seguía doliendo saber que eso era lo único a lo que podía aspirar.

Con Monique se había sentido bien, como si no fuera un bicho raro en un pueblo que apenas conocía. Seguía echando de menos a su amigo, pero empezaba a aceptar que ellos dos no estaban realmente destinados. Era un cambio de visión desagradable, duro y complejo, pero lo estaba llevando mejor. El problema era que no lograba dejar escapar a Matt, como si sintiera la necesidad de permanecer a su lado a pesar de todo, incluso si salía con alguien más. No lograba confiar en Will y sus intenciones, le costaba creer que hubiera vuelto tras su necesidad de irse, tal que había dejado a una persona hecha trizas a su paso.

—Estoy bien —dijo Alanna alejándose—. Solo he salido a dar una vuelta, así que no te tienes que preocupar.

Will dejó caer la mano e hizo una mueca con la boca, pero le restó importancia y sonrió de todas maneras.

—¿Por qué no te caigo bien? No recuerdo haberte hecho nada realmente... Siento haberme llevado a Matt ese día, pero tenía muchas ganas de verlo de nuevo.

Alanna puso los ojos en blanco y siguió andando, dispuesta a no meterse en ese juego. Sabía que no era un mal chico en el fondo, pero no quería hablar con él y aumentar la herida que había en su pecho. Si se daba prisa llegaría pronto a casa, con suerte Will no la perseguiría todo el camino y se cansaría antes de que llegase.

Pero se confundió.

Will mantuvo su promesa de no dejarla sola durante un buen rato más,

cuando pasaron frente a la casa de Matt pensó que se quedaría allí, pero Alanna vio como la seguía unos pasos por detrás con las manos en los bolsillos.

Era curiosa la insistencia que ponía por mantener una conversación, aunque no lo conseguía. Alanna se había negado a hablar o responder a sus preguntas y simplemente le escuchaba, pero no le hacía más caso. Empezó a tener cierta curiosidad pasada media hora, cuando Will estaba relatando cosas sobre su vida en la gran ciudad, cuando tenía un trabajo que valía la pena, pero echaba de menos a su ex.

Parecía triste hablando, su voz sonaba menos animada y un poco cansada, como si el simple recuerdo de esos días le atormentara. No costaba entender por qué, echaba de menos a alguien muy querido y dejarlo había sido difícil. Si a eso se le sumaba las dudas que tenía, era normal que no hubiera tardado mucho en volver.

En cierto sentido se parecía a Alanna, la niña pequeña que fue dejada por su madre cuando más la necesitaba. Ella había tenido suerte y Jack apareció en su vida casi al instante, pero Will se encontró solo en un sitio desconocido y tuvo que volver a su hogar, viendo como otra persona le arrebatava el puesto.

—Sé que te gusta Matt y que él también siente algo —dijo Will de pronto, sorprendiéndola—. Él no me lo ha dicho, que conste. Pero lo he notado...

Alanna paró en seco cerca del jardín de su casa. Había notado cierto dolor en su voz, como si decirlo en voz alta fuera demasiado para él. No era ninguna mentira en realidad, aunque ella se le quedó mirando por el simple hecho de que Matt podía sentir algo hacia ella, como una pequeña llama de esperanza que alumbró su oscuridad.

—Y tú has vuelto —recordó ella—. Así que no te tienes que preocupar realmente por ello. Creo que ha quedado claro que no quiere nada serio conmigo.

—No lo sé, que no me lo cuente y lo oculte dice mucho de él —suspiró el chico—. Solo quiero que sepas que si al final elige estar contigo... Realmente espero que eso le haga feliz. Hice una locura al irme y dejarlo

aquí, pero tienes que entender que necesitaba salir de este pueblo y conocer el mundo de verdad. Sin embargo, eso conllevó muchos sacrificios y él fue el mayor de todos.

No sabía por qué le estaba contando eso, pero se sentía más tranquilo de ese modo, liberándose de parte de la carga que sentía por tener que callarse esos sentimientos que albergaba. Tenía la esperanza de que Matt hablaría con él tarde o temprano, pero también quería que ella lo supiera y conociera esa parte de la realidad que ocultaba a todo el mundo.

Por su parte, Alanna seguía mirándolo sin saber si era una estratagema para que sintiera pena de su relación y dejase de luchar, porque no se había rendido aún con su amigo. Era posible que su corazón supiera que era prácticamente imposible, pero no quería dejar todo en blanco como si no hubiera pasado. Echaba de menos al Matt cariñoso y alegre, ese que pasaba todo el día con ella, pero no podía volver de la nada sin dañarlo por lo que estaba dándole un tiempo a la vez que ella también se lo tomaba.

Por eso le sorprendía que Will tuviera la sensación de que se rendiría si hiciera falta, de dejar a Matt si eso era lo que realmente le hacía feliz. Era otra imagen del chico que ella creía que era egoísta y cruel por romper el corazón a alguien, había parte de dolor que dejaban ver sus ojos oscuros.

—No creo que me rinda, Will... No estoy enamorada como tú, eso está claro —admitió la chica negando—. Pero sí me gusta y me gustaba estar todo el día con él, antes de que llegases. Eres un obstáculo, es la realidad, pero no puedo rendirme como has hecho tú.

—Lo entiendo, Alanna. Es lógico que pienses así, pero no le hagas daño. Matt es más sensible de lo que aparenta.

Ella alzó una ceja.

—Yo también lo conozco —recordó abriendo la verja de su jardín—. Mi casa, que también es tu casa...

—Lo era, sí —dijo mirando la fachada con añoranza.

Ahí había vivido prácticamente toda su vida, desde que se había mudado con sus padres. Luego ellos se mudaron de nuevo y él se quedó allí, viviendo un romance con el vecino. Era todo muy surrealista, pero pasó de verdad y echaba de menos despertarse y preguntarse si Matt iría ese día a

verlo, si lo encontraría bajo su ventana haciendo fotos a las flores que crecían en esa época del año.

—Dime que tu habitación no es esa —pidió Alanna señalando la ventana que estaba a la izquierda.

Will miró esa ventana y sonrió con picardía.

—¿Te molestaría que lo fuera? ¿Por si Matt hubiera estado conmigo ahí dentro? —preguntó divertido.

Alanna puso los ojos en blanco y se alejó, había sido una mala idea darle el beneficio de la duda, seguía siendo un gran error y algo que ella debía superar para poder salir con Matthew.

Will la miró alejarse y se quedó mirando las ventanas, pero luego dirigió la mirada hacia la derecha, donde realmente estaba su habitación y donde había sido feliz en ella.

—No te voy a dar cuartelillo, Alanna —dijo en voz baja.

Después se fue a casa de Matt para descansar, aunque lo que realmente quería hacer era hablar con él y ver si ese día confiaría realmente para contarle lo que había pasado entre ambos mientras había estado fuera.

Capítulo 24

Will entró en la casa con unas llaves que le habían dejado. Intentó hacer el menor ruido posible para no despertar a los padres de Matt, ya que solían irse temprano a la cama y también trabajaban. Dejó las llaves en el cuenco y sacó el móvil para alumbrarse, se moría de sed por lo que fue antes a la cocina y allí se encontró a Matt cruzado de brazos.

Se dio un susto enorme cuando encendió la luz y lo encontró allí en medio plantado, con cara de pocos amigos y mirándolo fijamente. En el fondo, esa actitud hizo a Will sonreír por dentro, pero se mantuvo callado mientras sacaba la botella de agua del frigorífico y se servía un vaso.

—¿Dónde estabas? —preguntó Matthew acercándose—. ¿Y el coche?

Will bebió con tranquilidad y luego se puso a su altura, inclinándose un poco.

—¿Estabas tan preocupado por mí que me has estado esperando despierto? —preguntó acariciando su mejilla—. Eres tan mono...

Matt puso mala cara y le apartó la mano con una mueca. Se había preocupado porque no solía llegar tarde y hacía varias horas que le había dicho que iba de camino. Temía que hubiese tenido un accidente o algo así, no lo había podido evitar.

—Eres estúpido —replicó yendo a la puerta—. Me voy a la cama.

Estuvo a punto de marcharse, pero Will lo cogió del brazo y lo empujó hasta que su espalda estuvo contra la pared y se vio acorralado por él. Sintió un hormigueo por todo su cuerpo y quiso salir de ahí antes de que las cosas se descontrolasen, pero su cuerpo no reaccionaba ni le obedecía.

—Will...

—Me he quedado tirado en medio de la carretera porque el coche se

quedó sin gasolina —explicó sonriendo—. Pero me parece muy tierno que te hayas preocupado por mí, Mattie.

Matt le miró con impaciencia y se revolvió.

—Vamos, déjame irme a la cama —pidió en voz baja.

El chico seguía sonriendo mientras se inclinaba sobre él, pero se acercó a su oído y sintió la respiración entrecortada de Matt, su pecho subir y bajar con rapidez.

—¿No me invitas a pasar la noche contigo, pequeño? —preguntó sonriendo.

Matt tuvo que contenerse para no contestar, si lo hacía caería en ese juego que tanto le había gustado en el pasado. Will era experto en hacerle rabiar y de rogar a partes iguales, no se tenía que esforzar mucho y ante esas situaciones Matt no sabía reaccionar adecuadamente. Le preocupaba que las cosas se complicaran y sus padres tuvieran la maravillosa idea de bajar y que los pillasen en esa situación.

—Will, mis padres están durmiendo —recordó estremeciéndose—. No puedes hacer esto...

—Eres un aguafiestas —suspiró Will mordiendo su cuello—. Te echo de menos.

Matt se sonrojó y se mordió el labio para no hacer un ruido muy poco apropiado. Cuando Will se alejó de él todo su cuerpo tembló y tuvo que esperar unos segundos antes de poder alejarse de la pared y encontrarse estable. Odiaba que jugase con él de esa manera, sobre todo porque aún no había decidido nada y eso solo le alteraba más.

—Sabes que sigo pensando en todo —recordó Matt en voz baja—. Tú me tuviste esperando meses, esto es lo mismo.

—Eres malo, Mattie.

Will sonrió igualmente y besó su mejilla, muy cerca de sus labios. Al menos podía tener eso, un poco de contacto y esperanza, no le costaba leer el cuerpo de Matt para saber que él también lo deseaba, pero entendía que no era el momento y lo respetaba, aunque tuviera que sufrir por ello.

Al final fueron juntos al segundo piso y se despidieron cada uno desde

la puerta de la habitación que ocupaba. Will le lanzó un beso juguetón y luego entró en el cuarto sabiendo que sería una noche muy larga para él y que esperaba que Matt también sufriera las consecuencias, además tenía mucho en lo que pensar y quería empezar a actuar pronto, con un poco de suerte podría empezar ese fin de semana en la fiesta del fin de verano.

Todos los jóvenes se reunirían cerca del bosque, en un descampado donde pasaba el riachuelo más caudaloso. Beberían, bailarían y reirían, recordarían que el curso empezaba una vez más, pero ellos seguían estando allí. Era algo simbólico, pero todos disfrutaban de esa noche, la última del verano y de la libertad.

Capítulo 25

Al final el tiempo se le había echado encima, como siempre. Matt llegaba tarde a su quedada diaria con Alanna, donde iban a pasear a Willow y a hablar un poco de todo en general. Pero ese día pretendía hablar sobre la fiesta que tendría lugar ese fin de semana, una fiesta que esperaba que solo marcara el fin del verano y no de su amistad.

Se había entretenido hablando con sus padres y con Will, los cuatro juntos en el salón era algo que no se solía ver todos los días y menos cuando la situación era bastante inverosímil. Los dos padres de Matt con su ex novio y posible novio si las cosas empezaban a cambiar, aunque aún no estaba convencido de eso.

Era verdad que sentía una gran atracción por él, eso siempre había sido así y no podía evitarlo. Lo que pasaba es que no se podía dejar llevar como antes, sin pensar en todo lo que podría acarrear en el futuro. Si era verdad que Will estaba dispuesto a acompañarlo si el curso al final tenía lugar, pero seguía el asunto de Alanna pendiente y no lograba ponerle fin por mucho empeño que le pusiera.

Al final había optado por retrasarlo y con ello, también había empezado a dudar de sus propias soluciones. Si podía convencer a Alanna de que ellos eran más felices siendo solo amigos, también tenía que convencerla de que la distancia no reduciría esa amistad incipiente a cenizas. Por otro lado, si decidía al final darle una oportunidad a su relación podría cargarse todo una vez se fuera, y eso solo le recordaba al dolor que había sufrido con Will meses atrás.

Eran las únicas posibilidades que conllevaban menos dolor para alguien, también estaba la opción de quedarse solo y dejar a los dos libres, pero no se veía capaz. En realidad, la opción de estar con Alanna solo existía

en su imaginación, porque su corazón estaba convencido de que amaba a otra persona y que no la dejase escapar.

El problema era que no quería hacer más daño a su amiga y la echaba mucho de menos, si no hubiera sido tan idiota como para liarse con ella todo habría sido más fácil cuando llegase el momento de la ruptura.

Lo veía todo con tres imágenes claras de lo que podía pasar y sentía que su vida se estaba volviendo un caleidoscopio de verdad, cada vez que giraba había otra cosa nueva que tener en cuenta y observar para luego decidir si era lo correcto.

Pero, ¿qué era correcto a esas alturas? Haría daño a alguien por mucho que se concienciara de que no pasaría, pero no podía evitar que sus amigos tuvieran sentimientos y eso les pertenecía a ellos, no a él. Si fuera por Matt, y si empezara el verano de nuevo sabiendo que todo eso iba a pasar al final, seguramente más de una decisión hubiera cambiado.

Encontró a Alanna apoyada en la verja y antes de que pudiera saludarla Willow fue corriendo hasta ella y se puso a dos patas para que pudiera acariciarle la cabeza sin necesidad de que la chica se agachara. Había crecido mucho en dos meses y lo echaría de menos durante el tiempo que estuviera fuera, pero luego intentaría llevárselo con él y así seguir juntos. A lo tonto había cogido mucho cariño a su cachorro y le dolía tener que separarse de él de esa forma, pero entre el curso y algún trabajo que buscarse, no tendría el tiempo necesario para cuidarlo.

—Yo también me alegro de verte, pequeño —dijo Alanna sonriendo—. Aunque tu dueño sea un impresentable y haya llegado tarde.

Matt hizo una mueca, pero también sonrió. Tomó la iniciativa y besó la mejilla de Alanna en un acto conciliador, pero lejos de eso solo consiguió que ella abriera los ojos sorprendida, pillándola desprevenida.

—Es mi forma de disculparme —se excusó revolviéndose el pelo—. Mis padres han querido tener una reunión familiar y era el invitado de honor, de alguien tenían que burlarse mientras comentaban anécdotas.

—¿Y no me has invitado? —preguntó haciéndose la enfadada.

Él se mordió el labio, hace dos semanas la hubiera llevado prácticamente a rastras para que pasara esos ratos con él, pero ya no era tan

fácil comportarse con normalidad.

—Estaba Will y vosotros no os lleváis muy bien... Y solo estaba porque vive allí, no le he invitado —dijo rápidamente—. No te enfades conmigo...

Alanna se pensó si seguir con eso o simplemente dejarlo pasar. Sabía que no podía evitar a Will estando en su propia casa y eso la ponía nerviosa, seguía pensando que era un obstáculo para ella y que podía tener una mínima posibilidad si él no movía ficha primero, y no parecía que lo hubiera hecho por las reacciones de Matt.

—Está bien, tendré que creerte —suspiró cogiendo la correa—. Vamos a pasear a este bicho antes de que se haga pipí en tus zapatillas.

Aunque Matt puso mala cara, siguió a Alanna por el sendero mientras vigilaba que Willow no tiraba demasiado de la correa. Iba más despacio y por detrás para darse tiempo y pensar en las palabras que quería utilizar para hablar con ella y dejarle claro que su futuro no tenía muchas posibilidades, pero tampoco quería arruinar todo a solo dos días de la fiesta y del comienzo de curso. Con un poco de suerte Alanna le perdonaría y podría hacer vida normal como una adolescente más de allí, solo necesitaba saber explicarse correctamente.

—Imagino que Monique ya te lo ha contado... —comenzó a decir Matthew de pronto—, pero este sábado hay una fiesta en el río, para despedir el verano y a los que se van a la universidad.

Ella asintió, claro que Monique le había hablado de eso cientos de veces. Estaba obsesionada con un chico que se iba a ir ese año a estudiar fuera por lo que sería la última oportunidad que tendría con él en su vida, así que no paraba de hablar de ello y a hacer planes para que Alanna fuera presentada ante todos.

No estaba muy feliz con esa idea, prefería pasar inadvertida, pero al final comprendió que un sitio tan pequeño era inevitable y si había sobrevivido todo el verano era porque se habían ido de vacaciones y ella pisaba poco el centro para que se la viera, así que era también su oportunidad.

—Es algo informal, ¿verdad? —dijo mirándolo—. Moni no deja de decir que va a ir guapísima y cosas de esas, me está empezado a crear dudas.

—Tranquila, es solo una fiesta donde se bebe y baila —aseguró el chico—. No tienes que ir con ropa rara y te aconsejo no llevar vestido porque suele hacer mucho aire en ese lugar.

Alanna se apuntó mentalmente el consejo y se prometió buscar algo bonito en el armario, también debía ser práctico por lo que tenía mucho trabajo que hacer.

—El caso es que yo voy a ir también —continuó Matt—. Ya sabes, es una fiesta en honor a los que se van...

Se rascó la nuca con nerviosismo. Sabía que sacar de nuevo el tema era meter el dedo en la llaga, pero no había otra forma de abordarlo, sin embargo, le costaba mucho llegar al punto que quería: quitarle esas pequeñas esperanzas.

—Claro, es posible que te vayas en octubre —suspiró Alanna negando—. Tranquilo, no lo he olvidado por mucho que quiera.

—Pajarillo... Siempre vamos a ser amigos, ¿no? Soy feliz por haberte conocido justo en este momento —aseguró él cogiendo su brazo—. No quiero que pienses que me voy por nuestra situación o algo así.

Alanna se quedó quieta y sonrió con tristeza.

—Sé que te vas porque quieres seguir tu sueño de ser fotógrafo profesional, Matt —aseguró ella—. Es solo que me duele un poco.

—No tiene nada que ver con Will. Con él... las cosas aún no están claras del todo —suspiró pellizcándose el puente de la nariz—. Realmente no sé cómo decir esto... Quiero que sepas que me tendrás siempre, pase lo que pase.

Creía que estaba siendo claro, pero la sonrisa de Alanna le hacía dudar, tendría que estar peor aceptando que ella no sería elegida al final. Sin embargo, solo se encogió de hombros y continuó andando para que él también se moviera y Willow dejara de gemir de impaciencia.

—Llévame a esa fiesta —pidió en voz baja—. No conozco a nadie y temo que Moni quiera presentarme a todos a la vez... Contigo estaré más segura.

Matt la observó, estaba de espaldas y solo podía ver como su trenza se

balanceaba, pero sintió el temor en su voz y se prometió que mientras estuviera él allí no dejaría que lo pasara mal, al menos si lo podía evitar.

—Estaré encantado de acompañarte, parajillo.

Ella sonrió y echó a correr sorprendiéndolo, luego se giró y alzó una mano.

—Esa noche eres todo mío, Matt— dijo sonriendo—. ¡Es una promesa!

Capítulo 26

El pequeño lugar donde los jóvenes se reunían era un claro cerca del río. Ofrecía todo lo que necesitaban, salvo la electricidad. Ellos eran los encargados de organizarlo todo y los motores rugían con fuerza para poder alumbrar el lugar y llenarlo de música más tarde.

Poco a poco fueron llegando los chicos del pueblo, cargaban neveras y altavoces, la fiesta estaba a punto de empezar y se notaba en la actividad. Generalmente ningún adulto estaba allí durante demasiado tiempo, pero a veces se pasaban a supervisar por si acaso. No dejaba de ser una fiesta y todos habían tenido que pasar por esa etapa en su juventud.

Alanna observaba todo con ansiedad, apoyada en un tronco mientras Matt iba a buscar unas bebidas. Habían ido temprano para que ella se habituase al lugar y viera cómo iba llegando la gente, pero se había mantenido apartada para no sufrir un ataque allí mismo.

Le había costado mucho mentalizarse sobre lo que iba a pasar esa noche, pero también estaba ansiosa por ver a más personas de su edad. Había seguido el consejo de su amigo y se había puesto unos vaqueros con una blusa, cosa que agradecía porque empezaba a refrescar por las noches y no quería coger un resfriado o pasarse toda la noche temblando como una hoja.

Mientras esperaba intentó analizar a las personas, aunque eran meras caras desconocidas para ella. Había unos veinte chicos más a esas horas, lo que auguraba bastante gente en un sitio tan pequeño, aunque en eso consistía la fiesta. Algunos eran mayores, imaginaba que los universitarios que habían vuelto por vacaciones al pueblo y que pronto se irían, pero la mayoría era gente de su edad que iba a pasárselo bien y a beber, aunque no tuvieran edad para hacerlo.

Ella no era muy de beber alcohol, pero por empatizar con la gente le

pidió a Matt algo suave y así empezó la noche. Pronto llegaría Monique con más amigos de su clase, a la que ella iría ese año, y tendría que ser presentada como la chica nueva. Ese momento le daba auténtico pavor, pero era mejor pasarlo ahí donde tenía escapatoria, que en una clase donde tendría que aguantar las miradas todo el día.

—Aquí tienes —dijo Matt teniéndole un vaso—. Es suave, te lo prometo.

Ella asintió no muy convencida y dio un pequeño sorbito, estaba dulce y no le sabía mucho a alcohol, así que podía tolerarlo. Estaba agradecida de haber ido con él, al menos así estaría más tranquila y controlada, aunque también estaba nerviosa por tener a Matthew cerca.

En los dos días posteriores a su charla, no habían hablado mucho más. Él había cumplido su promesa de llevarla y estar con ella mientras le necesitase, pero no sabía si eso era finalmente una señal de que las cosas entre ellos iban a mejorar. Iba a esperar esa noche para saber el resultado, para saber si Matt había escogido al fin a uno de los dos.

Le sorprendió un poco que Will no estuviera por allí, aunque tampoco es que pudiera interesarse mucho por él, era mayor para esas fiestas y sabía que ya había pasado su tiempo, pero dudaba que no se pasase por allí a echar un vistazo, imaginaba que tendría amigos aún en el pueblo.

—¿Will no va a venir? —preguntó intentando no sonar ansiosa.

Matt se encogió de hombros y dio un trago largo a su vaso. No quería hablar de Will porque supondría contarle la absurda conversación que habían tenido antes de salir, donde el chico se indignaba por no haberle invitado a él en vez de a Alanna. Era una tontería, pero también le había hecho gracia que se enfadara por algo así, a veces se comportaba como un niño pequeño y esa faceta no solía salir a la luz muy a menudo.

—Imagino que vendrá más tarde con los mayores —respondió tranquilamente—. Tendré que saludarlo cuando venga, pajarillo. Eso lo entiendes, ¿verdad?

—Matt, no soy nadie para decirte con quien debes hablarte o no. —Puso los ojos en blanco y dio otro traguito—. ¿Tú no tienes amigos con los que juntarte?

Él negó muy lentamente, luego suspiró. Se había encerrado en sí mismo desde que Will y él habían cortado, eso había supuesto que dejase de relacionarse con los pocos que se hablaba en clase, pero tampoco quería estar rodeado de gente que no se había preocupado de él en todo el verano.

Era verdad que había hecho mal en alejarse, pero nadie hizo nada por detenerlo. Al final descubrió que no tenía verdaderos amigos y estaba tranquilo con su decisión, aunque supusiese juntarse con el grupo de Monique y tener que soportar a varias personas que le lanzaban indirectas como flechas directas al corazón.

—Estoy bien contigo, de verdad —aseguró sonriendo—. ¿Cómo llevas la gente? Aún falta la mitad, más o menos.

El sitio se estaba llenando con rapidez desde que la luna estaba en lo alto del cielo, era una luna menguante que sonreía de lado a los chicos que bailaban bajo ella. Cada vez había más jóvenes y no tardaron en llegar Monique y sus amigos.

Entonces Matt tuvo que hacer un sobreesfuerzo por ser amable y aparentar normalidad con ellos y soportar unos eternos minutos escuchando a Monique parlotear sobre el nuevo curso y poniendo al día a Alanna sobre de lo que iba a formar parte, incluyéndola en todo. Le alegró que pudiera estar con más personas, siendo feliz. Eso le aseguraba que cuando él no estuviera, ella podría seguir adelante. Le costaría un poco llevar el ritmo a esa gente tan vivaracha. No le sorprendió que sonriera y riese, era una Alanna distinta a la chica que había conocido hacía dos meses, pero era un cambio a mejor y quería creerse que era gracias a él.

Un rato después se alejó de ella para dejarla a su aire, para retirarse sutilmente de escena y que así ella también fuera protagonista en esa historia que estaba comenzando.

Se puso en un rincón lejos de los altavoces, con otro vaso en la mano, medio vacío, mientras observaba a todos los que bailaban y daban tumbos medio borrachos. Eso era lo que dejaba atrás, una vida entre chicos que se habían conocido toda la vida, donde se le había juzgado por gustarle los hombres o por sus padres, siendo rechazado al principio. Ese fue el principio de su vida allí, sin sus padres biológicos. Por suerte pudo superarlo y ahora era feliz y podía contar aquello como una vieja anécdota.

—Qué carita más triste —susurró alguien en su oído.

Matt suspiró y se giró para ver a Will, que estaba allí por fin. Lo había echado en falta, pero no iba a admitirlo en voz alta y menos ante él. Will era lo que siempre había necesitado en su vida, de alguna manera entendía lo que había sentido Alanna cuando él se había presentado en su vida de golpe, era su misma historia y al final tendría que cambiar.

—Estaba pensando en el instituto —admitió negando—. Viejos tiempos, historias tristes.

—Bueno, yo formo parte del pasado —dijo bebiéndose la cerveza que traía consigo—. ¿También soy una historia triste para ti?

Era una pregunta trampa, porque si se refería al inicio era una persona completamente feliz con él, pero luego tuvo que acabar y se deprimió por ello.

—Sabes que me hiciste feliz esos dos años, Will.

El chico sonrió con suficiencia y apartó a Matt del poco gentío que había allí. Le pasó un brazo por su cintura y le atrajo hacia él, escabulléndose entre los pocos árboles que había. Cuando estuvo seguro de que no les veían se inclinó sobre él y miró sus ojos verdes.

—Tengo miedo de que me vuelvas a rechazar —susurro Will.

Matt entrecerró los ojos, dejándose llevar por el olor que desprendía el chico. Es posible que el alcohol obrara algo de magia, pero puso los brazos en torno al cuello de Will y lo besó con calma, como había deseado volver a repetir.

Fue un beso lento, con un sabor raro. Apenas podían creerse que estuviera pasando otra vez, en circunstancias similares. Los dos lo habían echado de menos, estar juntos era lo que más deseaban, pero por cabezotas y orgullosos no eran capaces de verlo con claridad. Les había costado dos semanas, pero seguían estando como al principio del todo.

Y al fin eran conscientes de sus propios sentimientos.

Cuando se separaron y se miraron a los ojos solo pudieron sonreír, sabiendo que algo se había arreglado en sus corazones.

—¿Vendrás conmigo cuando me vaya? —preguntó Matt en voz baja.

Era una realidad ya, tendría que irse dentro de dos meses. La noticia había llegado antes de lo que esperaba, pero se había callado hasta encontrar el modo de decirlo en voz alta. Esperaba que de esa manera Will lo entendiera.

Cuando lo vio sonreír con los ojos brillantes supo que lo había pillado.

—Te acompañaré hasta el infierno si hace falta —aseguró Will besando su nariz.

No volvieron a besarse en ese preciso momento porque se percataron de una presencia y Matt se separó de golpe, con los hombros caídos y sin saber qué decir.

Alanna los miraba horrorizada, como si alguien la hubiera asestado una puñalada por la espalda.

—¿Te vas a ir? —exigió saber.

Matt se mordió el lado y buscó a Will en la oscuridad, no estaba muy lejos de allí, pero se mantuvo a una distancia prudencial por si la bomba explotaba, porque eso era lo que iba a pasar cuando Matt le contase a Alanna que ya sabía la respuesta del curso y que se la había ocultado para no hacerle daño.

Cosa que no había conseguido ni por asomo.

Capítulo 27

Pareció que todo estaba en silencio, que la música de fondo no existía, que la gente contenía la respiración al escuchar la acusación de Alanna. En realidad, nadie les estaba prestando atención, estaban demasiado lejos del alboroto para que las almas erráticas de los jóvenes vagaran por allí.

Sin embargo, ellos tres estaban mirándose, sin saber quién dispararía la primera flecha envenenada.

Will no iba a ser el que hablase en esa ocasión, se había hecho a un lado solo porque sabía que de interceder las cosas serían mucho peor de lo que ya eran. Lo vio en los ojos de la chica, en la actitud derrotada de Matt al ser descubierto. Si las casualidades existían realmente, esa debía ser la situación indicada para que pasara algo así.

No le había dado tiempo a alegrarse por la reconciliación, ni siquiera sabía si Matt era su novio de nuevo, pero no le preocupó ese hecho.

Le había advertido muchas veces que su manía por ocultar cosas para ahorrar el sufrimiento nunca salía bien, que acababan explotando en el peor momento posible. Él tampoco sabía que le habían dicho que sí al curso, que podría salir y cumplir su sueño. Le hacía ilusión, pero no podía alegrarse en un momento como ese, no cuando todo se había torcido.

Matt sabía que debía hablar y explicarse, intentar excusarse por haberlo ocultado. Lo había hecho creyendo que, por un día, solo ese día en concreto, Alanna podría disfrutar de su protagonismo sin tener que pensar en otras cosas. La noticia le había sorprendido a él también, pero había decidido callarse para evitar precisamente eso.

La acusación en sus ojos, la mirada torva y oscura que le mostraba lo decepcionada que estaba con él. Había querido evitarlo, pero finalmente no había sido posible.

—Pajarillo...

Alanna se cruzó de brazos en un intento de mantener la compostura. Hasta esa noche pensaba que las cosas entre ellos podían arreglarse, que su amistad no estaba rota por unos cuantos besos. Pero la confianza había desaparecido y ella se sentía traicionada.

—Deja de llamarme así —advirtió mirándolo fijamente—. ¿Te vas a ir?
El chico se mordió el labio.

—Te lo iba a contar —aseguró Matt—. Solo que hoy era la fiesta y no quería que pensaras en ello.

Ella no aguantaba más, había estado conteniéndose desde que vio a Will por primera vez, desde que supo que todo había sido una ilusión creada por un verano atípico. Sabía que todo se había acabado y aún así se negaba a creerlo, había sido demasiado especial para ver que era una mentira.

Desde el principio.

—Me prometiste que no me abandonarías —recordó acercándose—. Me prometiste que me lo dirías. Que lo sabría.

—Alanna..., pensaba decírtelo mañana —dijo Matt sin moverse.

Will observaba la escena como un mero espectador, sin saber lo que hacer para evitarlo.

—¡Eres un mentiroso! —gritó Alanna levantando una mano—. Todo lo que me has dicho es mentira, siempre me has mentido.

Iba a darle una bofetada, herida como estaba por la situación, la mentira y el dolor. Pero no pudo porque Will la detuvo y se interpuso entre ellos. No iba a permitir que pegara a Matt, sobre todo sabiendo que él no se defendería.

Alanna lo miró, una mirada tan oscura que parecía envenenada. Estaba segura de que él había tenido algo que ver y la traición la estaba destruyendo desde dentro. Con un dolor atroz que no había sentido desde hacía años.

Se había mentalizado para dejarlo marchar cuando llegara el momento, cuando él mismo le dijera con felicidad que le habían aceptado. Iba a ser una buena amiga, apoyarlo en todo lo que estaba por llegar. Ella creía que lo haría bien, pero se había visto sobrepasada.

—Te odio, Matthew —aseguró mirándolo—. Te odio y ojalá este verano nunca hubiera existido.

No fue tanto el mensaje, pero cómo lo dijo hizo que el chico se estremeciera y sintiera todo el dolor en su cuerpo. Lo había estropeado todo, había logrado romper lo único verdadero que había construido con el corazón roto. No había sido culpa de Will al final, sus propias mentiras le habían llevado a acabar así.

Se lo merecía.

Vio como Alanna se marchaba por el sendero que conducía a la carretera. Se iba a ir a casa sola, a las dos de la madrugada y a tantos kilómetros que no llegaría hasta un par de horas después. Era algo que no podía permitir.

—Will...

Él se giró para mirarlo y lo abrazó con fuerza, sabiendo que lo necesitaba. Matt siempre había sido una persona que sentía con demasiada intensidad, que todo le afectaba hasta tal extremo que creía que no había más culpables que él. Siempre había intentado cuidarlo y cambiarlo, verlo así de nuevo le estaba rompiendo el corazón.

—Tranquilo, mi niño —susurró acariciando su pelo—. Estoy seguro de que se le pasará. Está enfadada, pero acabará dándose cuenta de que no lo hiciste con la intención de hacerle daño.

Matt asintió, aunque seguía intranquilo. Ella se había ido sola, ellos estaban allí hablando. No quería ser consolado, no cuando Alanna no tenía a nadie a su lado para poder hablar o simplemente acompañarla.

Miró a su amigo y se apartó un poco de él.

—Llévala a su casa —pidió en voz baja—. Iría yo también, pero si me monto en el coche no subiría —dijo en voz baja—. Me quedaré aquí hasta que vuelvas.

Will no estaba muy de acuerdo con ese plan, sobre todo porque temía estar dos horas con ella intentando convencerla para que le dejara llevarla a casa. Conociéndola como lo hacía, era una misión complicada.

Sin embargo, sabía que Matt no estaría tranquilo si no lo hacía, si no

podía proteger de alguna forma a esa chica que le había dicho que le odiaba.

—No te vayas de la fiesta, ¿vale?

Él asintió y dejó que Will besara sus labios antes de que echara a correr a los aparcamientos y así coger le coche. Tardaría en hacerlo, en convencer a Alanna y en llevarla a su casa.

Pero, mientras Will desaparecía entre los árboles, él supo que no quería recordar más esas palabras que resonaban en su cabeza, que le estaban martirizando y destruyendo por dentro.

La mirada de Alanna, su voz, la ira y el dolor. Eran cosas que había visto por primera vez, él lo había provocado y no podía olvidarlas por mucho que quisiera.

Decidió que solo había una forma de que la espera fuera más corta, de olvidar el dolor de su corazón. Si lo ahogaba en alcohol no tendría otro remedio que dejar de latir, tendría que sanarse solo durante las siguientes horas.

Empezó a beber, lo hizo sin calma y sin prestar atención a nadie. Si esa iba a ser su fiesta de despedida, al menos quería olvidar la parte en la que había perdido a Alanna para siempre.

Capítulo 28

Will tuvo que ir hasta el estacionamiento improvisado que habían hecho para poder dejar los coches fuera de la carretera sin que pudieran molestar a nadie. Después de hacer varios giros logró salir de allí sin tener ningún percance y llegó al camino principal que conducía hasta las casas de la colina, donde debía estar Alanna.

Realmente no quería ir a por ella y llevarla a su casa, no cuando había visto los ojos de Matt y sabía que estaba demasiado dolido. Sin embargo, la petición le había calado profundamente y no podía dejar a la chica sola siendo tan tarde, sobre todo si iba por esos caminos.

Al cabo de varios minutos divisó su figura en uno de los lados de la carretera y cambió de luces para que supiera que estaba allí. Se tenía que preparar para una negativa rotunda, sabía que ella no iba a montarse en el coche sin más y confiar en él.

—Hey —dijo bajando la ventanilla—. ¿Quieres que te lleve?

Alanna bufó y siguió caminando sin hacerle caso, intentando pasar del coche. Sabía que su casa estaba lejos, tanto que no llegaría hasta muy tarde y aun así estaría muy cansada. No quería llamar a su padre para que fuera a recogerla, se sentiría como una niña pequeña si lo hacía. Además, necesitaba pensar en lo que había pasado.

Siempre supo que Matt se iría en octubre, pero no pensó que le dolería tanto saberlo y enterarse de esa forma. No le importó que estuviera besando a Will y que pareciera que ella ya no formaba parte de él, pero fue escuchar sus palabras y sentir que algo se había roto en su interior.

Había confiado en su amigo casi desde el principio, inconscientemente. Le había costado darse cuenta de que lo que necesitaba realmente era a alguien con quien contar en todo momento, que pudiera entender sus miedos

y dudas. Matt había resultado ser perfecto para ese trabajo y mientras eso pasaba, su amistad también se iba fraguando lentamente.

Pero no había durado ni dos meses.

Matt se iba a ir del pueblo y ella no podía detenerlo, tampoco quería hacerlo. Se daba cuenta de que le habría resultado imposible dejarlo si su relación se hubiera consolidado de verdad. En parte se alegraba de haber puesto tierra de por medio y haberse mentalizado de ello.

¿Entonces por qué dolía tanto?

Creía que ya estaba acostumbrada a ser abandonada, no solo su madre había creído que ella era demasiado para seguir manteniéndola, sus amigos también habían ido desapareciendo con el tiempo y cada vez se encerraba más en sí misma. La llegada de alguien nuevo siempre le molestaba al principio, pero eran tantas sus ganas de tener a alguien que volvía a caer una y otra vez en la misma trampa que le hacía sufrir.

—Alanna, de verdad —murmuró Will desde el coche—. Sube, no vas a llegar a tu casa a este paso.

—No quiero saber nada de ti —replicó la chica cruzándose de brazos.

Will suspiró sonoramente y se armó de paciencia. Era complicado convencer a alguien que no le soportaba, aunque no hubiera hecho nada a esa persona para que pudiera estar enfadada.

—Oye, te puedo perseguir toda la noche si es lo que quieres. He llenado el deposito así que no tengo ningún problema en ello —dijo tranquilamente, intentando no mostrar que esa idea le molestaba más que a ella—. Serán dos horas eternas, pero iré sentadito y tengo calefacción. Tú tendrás que ir andando, con el frío que hace a estas horas. Además, te picarán todos los bichos —añadió sonriendo—. Pero siempre puedes montar en el coche, aguantarme media hora y llegar a tu casa calentita y sin ningún problema.

Era un mero chantaje, sobre todo ahora que había comprobado que tenía frío porque estaba frotándose los brazos. Era cruel tener que hacerle pasar por ello, él mismo podría aparcar el coche y convencerla de que debía subir para que la llevase a casa. Se estaba arriesgando mucho, pero lo hacía por Matt y eso era todo lo que necesitaba para intentarlo.

Al final Alanna tuvo que tragarse su orgullo y se subió al coche, abrochándose el cinturón y mirando por la ventanilla. En cuanto los árboles pasaron a mayor velocidad se tranquilizó un poco y empezó a sentir el calor de la calefacción que Will había subido ligeramente sin que ella lo supiera.

Ni siquiera pusieron música para hacer el camino más corto, el silencio decía mucho por sí mismo y ninguno intentó llenarlo de otras cosas que pudieran ser innecesarias. A pesar de que podían hablar de tanto, entenderse y explicarse, prefirieron permanecer callados y dejar que los minutos pasaran lentamente.

Al cabo de media hora estaban frente la casa de Alanna, el antiguo hogar de Will. Eran muchas las imágenes que los dos estaban desarrollando en sus mentes, pero no intentaron comunicarse.

—Gracias por traerme —murmuró finalmente Alanna.

Will se encogió de hombros y tamborileó los dedos sobre el volante.

—No te lo dijo para no hacerte daño —suspiró mirándola—. Matt tiene esa mala costumbre, callarse las cosas y eso.

Alanna se puso tensa al escuchar su nombre, pero seguía sin creerse sus palabras. Estaba demasiado dolida y enfadada para poder aceptar las disculpas de parte de terceros. Quería tumbarse en su cama y olvidar esa noche, ese verano para siempre. Había sido todo una equivocación y creía estar arrepentida de lo que había pasado, tantos días había perdido que no se había dado cuenta de nada, de que seguía estando sola en un pueblo que no conocía y que la única persona que había sido amable con ella se iba a ir.

—No quiero tus excusas, Will —dijo desabrochándose el cinturón—. Deberías estar contento; has conseguido lo que querías.

Él paró de mover los dedos y la observó con curiosidad.

—¿Y qué quería exactamente según tú?

Alanna se mordió el labio y se encogió de hombros, como si fuera más que obvio que sus pensamientos eran la realidad de lo que había pasado finalmente.

—Quitarme del medio para tenerlo otra vez para ti —respondió con media sonrisa, triste y vacía—. Deberías estar con él.

No era ni por asomo lo que quería Will desde el principio. Aunque quería recuperar a su novio y vivir una vida con él, hubiera aceptado que las cosas entre ellos habían cambiado lo suficiente como para no poder ser nada más que amigos. Le habría dolido y seguramente no lo entendería al principio, pero no iba a retener a Matt como él tampoco lo había hecho cuando decidió marcharse.

—Sí, tienes razón —dijo en su lugar—, debería estar con él. Sé que te cuesta creer que sigo queriéndolo después de irme, pero mi corazón no ha dejado de añorarlo desde entonces.

—¿Entonces por qué te fuiste? —preguntó Alanna mirándolo—. ¿Por qué fuiste tan idiota como para dejar a una persona como él?

Él sonrió con tristeza, pero negó lentamente. Era absurdo explicar algo que solo tenía sentido en su cabeza, pero aun así lo intentó porque nadie le había hecho esa pregunta nunca.

—Vine a este pueblo con mis padres, pero luego se fueron y me quedé aquí solo —explicó sin mirarla—. Me apoyé tanto en Matt que no supe la dependencia que tenía hasta que un día me encontré solo en mi cuarto y me dio un ataque de ansiedad, nunca me había sentido tan desgraciado, tan inútil en toda mi vida.

Alanna le escuchó sin entender lo que quería decir. Eso no tenía ningún sentido, no era ninguna explicación para abandonar a su novio cuando llevaban tanto tiempo y las cosas iban bien. Pero supo algo importante que le hizo prestarle más atención que nunca: él también había sido dejado por sus padres.

Era posible que la experiencia no se pareciera a la que ella tuvo con su madre, pero sabía lo que era una pérdida y lo que se sentía.

—Pero eres fotógrafo —recordó ella—. No eras un inútil.

—¿Cuánto trabajo crees que puede ofrecer este pueblo a alguien como yo? —preguntó Will mirándola—. Exacto, muy poco y casi nada con un valor que hiciera que me sintiera realizado.

—Eso es muy triste...

Lo era, mucho. No es que ella se sintiera inútil por algo en general, pero entendía que Will dejara de tener ilusión por algo que amaba hacer. Matt

siempre había comentado que había empezado a fotografiar gracias a él, pero le costaba ver que Will fuera realmente feliz con ello.

—Un día alguien vio unas fotos que hice —continuó el chico—. Eran imágenes de Matt casi todas, él sonriendo o pensando en sus cosas. Tenía un blog donde subía estas fotos y se ve que empezaron a hacerse virales... Un día me ofrecieron un trabajo que suponía un reto para mí, mi primer reto de verdad, Alanna.

Eso era lo que había pasado. Un hombre le había ofrecido la oportunidad de ser alguien en el mundo de la fotografía, algo que él siempre había buscado. Sin embargo, hubo un pero que le hizo elegir.

—Y te fuiste. Elegiste el trabajo antes que seguir con Matt —murmuró ella negando—. Le rompiste el corazón.

—¡Él me lo rompió primero! —exclamó cerrando los ojos con fuerza—. Me dijo que debía irme, que eso era lo que verdaderamente necesitaba. Que nosotros, juntos, no podíamos seguir si yo no lograba despegar de una vez. Me dejó libre, cortó lo que teníamos porque pensó que yo quería irme sin él. Y me fui, claro. No tenía mucho más que hacer aquí si mi propio novio aseguraba que no íbamos a llegar a nada más.

El dolor que sintió aquella vez seguía presente en su corazón, no podía olvidar la cara de Matt cuando le dijo que podía irse. Ni siquiera luchó por lo que tenían, no discutió, como si nunca le importase que ellos dos siguieran juntos en realidad. Decidió entonces irse de allí, empezar de nuevo porque la única persona que le importaba le había dejado marchar.

Aunque Alanna no pudiera entender realmente lo que sintió en ese momento, también intentó hacérselo saber. No era algo que fuera fácil, que no le hubiera supuesto renunciar a todo cuanto tenía para poder cumplir su sueño. No, Will había tenido que dejar todo porque primero le habían abandonado.

No había sido hasta unos meses después que entendió que Matt lo había dicho de aquella manera para que su marcha no fuera tan dolorosa, para que pudiera ser feliz de verdad. Sin embargo, no se dio cuenta de que lo que realmente necesitaba era estar con esa persona y sentirse realizado al mismo tiempo.

La única forma de que eso pasara era repetir ese momento una y otra vez, sin esa experiencia no se habría dado cuenta de sus verdaderos sentimientos, sus prioridades. Matt formaba parte de ellas, su carrera también era importante, pero lo que verdaderamente le importaba era ser feliz.

Alanna reconoció el dolor en su voz, en sus sentimientos. Estaba comprendiendo al fin lo que había pasado, pero no quería creer que Matt hubiera hecho que ese chico se sintiera tan miserable que hubiera tenido que huir de allí para olvidar todo. Y aun así seguía enfadada por no haberle dicho que finalmente se marchaba. No podía cambiar lo que le había dicho y, por el momento, tampoco se arrepentía de haber dicho que le odiaba porque así era, odiaba al Matt que había creído que era mejor dejar que la ignorancia la hiciera feliz.

Pero entendía a Will y eso era un paso importante, doloroso y esperanzador al mismo tiempo.

—No sé lo que pasó realmente —murmuró Alanna finalmente—. No sé si dices la verdad o si Matt cree que hizo lo correcto por dejarte. Pero sé que no me voy a meter en vuestra relación, incluso dudo que pueda ahora que sé va. Así que deseo que seas feliz con él, Will. Y si puedes, protégelo de sí mismo.

Dicho esto, abandonó el coche y lo dejó allí, solo y en silencio. Las palabras flotaron en el aire y los sentimientos se quedaron en el coche.

Por esa noche había sido suficiente, habían tenido bastante por lo que discutir y luchar. Nunca iban a ser verdaderamente amigos, pero al menos sabían la verdad el uno del otro.

Capítulo 29

El olor a desinfectante, las personas entrando y saliendo, el silencio solo interrumpido por los sollozos de una pareja. Era todo lo que podía distinguir en ese momento, todo lo que percibía y no se le hacía un sueño.

El color rojo de sus manos se había ido secando en algunas zonas, habían oscurecido su piel y formado costras. A pesar de que le habían insistido para que se limpiara, él no había querido. Apenas se había movido en las últimas dos horas y no era consciente de nada de lo que pasaba a su alrededor.

Su mente había entrado en un bucle de imágenes caóticas que se sucedían una tras otra, como si hubiera hecho fotografías con su imaginación, solo que eran recuerdos que no podía sacarse de la cabeza.

El coche contra un árbol, los gritos de los chicos que habían acudido tras oír el golpe, Matt en el suelo desangrándose.

En una de las carreteras secundarias un hombre había atropellado a un joven que había salido de la nada, no le dio tiempo a esquivarlo y se lo llevó por delante antes de que él chorara contra los árboles del camino. Eso era lo que habían podido averiguar en ese tiempo, mientras esperaban a que un doctor quisiera informarles de la verdadera situación.

Will solo podía recordar el cuerpo de Matt sobre la carretera, el charco de sangre que se extendía a su alrededor, una pierna doblada en un ángulo imposible. No le dejaron acercarse a pesar de los gritos, de la lucha que tuvo que tener contra alguien. Cuando vio a Matt tirado de cualquier manera su cabeza dejó de pensar con lógica y fue corriendo hacia él, manchándose con una sangre que no era suya, pero antes de poder tocarlo de verdad, de comprobar si seguía respirando, alguien le obligó a apartarse y lo retuvieron hasta que las ambulancias llegaron. Había tenido que asistir en segundo plano

a una escena que nunca pensó que pudiera ocurrir, no cuando las cosas debían estar bien.

Matt podía morir, era lo que habían dicho cuando Andrew y Mike llegaron poco después que él. A Will le llevaron al hospital antes de que quisiera coger el coche y cometer alguna locura, un chico con el que apenas había hablado se ofreció a acompañarlo, pero luego se encontró solo en la sala de espera. Finalmente llegaron los padres de Matt y las preguntas fueron muchas, pero él no supo responder a ninguna.

Solo podía recordar que les habían dicho que se preparasen para lo peor, que era posible que en el quirófano no pudieran hacer nada por el chico. Había perdido mucha sangre, tenía muchos huesos rotos, demasiadas complicaciones y había dejado de respirar dos veces de camino al hospital.

El pronóstico no era bueno ni esperanzador, Will no sabía lo que debía pensar y se encontraba recordando la escena una y otra vez sin poder hacer nada.

Había vuelto de dejar a Alanna en su casa, se había dirigido directamente hacia allí para ver si Matt quería volver también a casa. Sin embargo, cuando había llegado no lo encontró por ningún lado hasta que Monique le dijo que había ido a la carretera para ver si volvía. Mientras Will caminaba hacia el lugar escuchó el impacto y luego salió corriendo para ver esa escena que se quedó grabada a fuego en su cabeza.

No había parado de llorar desde entonces. Se miraba las manos y pedía que la sangre reseca fuese suya, que solo se tratase de una pesadilla. Se culpaba por no haber estado a su lado, por haberle dejado solo en una fiesta en la que no quería estar. Nadie se había preocupado por él, nadie le había prestado la atención que necesitaba. Bebió más de la cuenta, dejó de pensar con claridad y luego se acabó, no tuvo ninguna oportunidad más.

—Will...

Mike había ido hacia él, aunque le había costado dejar a Andrew sentado y llorando. Él también tenía lágrimas en los ojos y estaba masacrado. Habían tenido que conducir sabiendo que Matt se encontraba en el hospital, luego su padre se había derrumbado completamente al escuchar a los médicos. Mike intentó ser fuerte por los dos, pero también acabó abrazado a

un hombre que recordaba el accidente donde había perdido a su hermano, solo que ahora podía perder a su hijo.

Sin embargo, Mike observó la sala vacía. Solo estaban ellos tres a esas horas y Will se encontraba solo, en una esquina. Nada más llegar lo habían visto allí, pero no lograban que respondiese cuando le preguntaron qué había pasado. Estaba en estado de shock, no lograba salir de sí mismo. Mike había ido allí para acompañarle porque sabía lo que debía estar sintiendo, estando solo y sin nadie que le ayudase a liberarse de ese sufrimiento.

—Will, estamos aquí —aseguró acariciando su espalda con cariño—. Tranquilo, pequeño.

Las palabras no podían salir del chico, no paraba de sollozar y se esforzaba en mantener los ojos abiertos por si alguien entraba en la sala y les daba noticias. El dolor de su corazón era cada vez más fuerte y no podía retenerlo.

—Matt es fuerte, saldrá de esta —dijo Mike intentando no llorar.

Quería creer sus palabras, pero no había muchas esperanzas y la operación se estaba alargando más de lo que había pensado. La noticia de que Matt había sufrido un accidente les llegó mientras dormían y tuvieron que salir corriendo de su casa. Estaba cansado, pero era incapaz de dormir y cerrar los ojos, solo quería saber que el chico estaba bien y se recuperaría.

Al cabo de unos minutos más, Will se inclinó hacia delante y se cubrió la cara con las manos ensangrentadas. Sus sollozos se hicieron más fuertes y todo su ser tembló. Empezaba a sentir la realidad sobre sus hombros y tenía miedo, tenía miedo de no volver a hablar con él y perderlo para siempre.

—Lo siento mucho —lloró sin poder evitarlo—. Debí cuidarlo, debía estar con él. Todo es mi culpa.

Él lo creía así. Si no hubiera ido con Alanna, Matt seguiría estando bien y no luchando por su vida. Habrían acabado juntos, estarían planeando el mismo futuro que se escapaba ahora de sus manos. Si lo hubiera elegido a él, todo habría sido diferente.

Mike lo abrazó con fuerza y besó su cabeza para calmarlo, como había aprendido a hacer cuando Matt era un niño y se enfadaba. Él no pensaba que Will tuviera la culpa, no se la echaba y tampoco podía juzgarlo. Nadie tenía

la responsabilidad, nadie podría haber previsto algo como aquello.

—No ha sido tu culpa —prometió con cariño—. Nadie te la echa.

—Lo dejé solo —sollozó el muchacho—. Si hubiera estado con él seguiría estando bien.

El hombre lo abrazó con más fuerza hasta que escuchó de nuevo a Andrew llorar, entonces se separó ligeramente del chico y miró a su pareja. Andrew estaba masacrado, apenas parecía un ser humano en esos momentos. Solo le había visto llorar una vez y era en una situación similar, por eso esperaba que no acabase de la misma manera o lo perdería para siempre.

Minutos después llegó Alanna con el corazón acelerado y lágrimas en el rostro. Había recibido un mensaje de Will, se lo había mandado desde el teléfono de Matt. Apenas podía creer que fuera verdad hasta que vio a todos allí llorando, entonces ella también se derrumbó por completo sin poderse creer.

Jack fue directamente con los adultos, que se habían vuelto a reunir. Intentó hablar con ellos y enterarse de lo que había pasado, aunque no sabía si conseguiría algo de información útil en un momento así, pero quería ayudarles en todo lo que fuera posible. Mientras, Alanna fue hasta donde estaba Will y al ver la sangre reprimió el impulso de huir.

—¿Esa sangre...? —susurró mirándolo.

Will alzó la mirada, pero apenas vio los ojos oscuros de la chica. Las lágrimas empañaban toda su visión.

—No es mía —logró decir entre sollozos.

Alanna se tapó la boca con las manos y no pensó lo que hacía cuando lo abrazó con fuerza y lloró contra su hombro. Horas antes había escuchado a ese mismo chico hablar de un amor que le había sido imposible de mantener y ahora podía morir para siempre. Era injusto, ella tenía la culpa de todo lo que había pasado.

—Lo siento tanto. —Se secó las lágrimas con el dorso de las manos y lo cogió de las suyas—. Vamos al baño, intentemos quitar esto...

Era una cosa absurda, como si el hecho de lavarse las manos fuera a borrar todo lo que había pasado. Pero Will asintió y se dejó guiar por ella, sin

decir nada. No quería seguir tirado en una silla sin poder hacer nada, sin poder recordar la sonrisa del chico que amaba.

Llegaron al baño y Alanna abrió la puerta. No había dejado de llorar, pero estaba más tranquila que Will. Ella misma puso las manos del chico bajo el grifo y las restregó suavemente entre las suyas. Cuando vio que le agua se teñía de rosa tuvo ganas de vomitar, pero siguió intentando borrar esas huellas tan horribles.

Mientras tanto pensaba en la culpa que tenía del accidente, como si hubiera podido detenerlo antes de que pasara. Ella había hecho que Matt bebiera por sus palabras, por haberse enfadado como una niña pequeña y no haber aceptado la realidad como era. Podía estar perdiendo a un amigo en ese preciso momento y haber sido la causante de todo ello por ser egoísta, por no darse cuenta de que quien realmente lo estaba pasando mal con sus palabras era Matt, que él había tenido que soportar sus rabietas y lloros. Ella había querido estar con él, pero no pensó que su marcha pudiera ser para siempre, no de esa manera que no merecía.

Pero ya no podía hacer nada.

—Ojalá nunca me hubiera conocido —murmuró sin parar—. Ahora estaría contigo...

—No tienes más culpa que yo —sollozó Will—. Si me hubiera quedado con él lo habría evitado todo. Ahora estaríamos juntos de nuevo.

Alanna asintió, ni siquiera le dolía saber que ella no formaría parte de esos planes. Le daba igual porque supondría que Matt seguiría adelante, estando en ese mundo y regalando a todos sus sonrisas.

—Tú tampoco tienes la culpa de nada —aseguró la chica—. Hiciste lo que él quería, lo sé. Yo me comporté como una cría mimada. Te juro que, si sale de esta, si todo acaba bien, jamás me meteré entre vosotros.

Era tan absurdo prometer algo así, pero a la vez lo encontró tan necesario. No tenía más palabras que pronunciar, el dolor de no ver a Matt de nuevo estaba echando raíces en su pecho y apenas podía respirar con tranquilidad.

Se obligó a mantener la mente ocupada y por ello empezó a secar las manos de Will con delicadeza, pero a medida que pasaba el tiempo sus

movimientos fueron más erráticos hasta que no pudo más y abrazó a Will con fuerza, escondiendo la cara en su pecho.

Le dolía tanto que no creía que fuera real lo que estaba pasando. Creía que la ida de su madre era lo más duro que le había pasado en su vida, pero no se comparaba con el dolor que estaba sintiendo en ese momento, no quería ni pensar en lo que estaría experimentando Will y a la vez quería ayudarlo de alguna forma.

Así que compartieron su dolor a solas, abrazándose con fuerza y llorando. No eran rivales en realidad, ni siquiera se conocían de verdad. Creían que todo lo que había pasado entre ellos era una lucha absurda por ver quien se quedaba con Matt al final, pero eso ya daba igual porque lo único que querían es que estuviera allí con ellos y pudiera seguir viviendo.

Estuvieron un rato más hasta que volvieron a la sala de espera donde todos les esperaban, aunque no podían fijarse en ellos porque una mujer hablaba con Mike y Andrew, ponía mala cara y bajaba la mirada. Los dos chicos se miraron y cuando llegaron pudieron escuchar lo último que decía.

—Lo siento mucho, hicimos todo lo que pudimos —susurró lamentándose de tener que darles la noticia.

Entonces Andrew se echó a llorar de nuevo y Mike lo abrazó también llorando.

La sala de espera fue un mar de lágrimas en todo momento, pero cuando llegó la verdadera noticia todos se rompieron en mil pedazos y otra imagen se creó ante ellos, solo que era una realidad que no querían ver.

Capítulo 30

A veces los padres tenían que enfrentarse a cosas que no querían con tal de proteger a sus hijos. Daban todo lo que tenían para que ese pequeño que dependía de él pudiera seguir adelante y ser adulto algún día, ver como crecía y empezaba a ser alguien en la sociedad.

Cuando las cosas se ponían difíciles siempre estaban allí, tal vez no de forma física o emotiva, pero siempre les apoyaban en silencio y se preocupaban. Cualquiera cosa que pudieran necesitar, ellos siempre serían los primeros en ofrecerla, aunque nunca lo dijeran en voz alta.

Había muchos tipos de padres, de sacrificios y de amor, pero nadie estaba preparado para enfrentarse a la dura realidad de perder a esa persona por la que has estado viviendo desde que lo conocías

Andrew entró en la habitación con el corazón en un puño y los ojos anegados en lágrimas. Creía que había llorado suficiente mientras esperaba la noticia, pero verse allí solo era algo que le superaba por completo.

Él era el tutor legal de Matt, quien tenía la última palabra y quien podía tomar las decisiones en caso de necesitarle. También era la primera persona que podía verlo, al menos esa noche. La doctora le acompañó hasta allí y prometió que no se iría hasta que hubiera terminado, pero que le daría privacidad en un momento como ese.

Realmente no sabía lo que iba a encontrarse, su mente estaba en blanco y no dejaba de pensar en la horrible llamada del hospital para informarle de que su hijo estaba en el quirófano tras un accidente automovilístico que había tenido lugar una hora antes. Había pasado mucho tiempo, el hospital estaba lejos del pueblo y los sanitarios hicieron todo lo posible para mantenerlo con vida hasta que llegaron allí, luego todo dependió de los médicos.

Ahora entraba en una habitación excesivamente blanca, llena de

aparatos que zumbaban y emitían pitidos desagradables. Miraba todo sin comprender cómo era posible que esas máquinas pudieran estar encendidas a esas horas, formando tanto alboroto que debían molestar a los demás pacientes.

Sin embargo, en cuanto su mirada se dirigió a la cama todo su cuerpo se congeló y las lágrimas cálidas bañaron su rostro una vez más.

Alguien había tenido el detalle de limpiar la cara de Matt, aunque tenía muchos cortes en las mejillas, una ceja partida, el labio inferior morado. Estaba blanco, tan pálido que competía con la claridad de la habitación. También lo habían cubierto con una manta hasta los hombros, perfectamente protegido del frío, como si fuera posible que lo sintiera en un momento así.

Andrew caminó hasta estar a su lado y miró a su hijo, el mismo chico que siempre sonreía y estaba feliz, que había crecido tanto en los últimos años que no se había percatado de lo mayor que se había hecho ya. Era ese chico el mismo que estaba postrado en la cama sin moverse, como si estuviera muerto.

Pero no lo estaba.

Matt había sobrevivido al accidente y a la operación de urgencia que le habían hecho. Estaba dormido y completamente sedado para que no pudiera despertarse. Tenía un tubo en la garganta que le ayudaba a respirar, un brazo escayolado y muchas magulladuras por todo su cuerpo.

Andrew tendría que alegrarse de verlo allí, saber que su corazón seguía latiendo. Aún estaba crítico y no sabían si iba a sobrevivir, pero tenían esperanzas y eso era lo que necesitaba en ese momento, que todos confiaran en que Matt estaba luchando por su vida.

Sin embargo, el hombre solo podía ver la silueta que faltaba bajo la manta. Era tan obvio que le dolía solo observar el hueco que no estaba, que se había perdido para siempre y que Matt tendría que descubrir cuando despertara.

¿Cómo se le lo dirían? ¿Quién lo haría?

Seguramente los médicos se encargarían de todo, un psicólogo le ayudaría a aceptarlo y muchas otras personas también intentarían arroparlo para que sintiera que su nueva condición era solo un efecto colateral.

Debía alegrarse de estar vivo, pero le había costado una parte de él mismo.

Matt había perdido su pierna izquierda. A la altura del muslo, todo lo que faltaba había sido retirado para salvarle la vida. Había perdido mucha sangre, un corte en la arteria que obligó a los sanitarios a hacerle un torniquete, las fracturas imposibles de soldar y mucha carne desgarrada.

Era la única opción que tenían y se habían deshecho de su pierna para que pudiera tener esa oportunidad. Habían hecho todo lo que podían para mantener su vida donde estaba, su joven vida que cambiaría a partir de ese momento.

Andrew no tuvo más remedio que dejar de mirar esa parte de su cuerpo y se centró en su cara, en sus párpados cerrados y en el suave movimiento de su pecho al respirar, aunque no lo estuviera haciendo por sí mismo.

—Mi pequeño —sollozó tocando su pómulo.

Tenía miedo de acariciarle y hacerle daño, de no saber si era correcto. Quería abrazarlo y protegerlo de ese destino que le habían proporcionado, pero no podía hacerlo porque cualquier cosa podría agravar la situación. Sabía que, de moverlo, de hacer cualquier movimiento, podría dañarlo aún más y no deseaba más dolor en ese momento.

—Por favor, mi pequeño —pidió mirándolo entre lágrimas—. No me dejes tú también, no lo podría soportar.

Ya había vivido eso una vez, cuando su hermano mayor había muerto en otro accidente. Era como si la Muerte estuviera buscando al hijo que dejó atrás y le hubiera dado el mismo destino cruel. No iba a soportar una segunda pérdida, no si se trataba de Matt.

El chico había sido una pesadilla al principio, recordándole constantemente a la persona que había muerto. No podía mirarlo a los ojos sin ver a Arthur en él, sin saber que ya no tendría a nadie más de su familia. Si no hubiera sido por el empeño de Mike, él no podría haber superado una muerte como esa y se alegraba.

Matt había sido una bendición en su vida, su pequeño milagro. Creía que nunca tendría un hijo al que cuidar y apareció él con su pelo rubio y sus ojos verdes, sonriendo y creando ese pequeño hoyuelo en su mejilla.

Su primer recuerdo siendo su padre no fueron los llantos o las pataletas, ni siquiera las veces que pidió ir con sus padres. Fue la primera sonrisa que le regaló con cuatro años y medio, cuando fue a verle al colegio por primera vez. El miedo de Matt por no tener un padre al que llevar ese día era real, lo sabían todos en casa, pero nadie decía nada por el niño. Sin embargo, Andrew fue con él y se quedó a su lado.

También fue la primera vez que le llamó “papá”.

Eran muchos los recuerdos que inundaban la mente de ese hombre al ver a su hijo allí, en ese estado tan crítico. Fue la primera vez que rezó y pidió que se salvara, nunca antes lo había hecho porque no creía en ello, no sentía esa necesidad. No se sintió hipócrita por ello, solo deseaba que Matt pudiera volver a sonreír y que él lo pudiera ver, que hablasen de nuevo.

Estuvo mucho rato en la habitación, tanto que la doctora tuvo que entrar para asegurarse de que todo estaba bien. Se encontró con el hombre apoyado en la cama, acariciando el pelo rubio del chico y susurrando recuerdos en su oído. Había visto muchas imágenes como esa, pero a cada cual le resultaba más dolorosa, siempre era así cuando una desgracia ocurría.

Decidió no interrumpirlos y cerró la puerta de nuevo, dejándoles más tiempo del debido, tiempo que esperaba que no fuera el último entre los dos.

Capítulo 31

No fue hasta que pasaron tres días, que trasladaron a Matt a una habitación normal donde no tendría que estar constantemente vigilado, además le retiraron la respiración artificial.

El chico estaba mejorando, su cuerpo estaba luchando contra las heridas y los medicamentos estaban ayudando en el proceso. Seguía estando sedado para evitar los dolores que sufría, tanto por la cirugía como por el brazo roto. Tenía suerte de estar con vida, de respirar por sí mismo y tener fuerzas para luchar.

Por petición médica, solo los familiares podían visitarle durante cortos periodos de tiempo por lo que Andrew y Mike se turnaban todo lo posible para estar a su lado. A pesar de todo, tenían esperanzas y cada vez estaban más animados, dejaban de fijarse en la pierna que había perdido Matt y pensaban en el futuro que tenían por delante.

Sin embargo, a Alanna y Will no les dejaron pasar para verle ni una sola vez. Estaban informados del estado de su amigo, iban todos los días a verlo y pasaban largas horas en el hospital por si acaso. Solían estar juntos, compartiendo el dolor y la culpa que sentían. Se habían ido conociendo un poco más esos días, habían hecho las paces y estaban unidos con el único propósito de hacer feliz a Matt cuando despertara.

Ese día, Will rondaba por el pasillo con las manos en los bolsillos y sin hacer nada en particular. Alanna había tenido que empezar las clases por lo que estaría solo por las mañanas, no hablarían hasta que llegase la tarde. Él se había propuesto informar de cualquier cambio o mejora, por lo que siempre andaba preguntando a los médicos cosas sobre el estado del chico y que no

parecía despertar de su estado.

Andrew había tenido que ir a una reunión urgente que le había surgido y Mike estaba solo a media hora, por lo que él era el único que estaba en el hospital en esos momentos. Todos se habían convencido de que era imposible estar las veinticuatro horas del día esperando, sin saber si era el momento adecuado. A Matt no le hubiera gustado desperdiciar el tiempo de esa forma, así que intentaban turnarse todo lo posible mientras él se decidía a abrir los ojos.

Will no podía entrar para verle, pero se mantenía cerca, como siempre había hecho. Seguía culpándose por haberlo dejado solo, se preguntaba qué era lo que realmente había pasado esa noche y cómo estaría Matt cuando se enterara de que había perdido una pierna. Ni siquiera era capaz de imaginarse cómo sería verlo en silla de ruedas o con muletas.

—Otra vez estás aquí —dijo una enfermera.

Era la misma que todos los días salía de la habitación de Matt tras comprobar su estado, a la misma que preguntaba cómo se encontraba y si iba a despertar pronto.

Se llamaba Diane y no era mucho mayor que él.

—¿Cómo está? —preguntó Will acercándose.

Le daba igual las formalidades si conseguía un poco más de esperanza, si escuchaba que había mejorado con respecto al día anterior. La espera se le estaba haciendo eterna.

—Está estable dentro de la gravedad —respondió Diane—. ¿Hoy estás solo?

Will asintió y se revolvió el pelo.

—Sus padres están trabajando y yo no tengo nada que hacer —explicó sin mirarla—. Volví por él y no sé si él volverá realmente.

Diane suspiró. Había imaginado que ese chico no era su hermano porque podría haber entrado a verlo en alguna ocasión, también imaginaba que no era el típico amigo. Le daba pena que por no ser un familiar no pudiera hablar con Matt, sabiendo que podría pasar cualquier cosa en una situación así.

—Así que hoy es tu cumpleaños —comentó de pronto pensativa.

Él la miró frunciendo el ceño. Había nacido en invierno y, de todas formas, era imposible que ella pudiera saber cuándo era su cumpleaños realmente.

Vio como le guiñaba el ojo y ladeaba la cabeza mirando el pasillo, como si comprobase quien andaba por allí a esas horas.

—Tengo un regalo para ti, Will —dijo mirándolo—. Pero lamento decirte que tiene fecha de caducidad... Solo dura diez minutos, lo que tardo en ir hasta la máquina a por un café y volver... Es una pena que nadie ande por aquí durante este rato para ver tu carita cuando lo tengas.

A Will se le iluminó la cara, su sonrisa apareció tras tres días de preocupación y llanto. Quiso darle un abrazo a Diane, pero ella negó y se alejó por el pasillo. Era algo que no debía hacer, pero había muchas injusticias a las que enfrentarse y dudaba que el chico pudiera hacer algún mal a Matt, sobre todo cuando parecía que lo quería tanto.

Will no perdió el tiempo y entró en la habitación por primera vez. Las ventanas daban suficiente luz como para ver todo con claridad, con demasiada claridad.

Se acercó a la única cama y observó a la persona que amaba, esa misma que seguía entre la vida y la muerte. Nunca lo había visto siendo tan frágil, como si todo su cuerpo fuera de cristal.

Ni se le ocurrió observar cómo se veía su figura sin la pieza que faltaba, simplemente se inclinó y besó sus labios con mucho cuidado, un pequeño roce antes de separarse y mirarlo fijamente.

—Mattie —susurró acariciando su mejilla—. Tienes que despertarte, quiero hablar contigo... Quiero pedirte perdón por no haber estado a tu lado, quiero regañarte por haberte emborrachado y salido a la carreteo...

Había tantas cosas que pronunciar y tan poco tiempo que no sabía por dónde empezar. Matt había sido su vida durante dos años, le había enseñado a amar y a confiar en otros. Creía que podría estar sin él, pero no podía imaginar un mundo donde ya no existiera. Saber que corría ese riesgo le quitaba la vida poco a poco.

—Me preguntaste si iría contigo —susurró—, te dije que sí... Pero no

puedo ir a donde estás ahora, no puedo por mucho que quiera estar contigo. Te juro que si vienes a donde estoy yo, si lo consigues... Haré lo que quieras, todo lo que desees se hará realidad... No me dejes, Mattie —pidió cogiendo su mano—. Te quiero con todo mi ser.

Ningún pitido que indicase un cambio en el ritmo de su corazón, ni una pulsación fuera de lugar, las respiraciones seguían igual. Matt parecía estar congelado en el tiempo mientras que Will se echaba a llorar mientras apretaba su mano, la que estaba sana y podía tocar sin miedo. No sabía lo que podía hacer para lograr que despertara, para que abriera los ojos y le pidiera cualquier locura que fuera imposible de hacer. Estaba desesperado, cansado, harto de no saber si tendría la oportunidad de hablar con él de verdad.

Ni siquiera sabía si Matt le seguía queriendo, no le había dado tiempo a preguntárselo. Quería pensar que sí, que nada había cambiado entre ellos y que lograrían ser felices juntos. Si ese deseo se hacía realidad, entonces él haría cualquier cosa a cambio.

—Mattie, vuelve conmigo. Te lo ruego...

Volvió a besar sus labios con suavidad y apretar su mano para que supiera que estaba allí con él, pero seguía sin haber respuesta.

Al final los diez minutos se hicieron demasiado cortos para él, no logró decir nada más y se quedó el resto del tiempo mirándolo fijamente y pidiendo en silencio alguna señal que pudiera indicarle que le había oído.

Diane abrió la puerta y le pidió que saliera, que su regalo había terminado y que no podía hacer nada más por él en ese momento. Fue testigo del último beso que Will le daba antes de salir y derrumbarse contra una de las paredes del pasillo, víctima del dolor y del sufrimiento por no saber qué pasaría en el futuro.

Capítulo 32

Matt no empeoraba ni mejoraba, los días pasaban y los médicos no daban ninguna información que no supieran ya. Todos empezaban a cansarse, a temerse lo peor. Al haberse dado un golpe tan fuerte en la cabeza tenían miedo de que hubiera algo que le hiciera estar para siempre en ese estado, dormido en una cama sin poder moverse, sin saber que ellos estaban allí preocupándose por él.

Con el paso de los días, todos habían logrado visitar al chico en alguna ocasión y hablar con él. Los médicos decían que la comunicación podía ayudar en esos casos y que hablar siempre era bueno, liberaba las emociones que se esforzaban por esconder.

Así pues, uno a uno fueron contando las últimas noticias a Matt con la esperanza de que algo le hiciera reaccionar.

Andrew siempre le prometía que sería más atento con él si abría los ojos, le aseguraba tantas cosas que se repetía constantemente y olvidaba las palabras que debía decir. También le decía cuánto le quería y todo lo que necesitaba que volviera a su vida como su hijo, el que era suyo por el destino y al que no quería perder.

Mike también hablaba con él durante horas. Le contaba su vida en la pastelería, los dulces que creaba y como alguna que otra jovencita le había sugerido quedar más tarde para verse. Su voz era la más animada de todas, siempre terminaba riendo y contándole algún cotilleo que le hacía sonreír.

Mientras, Jack le pedía que se pusiera bien para poder contratarle para un trabajillo extra. No es que necesitara su ayuda realmente, pero el chico siempre se había mostrado entusiasta con él y eso le hacía feliz.

Will era de esas personas que solo pedían que abriera los ojos, que susurraba cuánto le quería y lloraba mientras sus labios estaban unidos. Su

dolor siempre era palpable cuando salía de la habitación con los ojos hinchados de tanto llorar, sin saber si esa sería la última vez que hablase con él.

Y luego estaba Alanna, que las primeras veces no había dicho nada. Se quedaba sentada en el sillón que había al lado de la cama y se limitaba a observarle respirar, como si eso le diera ánimos para seguir adelante.

Ella era la que peor lo pasaba de todos, aunque no lo dijera en voz alta. Se pasaba las noches en vela, por las mañanas iba a clase y no prestaba atención realmente. Monique la intentaba animar, pero ella contestaba secamente para que la dejaran en paz. En realidad, lo único que quería era pedir perdón por sus últimas palabras al chico.

Los remordimientos estaban ahí, la estaban destrozando por dentro y no podía soportarlo mucho más tiempo.

Una tarde apareció en la habitación con una cámara de fotos instantánea, como las que se usaban en las películas y que se estaban poniendo de moda. Esa en cuestión había salido de entre las antigüedades que su padre vendía en la tienda. La había encontrado a principios de agosto y la guardaba en su habitación hasta que el momento fuera el indicado para regalársela a Matt, pensaba dársela como regalo de agradecimiento por haber sido su amigo y no haber perdido la esperanza, pero nunca tuvo la oportunidad por haberse peleado de esa manera con él.

Ahora era consciente de lo caprichosa y egoísta que había sido por querer al chico solo para ella, sin darse cuenta de sus sentimientos y que los estaba hiriendo profundamente. Ella había sido quien le había lanzado a ese resultado y su culpabilidad no se borraba con las palabras amables, necesitaba que él supiese cuánto sentía todo lo que había pasado.

—Hoy te traje un regalo, Matt —dijo mientras se sentaba en el sillón—. La he rescatado de la tienda de mi padre y funciona bien, te lo prometo.

Estaba mostrándole la cámara como si estuviera despierto y prestándole toda su atención. Imaginaba cómo sería la cara de Matt al ver ese aparato, al cogerlo entre sus manos y hacer la primera fotografía con ella. Quería ver cómo se emocionaba y le daba las gracias por habérselo traído. Si eso significaba que se iba a despertar, era lo único que quería.

—La he limpiado un poco para que tenga buen aspecto cuando despiertes, ¿sabes? Sería muy desconsiderado por tu parte no hacerlo para ver esta maravilla.

Se sentía tonta hablando de esa manera, lanzando indirectas al aire y preocupándose de no quedar como una verdadera estúpida por decir algo así delante de él. Puede que no estuviera escuchándola, pero sentía vergüenza por todo eso.

—Bueno, si no la quieres siempre la puedo devolver —admitió mirándole—. Ni siquiera me das las gracias, Matt. Estás perdiendo todo el encanto.

Se giró para guardar la cámara en su mochila de nuevo y entonces escuchó el débil susurro que procedía de unos labios que había conocido muy bien.

—Gracias, pajarillo...

Alanna no podía creerse que eso fuera verdad y que hubiera hablado. Se levantó de un salto y se inclinó sobre él para comprobar si seguía dormido. Todo parecía normal salvo sus labios entre abiertos, como si hubieran exhalado esas palabras por última voluntad.

—¿Matt? —preguntó acariciando su mejilla—. ¿Estás despierto?

Él abrió ligeramente un ojo, sin saber si era correcto.

La luz le sol le obligó a guiñar antes de enfocar la cara de Alanna, de ver cómo sus lágrimas corrían por sus mejillas y sonreía más que nunca, más de lo que él había visto en esos meses de verano.

—¡Estás despierto! —gritó mirándolo—. Por favor, no te duermas de nuevo. Debo llamar a un médico, a tus padres, a Will.

—¿Will?

Alanna asintió y pulsó el botón para llamar a alguien del personal, no podía separarse de Matt ahora, no quería hacerlo y no sabía si esa era su única oportunidad para pedir perdón, para disculparse por todo lo que había pasado.

—Escúchame, Matt —pidió besando su frente—. Siento mucho todo, siento haberte hablado así. Estaba enfadada, me sentía traicionada y apartada

de tu lado. Quería ser alguien para ti, pero no me di cuenta de la suerte que tenía de ser tu amiga. Quiero que sepas que siento mucho esas palabras, que no te odio en absoluto. En realidad, te quiero mucho.... No estoy hablando como si fuera tu novia, de verdad te quiero, quiero que estés en mi vida, que me ayudes, que me sigas cuidado como hasta ahora. Te quiero y quiero que seas feliz, así que ponte bien y vuelve a sonreír con todos nosotros.

No obtuvo respuesta porque los médicos llegaron antes y la sacaron de la habitación mientras ella sonreía y lloraba a partes iguales, sin saber qué sentimiento predominaba en su anterior.

Solo podía pensar en que se había despertado y que todo se podía solucionar, tenía que ser así porque su mayor deseo era que Matt pudiera ser feliz.

Capítulo 33

Matt estaba incorporado en la cama y miraba su cuerpo. Se había esforzado por mantenerse consciente la mayor parte del tiempo, aunque el dolor le superaba y le aconsejaban descansar para poder recuperarse pronto.

Había pasado una semana desde que pudo abrir los ojos y empezar a hablar de lo ocurrido, de explicar cómo fue el accidente que le había costado una parte de su ser.

Esa trágica noche estaba enfadado, cansado y harto. Sentía que todo se le estaba escapando de los dedos, que su realidad era distinta a la que estaba viviendo. Era como si su cuerpo no fuera consciente de todo lo que su mente pensaba y quería olvidar por unas horas que Alanna se había enfadado con él, que Will iba a estar en su vida.

Bebió mucho y rápido. Estaba solo durante ese tiempo y no quería hablar con nadie. Seguía dándole vueltas a la situación y no podía creerse que ocultar algo doloroso a una persona que le importaba hubiera acabado con su amistad. Quería dejar de pensar y eso era lo único que se le había ocurrido, de todas maneras, estaba en una fiesta donde el alcohol abundaba por todos lados.

No estaba acostumbrado a beber, ni siquiera fue consciente de cuando dijo al grupo de Monique que iba a esperar a Will en el cruce, por donde debía llegar. Había pasado una hora y le echaba terriblemente de menos, quería estar a su lado esa noche y compartir con él su dolor como siempre habían hecho cuando uno de los dos tenía un mal día.

Fue hasta la carretera y se tropezó un par de veces con las raíces de los árboles, era una señal de que debería parar y dejar de hacer el imbécil por el

bosque, solo. Pero llegó allí de una pieza, vio las luces de un coche y dio un paso hacia delante, luego otro y otro más.

Se volvió todo negro y no sintió el dolor que su cuerpo debió sufrir en ese momento.

Eso era todo lo que recordaba, como había sido tan idiota como para emborracharse y lanzarse contra un coche que no lo podía ver en la oscuridad de la noche. Él había tenido toda la culpa de lo sucedido y, aunque había escuchado disculpas de todos sus seres queridos, él sabía que él había ocasionado ese resultado.

Por más que miraba su pierna, no podía creer que no estuviera allí. Sentía su peso, sus movimientos y unas ganas increíbles de echar a andar por la habitación, pero no podía porque faltaba. Nunca había pensado qué sentiría si un día se despertaba y alguna parte de su cuerpo fallara, no era algo que un joven pudiera imaginar porque sí y tenía miedo, miedo a no ser el mismo nunca más.

Matt era consciente de que jamás podría ser normal ahora, que había perdido algo más que un miembro. Su espíritu se había diluido en el aire y no quedaba felicidad en su ser, ni siquiera por estar vivo.

Sus miedos se hacían reales, sus pesadillas eran cotidianas. Pensaba una y otra vez en todas las cosas que no podría hacer, ni siquiera sabía si caminaría algún día de nuevo. A él, que le encantaba andar bajo las estrellas en medio del campo, que adoraba nadar en la poza y trepar las rocas que al ocultaban, ya no podía hacerlo nunca más.

Y aun así no se había atrevido a levantar la manta que siempre le estaba cubriendo para ver la realidad con sus propios ojos. Si bien su cuerpo sentía que aún estaba allí, su mirada se perdía en el lugar que le habían cortado para salvarle la vida.

Con el paso de los días quiso mirar, saber cómo de grave era, si dolería más que el sentimiento de angustia que tenía constantemente en el pecho. Pero eran pocos los momentos que se encontraba a solas para poder comprobar qué era lo que iba a sentir a partir de ahora.

Tenía más cosas en las que fijarse, sin embargo. Su brazo derecho se había roto, aunque sanaría en un mes y podría volver a moverlo casi a la

perfección como siempre. Su cabeza había sufrido un fuerte golpe y podría tener daños que no se habían manifestado, tenía una costilla rota y la otra pierna llena de magulladuras.

Realmente era un milagro que estuviera vivo en esos momentos.

Su vida a cambio de una parte de su cuerpo, parecía un trato justo al final.

Alguien llamó a la puerta y alzó la mirada, se frotó la cara con la mano buena y respiró profundamente. A pesar de su estado de ánimo, no quería que nadie supiera lo mal que lo estaba pasando realmente por todo lo que ocurría en su mente.

—Puedes entrar —dijo en voz baja.

Andrew entró con una pequeña sonrisa y una bolsa que le mostró a su hijo. Desde que se había despertado, su humor había mejorado considerablemente. Estaba feliz de tener esa oportunidad y poder protegerlo, pero también estaba preocupado por Matt ya que en todo ese tiempo no había mostrado la más mínima emoción a lo que había pasado.

La negación era una parte normal del proceso, los psicólogos se lo decían continuamente, pero estaba empezando a pesar que había algo más con todo eso y no quería que su hijo volviera a sufrir por algo así, ni siquiera por tener que revivirlo en su mente una y otra vez.

—Hola, mi niño —dijo acercándose—. ¿Cómo estás?

Matt lo miró alzando una ceja y se encogió de hombros como buenamente pudo, con una pequeña mueca de dolor.

—Cojo —respondió como si nada.

Andrew paró en seco y parpadeó para detener las lágrimas que amenazaban con escaparse. Le parecía cruel que hablase así de sí mismo, sin tener en cuenta que su situación era un verdadero milagro.

—No digas eso, anda —pidió sentándose en el sillón.

—No puedo andar, papá.

Matt no lo miraba, tampoco miraba su pierna. Era su forma de salir de la realidad, sin poder hacer otra cosa que lamentarse. Lo que más odiaba era ver a todos tristes a su alrededor, en toda su vida eso no había pasado ni una

sola vez y él era el causante el dolor de las personas que quería.

—Matt, por favor... —musitó Andrew negando—. No digas esas cosas, es cruel.

—Pero es la verdad. No tengo pierna, me la han cortado —recordó frunciendo los labios—. ¡No podré caminar nunca más! No sabes lo que se siente y nunca lo podrás saber.

El hombre se llevó una mano a la cara y se esforzó en mantener la calma. Había hablado con los médicos sobre ello, sobre si era posible que su hijo pudiera volver a andar algún día. Todos le habían dicho que era pronto para pensar en andar por su cuenta, pero que podría manejarse perfectamente en silla de ruedas hasta que sus brazos fueran lo suficientemente fuertes para mantener su peso con muletas. Muchos meses después podrían tratar de colocarle una prótesis, pero eso era algo que debía decidir el chico cuando llegase el momento.

—Te he traído algo de ropa —dijo Andrew cambiando de tema—. También traje el álbum de fotos que me pediste y la cámara que trajo Alanna.

—Gracias —murmuró Matt cogiendo la bolsa y sacando el álbum.

Había pedido eso exclusivamente porque era parte de su vida, todo lo que consideraba importante estaba ahí metido. Había tanto fotos en familia como con Will, en las últimas páginas había incluido algunas de Alanna porque se había convertido en su amiga y no quería olvidarla.

Echaba de menos muchas cosas, pero no podía cambiar el resultado que le habían dado, su vida era distinta ahora y no tenía más remedio que aceptarlo.

Pero no quería hacerlo.

¿Quién querría vivir con una sola pierna? Saber que no caminaría nunca como lo hizo en el pasado, que las cosas serían más difíciles, que todos sus sueños se habían roto en pedazos y debía cambiar todo para poder seguir adelante.

Estaba cansado de todo eso y también de pensar cada vez más en el futuro. Había perdido su oportunidad del curso, lo tenía asumido y le dolía en el alma. El motivo por el que había pasado todo se había esfumado en un visto y no visto, y es que iba a estar en el hospital tanto tiempo que no podía

irse y vivir su vida.

Se sentía desgraciado, apartado de todos. Si no mejoraba, las cosas serían demasiado difíciles para poder afrontarlas como debía y por eso había tomado decisiones que no quería decir en voz alto.

—Papá, necesito pedirte otro favor —dijo en voz baja—. No lo entenderás, pero es lo que necesito ahora mismo.

Andrew asintió y acarició su pelo con cariño, como cuando era un niño pequeño y se quedaba dormido en el sofá. No quería verlo de nuevo lastimado y haría cualquier cosa por él, por mucho que le costara.

—Claro, dime lo que necesites.

—Quiero que solo me puedan visitar mis familiares directos —susurró Matt bajando la mirada—. Es decir, solo Mike y tú.

No quería volver a ver a Alanna y Will allí, no cuando él no podía soportarse a sí mismo. Siempre que iban se disculpaban y él pensaba que estaban perdiendo el tiempo con alguien que no les merecía. Había logrado hacerles sufrir y lo que menos deseaba es que las cosas siguieran así durante mucho tiempo y su estancia en ese hospital iba para largo.

Andrew no se sorprendió con la petición, aunque sí dudó en si cumplirla. Detener a las únicas personas que se preocupaban por Matt fuera del ambiente familiar era duro, no quería que ellos creyeran que lo hacía por rencor a lo sucedido.

—¿Estás seguro que no quieres verlos? —preguntó mirándole, dudando un poco—. Están preocupados por ti, los necesitas también.

—Mírame, papá. Estoy hecho mierda: tengo un brazo roto, el cuerpo lleno de heridas, las máquinas se aseguran de que sigo vivo. Me falta una puta pierna, joder. No quiero que me vean más así, ¡estoy harto de ver su pena!

Sin darse cuenta estaba llorando, la primera vez que lo hacía desde que estaba en el hospital y había abierto los ojos. Fue la mención de su pierna, la aceptación de que ya no volvería a ser el mismo y que sus amigos solo le recordaban al antiguo Matt que no podía seguirles el ritmo por mucho que quisiera.

Quería recuperarse cuanto antes, no recordar ese momento todos los días de su vida hasta que no pudiera más. Le dolía demasiado todo y sus lágrimas eran la muestra de que no podía seguir con lo mismo una y otra vez.

Andrew lo abrazó con mucho cuidado de no hacerle daño. Había preguntado si podía tocarlo y le habían asegurado que no pasaría nada, que Matt no iba a empeorar por un abrazo o un beso.

Sin embargo, tenía miedo de que la realidad aplastase lo que quedaba de su corazón y no pudiera hacer nada para remediarlo. Ser su padre nunca había significado tener que soportar eso, no quería verlo postrado en una cama para siempre y llorando por la impotencia que sentía. Eso también lo estaba matando a él.

—Te prometo que no te visitarán más hasta que tú lo digas —susurró acariciando su pelo—. Te prometo que todo saldrá bien, mi pequeño.

Pero Matt sabía tan bien como él que nada iba a salir bien, que todo había cambiado para ponerle a prueba una vez más de que su vida era un mero juego al que debía jugar sin tener opciones. El mazo que le había tocado se estaba agotando y alguien le había robado una carta, haciendo que cambiara toda su jugada y sin saber si al final podría ganar la partida.

—Déjame solo, por favor —pidió sollozando.

Andrew dudó un poco, pero se levantó tras darle un último beso en la cabeza. No podía hacer nada contra su ira y dolor, tenía que aprender que la vida le había dado otra oportunidad y que solo él podía aprovechar o dejarla ir.

Una vez completamente solo, Matt siguió llorando en silencio. No quería tratar a nadie mal, no eran sus enemigos y sabía que se preocupaban por él. Pero no quería seguir viendo su pena, sentir su lástima y saber que no podía solucionarlo porque siempre que le mirasen verían esa pierna que no estaba en su lugar y las pocas posibilidades que tenía de ser normal algún día.

Harto de todo, tomó la imprudente decisión de terminar de romperse por completo y retiró con furia la manta que le cubría, la que evitaba que se enfrentara a la realidad. Pudo ver, al fin, lo que había pasado y cómo había quedado tras el accidente que le había costado una parte de él, una parte que no era física.

La pierna estaba cubierta con vendas, protegida completamente. No estaba su rodilla, su pie había desaparecido por completo. Solo quedaba un muñón que le indicaba que habían cortado para evitar que muriese en el quirófano ese día. Una venda que aún ocultaba todo lo que iba a ver a partir de ese momento.

Sabía que no debía tocarse por si había alguna complicación, si se infectaban los puntos o causaba un mayor daño. Le habían explicado que habían hecho todo lo posible para salvarla, pero no lo habían conseguido, que al menos quedaba algo para que en el futuro pudiera llevar una prótesis que le permitiera caminar casi como siempre.

Pero él no quería ser el “casi” de antes, quería estar completo y eso era imposible llegadas a esas alturas, ya no podía ser él mismo porque no estaba entero.

El dolor le cortaba la respiración y la máquina que mostraba su pulso comenzó a pitar para avisar a los enfermeros de que había algo fuera de lo normal, pero él no hizo caso.

Había una cosa que tenía que hacer para terminar de creerse que eso estaba pasándolo a él. Estiró la mano que no estaba herida y recorrió su muslo con mucho cuidado de solo rozar su piel, de tocar ligeramente la tela que la cubría para evitar mayores daños. Pasó los dedos por toda su superficie hasta que llegó al corte y lo rodeó antes de tocar la cama, donde debía estar su pierna. Allí no había nada, era real que faltaba una parte que no podía recuperar.

Se echó en la cama y siguió llorando, sollozando como nunca antes lo había hecho. Esperando que el dolor parase algún día, pero ese dolor no era físico y no sabía si los médicos podrían curarle.

Capítulo 34

Cinco largos días sin poder ver a Matt, sin saber si se encontraba realmente bien. Ese era el tiempo que Will había esperado hasta que su paciencia se agotó y no pudo más.

Todos los días iba al hospital para saber cómo se encontraba, con la esperanza de ver si había decidido volver a recibir visitas. La noticia le había sorprendido y no entendía esa decisión, pero no tuvo fuerzas para discutir con Andrew sobre ello, sobre todo al ver cómo salía esa tarde de la habitación de Matt.

No quería visitas porque se sentía mal consigo mismo, porque creía que todos se compadecían de su situación y eso le llevaba a una espiral de dolor y sufrimiento. Había intentado comprender su situación y darle ese espacio, pero no lo había logrado por mucho que quisiera convencerse de que era necesario.

A primera hora de la tarde solía ir Alanna para ver si quería estar con ella un rato. La chica también estaba dolida por haber sido echada de esa manera y compartía las horas que pasaba en el hospital con Will. Ambos se habían ido conociendo mejor y habían comprendido que no eran enemigos y que habían conocido a una persona maravillosa que no querían dejar marchar.

Ella había decidido empezar a tratarse tras las primeras veces que habló con el psicólogo tras el accidente, cuando todos recibieron ayuda para prepararse por si las cosas salían definitivamente mal. Había descubierto que sus miedos estaban muy arraigados en su interior y que no lograba ser totalmente ella misma. Preguntó si podía seguir yendo para hablar y luego organizó su vida para ir un par de veces a consulta a lo largo de la semana.

El tratamiento le estaba sentando bien, era lento pero en cada sesión se sentía un poco mejor y sentía que estaba liberando parte de su pasado. El

dolor de la pérdida de su madre apenas existía, pero quedaba mucho que hacer para superar la dependencia emocional que sentía con Matt. El chico la había ayudado en el peor momento y eso había creado un vínculo entre los dos que ella interpretó de una manera equívoca, pero que ya había solucionado.

Había pedido perdón a Will por haberse comportado de una forma tan infantil y posesiva con Matt, se había interesado más por su vida y sus sentimientos, ya que el chico amaba a Matt y le dolía no poder verlo.

Solo había hecho falta un accidente atroz para que todos se dieran cuentas de que no había enemigos reales, que todos formaban parte de una unidad y que podían convivir juntos. Así que Will estaba contento en parte por haber solucionado ese problema, pero no servía de nada arreglar las cosas si Matt no podía ser parte de ello. Ni siquiera quería forzarlo a mantener una relación con él tras lo que había pasado, pero se negaba a creer que quería perder la amistad que habían forjado. Ninguno de los tres lo merecía y si él era el único que podía solucionarlo, lo haría.

Por eso se coló en su habitación cuando nadie miraba, sabiendo que estaba cometiendo una imprudencia y que le podían echar en cualquier momento, incluso ganarse el odio de Matt si las cosas salían mal. Pero eran tan fuertes las ganas de verlo de nuevo que todas sus dudas se disiparon cuando cerró la puerta, haciendo un poco más de ruido para anunciar su llegada.

Matt no esperaba a nadie a esas horas así que abrió los ojos y frunció el ceño. Estaba medio dormido y se sentía cansado por los fármacos que le habían administrado para combatir el dolor de la pierna, ya que en los últimos días se había ido haciendo más fuerte y constante.

Le sorprendió ver a Will allí, con su mirada oscura clavada en él. Apenas parpadeaba.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó sin mucho ánimo.

Will se acercó a la cama con cara de pocos amigos y se cruzó de brazos, observando a su amigo con irritabilidad. Había hecho todo lo posible para guardarse su enfado, pero no podía creerse que le hubiera mantenido apartado de esa forma.

—¿Qué que hago aquí? —repitió mordazmente—. Pues el estúpido de mi mejor amigo me prohibió la puta entrada cuando creía que todo estaba mejorando.

—No tienes derecho a hablarme así, Will —advirtió Matt.

No quería discutir con él, había evitado por todos los medios esa conversación. Podía llamar a alguien con el botón y asegurarse de que no volviera a entrar nunca más. Le dolía verlo tan enfadado, más incluso que cuando le miraba con pena.

—Claro que tengo derecho porque estoy preocupado por ti y esa maldita actitud tuya solo aparta a las personas que te quieren.

—No quiero verte, ni a Alanna —dijo el chico apartando la vista—. No dejáis de mirarme con dolor, soy yo quien lo ha pasado mal.

Will quiso reírse por eso. La vena egoísta de Matt al fin había aparecido, pero en el peor momento posible. El chico que siempre se había preocupado por los demás, ahora creía que era el más importante de todos y que los sentimientos de las personas que lo querían no eran nada comparado con los suyos.

—¡Nosotros también lo hemos pasado mal, maldito imbécil! —soltó Will inclinándose para estar a su altura—. No te das cuenta porque no te pones en nuestro lugar.

Matt terminó por sentarse para poder parecer más alto, ya que tumbado en la cama y sin poder ponerse en pie las cosas no iban a ser mucho mejores. Debía defenderse de alguna manera.

—Tú no has perdido una puta pierna así que no sabes lo que se siente. No me vengas a dar lecciones de moral ahora cuando solo me miráis con pena. Pobrecito Matt, que ya no podrá andar nunca más. No sabes lo que significa, ni lo que se siente al ver que todos pueden avanzar menos tú.

Estaba cansado, iba a llamar a un enfermero para echarlo de allí, pero Will le quitó el cable donde estaba el llamador y lo dejó fuera de su alcance.

Lo miró con furia e intentó cogerlo, pero no podía moverse y todo estaba empezando a doler más de la cuenta, empezando por su corazón.

—Me da igual lo que signifique porque nada ha cambiado. No tienes

una pierna, está bien, no me importa. Pero eso no afecta a mis sentimientos...

Matt le cortó a mitad de la frase porque no quería oír más. No quería escuchar las típicas palabras que se le daban a una persona como él, a alguien que había perdido mucho más que un miembro. Will no podía saberlo, pero él sí y no quería que nadie pudiera tratarlo de otra manera, como si fuera un ser frágil.

—¡Pero a mí sí me importa, joder! ¿Crees que esto es vida? No caminar, no correr, no poder hacer nada por mí mismo porque estoy tirado en una cama. ¿Estás seguro de querer estar con una persona así?

Will dio una bocanada de aire y contó hasta tres para mantener la calma. Si seguían gritando, todos se enterarían que allí pasaba algo y le echarían del hospital. No quería que eso pasara así que decidió seguir el juego a su amigo.

—¿Así? ¿Qué tienes de especial, Matt? Salvo el hecho de que tienes la suerte de estar vivo, de tener unos padres que te adoran, una amiga que hace todo lo posible para que lo que le has enseñado no sea en balde. Dime, Matthew, ¿por qué no querría estar con una persona tan maravillosa?

Matt no supo lo que decir, porque no esperaba esa respuesta en absoluto. Había creído que se enfadaría con él, no que intentaría cambiar la situación para que viera las cosas positivas. Él no era capaz de verlo, había perdido esa parte de visión sobre sí mismo que Will parecía tener.

Sintió ganas de llorar y dejó que Will lo abrazase con fuerza, sentándose a su lado en la cama y acariciando su espalda con cariño. No era consciente de todo lo que le había echado de menos hasta ese momento, todo lo que sufría por no tener a nadie a su lado con el que poder hablar de cosas que no eran sobre su pierna o su vida a partir de ahora.

Todo eran variables que él podía manejar, todo podía cambiar con cualquier cosa. Pero Will era una constante, algo que se mantenía a su lado a pesar de todo lo que le había hecho y dicho, a pesar de haber estado tan ciego de no querer verlo nunca más para evitar el dolor.

—Voy a estar contigo hasta que me echés, Matt —susurró Will en su oído—. Prepárate, porque te lo voy a poner muy difícil.

Matt asintió sin parar de llorar, no quería que se fuera y perderlo a él

también. Puede que su pierna fuera irremplazable, pero podía vivir sin ella y aprendería a hacer, pero con Will y su familia las cosas acabarían sobrepasándole y no sabría salir del pozo de oscuridad donde se había sumergido.

—Te quiero, Will...

El chico sonrió apartándose un poco de él y besó sus labios con delicadeza, con cuidado de no hacerle más daño del que ya había sufrido. Se había hecho la promesa de protegerlo de todo y lo haría, empezando por el dolor que debía sentir y que él borraría con el tiempo.

—Yo también te quiero. Vine por ti, estúpido. Siempre voy a estar a tu lado. Te lo prometo, Mattie.

Epílogo .

Había llegado el gran día.

Tras meses en el hospital intentando mejorar con rapidez, Matt recibió el alta y pudo volver a casa. A pesar de su alegría inicial por ello, cuando llegó el momento se encontró acompañado únicamente por sus padres y esto le entristeció un poco.

Habían sido dos largos meses entre la curación del brazo y alguna que otra recaída por una mala cicatrización de la pierna. Había ido a terapia muchas veces y su fuerza era considerable ahora, tanto como para lograr caminar con muletas.

Al principio había sido toda una odisea levantarse de la silla de ruedas y comprender que una de sus piernas nunca tocaría el suelo de nuevo, en cambio tendría que usar unas muletas si quería andar por sí solo, al menos hasta que su pierna pudiera adaptarse a una prótesis. Todo era cuestión de tiempo y no había necesidad de forzar las cosas, no ahora que habían empezado a mejorar.

Sin embargo, cuando le dijo a su novio que al día siguiente estaría en casa, este le respondió que no podía acompañarle desde el hospital porque le habían contratado para una boda y no podía faltar. Matt lo entendió y no le dio mucha importancia, aunque le hubiera gustado estar con él en un momento tan importante como era ese. Su relación había ido mejorando con los días, casi parecían los mismos de antes, pero ambos sabían que habían cambiado en muchos sentidos.

Las personas cambiaban constantemente y no había nada de malo en ello. Quedarse estancado era lo peor, no evolucionar y no querer seguir adelante. Matt había caído en eso una vez, pero no iba a volver a pasarle, no cuando la vida le había dado una segunda oportunidad.

Sin embargo, tampoco hubiera esperado que Alanna tuviera un examen y eso le impidiera ir a acompañarlo. Con ella las cosas habían mejorado,

incluso se había creado una especie de relación que compartía con Will y eso le alegraba.

Todas las cosas que ya no eran iguales, que le habían hecho cambiar, eran para mejor y eso también le hacía feliz.

Había sido un largo viaje en coche. Nunca imaginó cómo se sentiría sabiendo que uno parecido al que le quitó parte de él, pero en cuanto se sentó sonrió y se puso el cinturón bajo la atenta mirada de sus padres.

Ellos seguían como siempre, disfrutando de su tiempo juntos y turnándose para estar con él, aunque ese día ambos estaban allí y se alegraba de tenerlos. Su familia no era la más perfecta y él se había unido a ellos tras un evento trágico, más tarde había sufrido uno él mismo. Todas las cosas pasaban por una razón, o eso era lo que quería creer Matt.

—Hemos cambiado tu habitación al piso de abajo —dijo Andrew mientras arrancaba—. Pensamos que sería más cómodo para ti ahora.

Matt asintió, aunque no podía sonreír. Había cosas que no podía aceptar aún y que le llevaría un tiempo incorporarlas a su vida, pero sabía que tenían razón. Dormir donde siempre habría supuesto un problema ahora, sobre todo porque las escaleras le impedían moverse con mayor libertad en su propia casa. Así que era otro cambio, pero al menos era uno que consideraba adecuado en su vida.

—Piénsalo por el lado bueno —comentó Mike sonriendo—. Ya no tendrás que ponerte tapones cuando tengamos fiesta.

Andrew giró la cara de golpe, mirando a su pareja con las mejillas sonrojadas.

— ¡Mikel! —replicó refunfuñando.

Mike rio de nuevo y escuchó el mismo sonido viviendo de la parte de atrás. Besó la mejilla de Andrew y le indicó que el semáforo ya estaba en verde.

Sí, muchas cosas cambiarían a partir de ahora en la vida de Matt, pero la esencia seguía siendo la misma.

Fue un viaje muy largo cargado de recuerdos, risas y alguna que otra anécdota que hizo que Andrew se sonrojara. Matt los observaba a través del

espejo retrovisor, colocado estratégicamente para que pudiera ver sus ojos y como saltaban chispas entre ellos.

—Papá, ¿podemos ir a visitar a mis padres un día? —preguntó Matt de pronto.

Mike giró la cabeza sorprendido. Todos esos años, Matt había evitado hablar de sus padres biológicos y creía que había olvidado que había tenido otros padres que le habían querido. Miró a Andrew esperando una respuesta y observó cómo sus ojos se humedecieron, pero este asintió.

—Claro, cariño. Iremos el fin de semana que viene si quieres —contestó manteniéndose firme.

Él solía ir al cementerio todos los años a visitar a su hermano, pero Matt nunca había ido con él. Le preocupaba un poco que quisiera ir de pronto, pero habiendo pasado algo tan grave en su vida no iba a negarse a que los visitara, creía que era una buena idea y que le ayudaría a seguir adelante.

Matt sonrió un poco y volvió a mirar por la ventana. Ahora, en el pequeño nicho familiar que tenían, había otra tumba que tendría su nombre. Mike le había explicado que podía elegir si incinerar su pierna o enterrarla. Era una decisión difícil y que ellos respetarían en cualquier caso, así que Matt eligió que se enterrara y allí también estaría una tumba que le pertenecía a él.

Era un poco macabro pensar en ello, pero Matt se había preparado, quería hacerlo y superar esa parte de su vida. Él seguía vivo, aunque no pudiera caminar como las demás personas, tenía suerte de tener amigos y familia, no iba a dejar que la tristeza volviese a consumirle.

Dos meses fuera de casa hicieron que se diera cuenta de cuánto echaba de menos ese lugar. La verja, la fachada, las plantas que habían perdido casi todas las hojas debido al otoño. Él podría haberse ido de esa casa si las cosas hubiera sido distintas, pero tendría que esperar al año que viene para ello.

Lo único que sabía era que no se iba a rendir.

No dejó que sus padres le ayudaran a salir del coche y cogió las muletas él solo. Era extraño andar con ellas, pero empezaba a acostumbrarse y el dolor de los primeros días había desaparecido.

Fue con ellos, pero no le dio tiempo a entrar en casa cuando un perro negro prácticamente se lanzó sobre él y empezó a lamerle los brazos.

—¡Willow! —exclamó acariciando al animal.

Ya no parecía el cachorro que era, se había perdido dos meses de estar con él, pero parecía que le recordara. Él no notaba que le faltase algo y se alegraba de ello.

—Está gordo —dijo mirando a Mike—. ¿Qué le has estado dando?

Mike se hizo el ofendido y se puso una mano en la frente exagerando el gesto.

— ¿Yo? Que sepas que es tu novio quien se encarga de él. Incluso tengo constancia de que duermen felizmente juntos en la cama.

Matt alzó una ceja y negó suspirando. Imaginaba que era algo normal, dos meses fuera suponía muchas cosas que se habían alterado, incluida la traición de su perro por otra persona.

Acarició al animal detrás de las orejas y entró en su casa, un poco dudoso. Seguía todo igual, aunque a oscuras. Imaginaba que sus padres habían estado limpiando y cocinando, porque olía bien, a algo dulce.

Fue directamente al salón porque estaba cansado y quería algo de tranquilidad. Hasta la tarde no podría estar con Alanna así que tendría que entretenerse de alguna manera. Pero cuando llegó sintió que algo había cambiado, que la oscuridad no era tan negra allí.

Se vio sorprendido por la luz repentina de las lámparas y vio la escena. Había un cartel de bienvenida colgado entre las cortinas, un bizcocho sobre la mesa, el confeti volaba por todas partes y Will y Alanna estaban allí sujetando globos.

Matt trastabilló ligeramente y sintió una mano en su hombro, era Jack que le sonreía y le mantenía en pie.

Estaban todos allí, dándole la bienvenida con una pequeña fiesta que habían organizado a sus espaldas. Sintió ganas de llorar y apenas fue consciente de que se abrazó al hombre que tenía a su lado y le daba las gracias por todo, porque él también formaba parte de todo eso.

Alanna llegó con la cámara que le había regalado y le besó la mejilla.

—Bienvenido, Matt —sonrió acariciando su pelo—. Sonríe.

Sin darle tiempo, le hizo una fotografía y luego se la enseñó con una

gran sonrisa. No era la mejor del mundo, pero la luz, su cara de emoción y sus ojos brillando decían mucho de ese momento tan especial para él.

Era su vuelta, su recompensa por el dolor y sufrimiento de los últimos meses, con todos los que quería y le habían ayudado a superarlo.

Su verdadera familia.

Se sentaron todos y partieron el bizcocho con una sonrisa. El pedazo más grande fue para Matt y los demás esperaron a que lo probase para acompañarlo.

—Un segundo —susurró mirándolo con curiosidad—. ¿Quién lo ha hecho?

Alanna alzó la mano rápidamente y Matt dejó el plato en la mesa, echándose hacia atrás.

—He sobrevivido, prefiero no envenenarme —soltó mirándola.

Ella puso los ojos en blanco y le sacó la lengua.

—Esta vez no me he equivocado con la sal, idiota.

Matt la miró desconfiado y suspiró con media sonrisa. Probó el pastel y sintió el dulce en la boca, desde luego no parecía estar envenenado como el otro.

— ¿Qué es eso del envenenamiento? —pregunto Will con curiosidad.

— ¡No fue nada! —replicó Alanna cruzándose de brazos—. Es que es un exagerado de la vida y no estaba tan malo.

Matt abrió la boca y los ojos, luego empezó a reír como nunca y negó con la cabeza.

—Te voy a contar la historia de cómo Alanna intentó envenenarme con un trozo de bizcocho salado —explicó el chico a su novio.

— ¡Que fue sin querer! —gritó ella acercándose—. Eres malo, Matt.

—Pero me quieres —respondió sonriendo.

Alanna puso los ojos en blanco.

—Pero te quiero —admitió sacándole la lengua.

Will abrazó a Matt haciendo que se pegara a él y miró a Alanna con

intensidad.

—Pero a mí me quiere más —recordó el chico.

Will y Alanna se enzarzaron en una pelea sobre quién quería más a quién, mientras Matt se comía el bizcocho con una gran sonrisa en los labios. Sí, eran felices a pesar de las peleas absurdas y los bizcochos salados.

La vida daba muchas vueltas y cada giro era distinto, daba una nueva forma y tanto el color como la luz cambiaban para crear algo nuevo.

Ese otoño Matt tendría que haber estado lejos de su casa, solo en un sitio que no conocía y con el corazón roto por el chico que amaba. Sin embargo, había acabado con sus padres riendo, con Jack observando a su hija, con una nueva amiga y había vuelto con Will.

Sí, tal vez hubiera perdido una pierna en el proceso, pero estaba feliz por tener eso, por tenerlos a ellos. Y es que, si tuviera que elegir cambiar ese verano o volver a repetirlo, daría su otra pierna para revivir esa sensación una y mil veces.

Porque nunca se sabía lo que se iba a encontrar una persona cuando miraba por un caleidoscopio, pero Matt encontró la felicidad.

F I N

Agradecimientos .

Escribir esta obra fue todo un quebradero de cabeza. En un principio quería hacer otra cosa totalmente diferente, pero las cosas han resultado tal y como lo estáis leyendo ahora.

Quiero agradecer a esas personas que han estado a mi lado en este principio, tanto como escritora como con esta novela.

A mis padres por comprender que escribir me hace feliz, por su apoyo y ánimos, muchas gracias por estar a mi lado en este pequeño camino.

A mis amigos que me han aguantado cuando tenía que tomar duras decisiones sobre el trascurso de Caleidoscopio.

Quiero agradecer a Inma por seguir conmigo tras tantos años, leyéndome y soportando mis desvaríos.

A Sia por darme ideas, aunque esta vez se “arrepienta” un poco de ello, pero gracias a ella puedo decir que esta historia tiene sentimiento.

A Susan por acompañarme y darme ánimos.

A mi querida Rocío por seguir haciendo verdaderas maravillas con la imagen e interior del libro.

Y quiero agradecerle a todos mis lectores beta por querer acompañarme en este viaje y haberme ayudado en las pequeñas cosas que son tan importantes como las más grandes.

A todos vosotros, gracias por estar ahí y querer leerme. Estoy muy agradecida a mis lectores por darme lo que tengo hoy aquí.

Gracias a todos, espero que este libro sea solo uno más en la colección.

Sobre la autora .



Samantha Pardo Carmona

Es una autora nacida en Getafe en 1995. Desde pequeña, sabía que leer y escribir era su vida, pero no fue hasta los dieciséis cuando empezó a crear sus primeras historias. Siete años más tarde, se lanzó al mundo de la autopublicación con su primera novela, Hijos de la Niebla. Y ahora se estrena con una novela juvenil: Caleidoscopio.

Cuando Sam, pues así la llaman sus amigos, no escribe, está leyendo o disfrutando de la compañía de sus gatos, imaginando mundos y creando historias imposibles.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 34

Epílogo.

F I N

Agradecimientos.

Sobre la autora.